





# Deleite Literario II

para jóvenes

Dedicado a  
Carmen Botas Blanco



República Bolivariana de Venezuela



Instituto Autónomo  
Centro Nacional  
de Libro

**fundalea**

Fondo Editorial La Escarcha Azul

## **Deleite literario II para jóvenes**

© Fondo Editorial La Escarcha Azul  
Fundalea, Mérida, Venezuela, 2006

Este libro contó con el financiamiento del  
Centro Nacional del Libro (CENAL)

Hecho el Depósito de Ley  
Depósito legal LFO7420068004476  
ISBN 980-6394-52-6

Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la Ley.

No puede ser reproducida, registrada o transmitida  
por cualquier sistema de recuperación de información,  
sea mecánico, electrónico, fotocopia o cualquier otro,  
sin el permiso previo, por escrito, del autor o del editor.

*Compiladoras:*

María Luisa Lázzaro y Enza Lázzaro

*Diseño de carátula y diagramación interna:*

Reinaldo Sánchez Guillén

*Maquetación e impresión:*

Edikapas C.A.

Impreso en Mérida, Venezuela / *Printed in Venezuela*

# ÍNDICE

Agagliati Renato (Venezuela) .....	9
Anzola Rosario (Venezuela) .....	12
Arciniegas Triunfo (Colombia) .....	18
Arreaza Celenia Mercedes (Venezuela) .....	23
Basch Adela (Argentina) .....	26
Bintz Virginia (Uruguay) .....	32
Blanco Andrés Eloy (Venezuela) .....	39
Bonermann Elsa Isabel (Argentina) .....	42
Botas Blanco Carmen (España-Venezuela) .....	46
Castro Avellaneda Antonio (Venezuela) .....	70
Cobas Cati (Argentina) .....	79
Colmenares Hugo (Venezuela) .....	82
De los Ríos Isabel (Venezuela) .....	89
Febres Cordero Tulio (Venezuela) .....	94
Franco Mercedes (Venezuela) .....	107
Goldberg Jacqueline (Venezuela) .....	119
Gutiérrez Yazmín de Casalta (Venezuela) .....	122
Lázzaro María Luisa (Venezuela) .....	124
Mannarino Carmen (Venezuela) .....	130
Martínez Llongueras Issa (México) .....	138
Martínez Santana Rubén (Venezuela) .....	143
Mendoza Sagarzazu Beatriz (Venezuela) .....	146
Mora Pablo (Venezuela) .....	149

Nazoa Aquiles (Venezuela) .....	157
Neves Luiz Carlos (Venezuela) .....	163
Pacheco de Balbastro Graciela (Argentina) .....	170
Pérez Melgarejo Marisol (Venezuela) .....	179
Quintero María del Pilar (Venezuela) .....	187
Rodríguez Calcaño Rafael (Venezuela) .....	191
Sánchez Lihón Danilo (Perú) .....	195
Sequera Armando José (Venezuela) .....	203
Suez Perla (Argentina) .....	208
Vannini Marisa de Gerulewicz (Venezuela) .....	213
Vasconcelos José Mauro de (Brasil) .....	221
Vit Patricia (Venezuela) .....	232
Zuluaga Miranda Aymer Waldir (Colombia) .....	237
Zurlo Andrea (Argentina-Italia) .....	240







## RENATO AGAGLIATI

Nació en Piamonte (Italia, 1933). Vino a Venezuela en 1949, a los dieciséis años. Estudió en la Escuela Normalista de Caracas. La docencia lo llevó de Caracas a Valencia, Valera, Barcelona, Amazonas y Lara. Desde joven dominaba, además del piamontés y el italiano, el español, el francés y el griego. Su madre era griega y su padre italiano. Fue Director de la Biblioteca Pública “Andrés Bello”, de Sanare, estado Lara. Durante varios años recibió formación espiritual con la Orden de Los Salesianos. Se desempeñó como encargado de la Editorial Salesiana. En esa época sus escritos aparecen bajo el seudónimo de “Filadelfo Arriaga”, en revistas Tricolor, Arco Iris y otras, así como en distintos diarios de circulación nacional. La docencia y la investigación lo alejan de la congregación; contrae matrimonio. En el Amazonas fue afectado de paludismo, se traslada a Sanare donde dictó clases de inglés y de música; hizo varios arreglos musicales. Son numerosos los cuentos, relatos y reflexiones ecológicas. Algunos de estos textos se publicaron, gracias a la Universidad de Carabobo. Recibió el Premio Nacional del Banco del Libro y del Festival del Niño. En el año 2002 se le hizo un homenaje en Sanare con motivo de cumplir 50 años de labor docente. Dedicó buena parte de su vida a la ecología y a la literatura para niños y jóvenes.

**OBRA LITERARIA:** *Yo soy una Napeyöma* (1984), libro famoso del que fue autor-investigador sobre la historia de una mujer (Helena Valero) que fue raptada por los Yanomami. Por instancia del escritor, ella aparece como autora. *El pájaro sin nombre* (Turmero, Aragua, El Mácaro, 1985), *Las quintillizas de El Tocuyo* (1987). *El río que tenía alas* (Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1992): es un estudio etimológico y toponímico del significado del hidrotopónimo Guanare. *Había una vez un árbol que quería ser libro* (Valencia, Universidad de Carabobo, 1994): 46 cuentos de contenido ecológico para los más pequeños. *El cocuyo y las estrellas* (Publicado originalmente en el libro *Nuevas Páginas para Imaginar*, Caracas, Fundación del niño, 1970). Varios de sus cuentos están recogidos en espacios electrónicos como:

## EL PÁJARO SIN NOMBRE

Aquel pajarito no entendía el motivo de su existencia en el bosque. Las demás aves tenían algo bonito o sabían algo bueno. La guacamaya sabía lucir su plumaje, el turpial: cantar sus melodías; el cristofué: atrapar insectos en el aire; el martín pescador: pescar en el río...

Él, no era ni tenía nada de todo eso. Ni siquiera tenía nombre. Era feo. No sabía cantar. A duras penas conseguía alimentos para subsistir. Por eso las demás aves lo llamaban pájaro inútil. Por eso lo despreciaban; por eso, cuando montaban su orquesta, no le dejaban decir ni pío.

Un día voló a posarse sobre las ramas de una ceiba.

—¿Qué quieres, pajarito? —le preguntó el árbol.

—Lanita para hacer blando mi nido —contestó él pájaro.

—No busques lana aquí —agregó ella, la ceiba— porque estoy vieja y enferma y ya no la sé hacer.

—¿Qué enfermedad tienes? —preguntó, interesado.

—Una enfermedad terrible, explicó el árbol: mil bichos me están royendo el cuerpo. Una tras otra, he perdido todas mis hojas. Ya no me salen flores. Ya no hago aquella lana que envuelve mis semillas. Por eso los pájaros ya no vienen a posarse en mis ramas. Amigo, pronto me voy a morir...

Conmovido ante aquella desgracia, el pájaro le propuso:

—Amiga Ceiba, yo sé quién puede curarte.

—¿Quién, pajarito? —preguntó la ceiba con ansiedad.

—El brujo Cucheme. El sopla a la gente, a los animales y a las plantas: a todos los cura. Si quieres, voy a llamarlo.

—Anda y dile que venga pronto —suplicó, esperanzada, la ceiba. Dile que me estoy muriendo.

El pájaro voló a casa del brujo y le contó lo que le pasaba a su amiga. Cucheme pensó un rato. Luego inhaló esencias, invocó a los espíritus y habló así: —Nada puedo hacer por esa vieja ceiba. Y nada pueden hacer los demás brujos. De nada servirán los mejores ensalmos, polvos y hierbas. Esa mata está destinada a morir,

a menos que enhorabuena llegue a ella un pájaro, un pájaro que la puede curar...

—¿Cómo se llama ese pájaro? —preguntó, curioso, el amigo de la ceiba.

—No puedo decirlo —contestó Cucheme— porque es un pájaro que no tiene nombre. Anda, díselo a la enferma.

Presuroso, el pájaro voló hasta la ceiba y le contó el veredicto del brujo.

La ceiba escuchó, pensó y se puso más triste... ¿Qué pájaro en este mundo podría ser su salvador? ¿Acaso el gavilán? ¿Acaso el arrendajo? ¿El zamuro? ¿El tucán?... Y, de saberse cuál fuera, ¿se dignaría esa ave posar sobre sus ramas resacas?

¡Qué problema tan grande para una ceiba moribunda! El pájaro se entristeció ante la angustia de la ceiba; pero, deseoso de hacer algo más que ponerse a llorar, dijo para sí:

—¿Podría ser yo... ese pájaro salvador... ese pájaro que no tiene nombre?

Al pensar siguió la voluntad de probar. La mejor forma de curar a la ceiba sería matarle tantos bichos que la devoraban. Y... ¡pico a la obra! Sin perder tiempo bajó a la quebrada y en una piedra le sacó filo a su herramienta. Mirándose luego en el espejo del agua, sintió un gran desaliento: él, tan chiquito e inútil, ante una obra tan grande y difícil como la que iba a emprender... Confiado, sin embargo, en su buen corazón, se sobrepuso y sintió una gran voluntad de hacer el bien.

Aquel mismo día el pájaro comenzó su trabajo de cirujano. Posado sobre el tronco de la ceiba, aplicó el oído a la corteza y, donde percibía la presencia de una larva, le daba alcance con su recio picoteo. La planta, aun sintiendo dolor, de nada se quejaba. Con cada picotazo sentía renacer la esperanza de sobrevivir.

Por su parte, el pájaro atrapaba con su lengua pegajosa todo insecto que encontraba y lo engullía. En ese trajín estuvo ocupado varios días... ituki, tuki, tuki!... ituki-ke-tuki-ke-tuki!... Por centenares se contaban los bichos que extraía de aquel cuerpo enfermo.

Con ese nuevo tipo de alimento, el pájaro ya ni siquiera se acordaba de las silvestres frutillas que acostumbraba comer. Ahora le gustaban las larvas y, así alimentado, se sentía fuerte como nunca. De tanto ejercicio y con tanta nutrición, había crecido en tamaño. Su pico se había vuelto largo y resistente y en la cabeza le había nacido un copete. Las demás aves, al no reconocerlo, ya no le decían pájaro inútil sino pájaro nuevo, como si hubiera llegado sabe Dios de dónde. Pero, inútil o nuevo, la verdad era ésta: gracias a él, la curación de la ceiba era una realidad. Libre ya de tan asesina bicharanga, la planta se sentía mejor.

Un día, mientras el pájaro bienhechor descansaba en una de sus ramas, llena de gratitud, le dijo:

–Pajarito, te debo la vida. El pájaro de que hablaba el brujo eres tú. Ya no eres un pájaro inútil: eres mi salvador.

El tiempo pasaba y la ceiba sentía correr dentro de sí nueva vida. Le nacieron sus flores y, luego, las hojas lustrosas.

Una mañana, atraídas por el milagro de aquel verdor, las aves volaron a posarse sobre sus ramas y a alegrarla con sus sinfonías. En un compás en que toda la orquesta callaba, se oyó que alguien tocaba un instrumento de percusión:

–¡Tuki, tuki, tuki! ¡Tuki-ke-tuki, tuki!

Los músicos asomaron sus cabecitas para mirar tronco abajo y lo vieron acribillado de agujeros redondos. De uno de ellos, precisamente de donde salía el martilleo, alguien estaba sacando aserrín.

Al oírse solo, el infatigable trabajador salió por el hueco que había labrado y vio cien ojitos que lo estaban mirando arriba y dos ojotes que lo estaban mirando abajo. Era Cucheme quien, al verlo, levantó los brazos y exclamó:

–¡Honor a ti, pájaro sin nombre! Por trabajar tanto y tan hábilmente en la madera, desde ahora en adelante te llamarás pájaro carpintero.

Las aves, admiradas, entonaron un canto de júbilo para celebrar la obra incomparable del que creían un pájaro inútil. Pero, bien pronto, el brujo Cucheme las interrumpió, diciendo con triste solemnidad:

–La ceiba no podrá sanar del todo si no se le quita un gusano maligno que anida en su corazón. Pájaro carpintero: si tú eres capaz de desalojarlo, la ceiba vivirá cien años más.

Ante la ansiosa expectativa de todos, pájaro carpintero arremetió en el sitio del mal con los picotazos más recios de que era capaz. Había que llegar al corazón del árbol, a través de su capa más dura.

Agotó en ello todas sus fuerzas, pero logró su propósito. Al fin, salió del hueco mostrando en su pico una larva monstruosa. Junto a ella, su copete teñido en sangre: sangre del corazón de la ceiba.

La orquesta estalló en una sonata triunfal. El brujo Cucheme comenzó a bailar alborozado. Todos estaban locos de emoción. Pájaro carpintero se sentía aturdido en medio de tantas felicitaciones... La ceiba lloraba de alegría, mientras la brisa le arrancaba la sedosa lana de sus nuevas semillas. A su alrededor, el apamate, el araguaney, la vera, el bucare y cien árboles más, encendieron la fiesta de sus flores. La naturaleza entera celebraba la milagrosa curación de la ceiba.

Pasó cierto tiempo y pájaro carpintero se encontró un día con una linda pajarita. Se casó con ella, y ambos vinieron a hacer su nido en el hueco que daba al mismo corazón de la ceiba. En los otros huecos vino a residenciarse toda una tribu de aves.

Desde entonces el pájaro carpintero dejó de ser visto como inútil y sus descendientes se dedican a curar a los árboles atacados por insectos dañinos. En su cabeza ostentan con orgullo el rojo penacho que recuerda una hazaña: la del pájaro inútil que curó a la ceiba.

# ROSARIO ANZOLA

rosanzola@cantv.net

Nació en Barquisimeto (Venezuela, 1950). Escritora e investigadora, autora y compositora de música para niños y niñas. Consultora corporativa de organizaciones, mercadeo y publicidad. Es Vicepresidenta de Relaciones Institucionales de Bolívar Banco. Ha trabajado en educación desde pre-escolar hasta el nivel universitario. Se especializó en literatura para niños. Ha sido facilitadora de Talleres de autoconocimiento y creatividad. Fue miembro fundadora del Instituto de Educación Creativa “El Sebucán” en Barquisimeto, de la Cátedra de Literatura Infantil Latinoamericana “José Martí”, y del Movimiento de la Canción Infantil Latinoamericana y Caribeña. En 1984 recibió el Premio Poesía Centenario “Rómulo Gallegos” (Fundación Cultural Barinas).

**OBRA LITERARIA:** *Siete cuentos en voz baja* (Barquisimeto, Fondo Editorial Lara, 1983). *Los yabos ardididos* (poesía) Edición especial (1985). *Barcos para la lluvia* (Fundación Cultural Barinas, 1984). *De aromas*, (Mérida, Consejo de Publicaciones de la Universidad de Los Andes, 1992). *El apagón* (Barquisimeto, Consejo de Publicaciones de la Universidad Centro Occidental “Lisandro Alvarado”, 1998). Editados en Caracas: *Monólogo de un árbol solitario* (Editorial Arte, 1983). *Romance del nacimiento* (Venegráfica, 1988. 2da. ed. 1998). *Barro, manos y tierra de Lara* (Ernesto Armitano Editores, 1988), *El niño que soy* (Fondo Editorial Orlando Araujo, 4 ed, 1989-94, Edición Bilingüe (español-inglés): Taller de Ediciones Rayuela, 1998). *De Teodora Torrealba a Miguel Ángel Peraza* (Armitano, 1989). *¡Encontré una moneda!* (Banco Central de Venezuela, 1991. 2da ed. 2000). *El niño de las calas* (Editorial Arte, 1991). *El son del ratón y otras canciones* (Monte Ávila, 1993. 2da y 3ra. ed. 1996-98). *Con la madre Pilar* (Artis, 1993). *Carlota* (Taller de Ediciones Rayuela, 1997). *Chirriquiticos* (Taller de Ediciones Rayuela, 1998). *Noninoni* (Alfaguara Infantil, Editorial Santillana, 2006), entre otros. Discografía: *Rosario Anzola canta cosas de los niños* (Producciones Musicarte, 1987), *Rosario Anzola, canciones para jugar* (Producciones Musicarte, 1989). *Dormite mi niño: Antología de canciones de cuna venezolanas* (Producciones Musicarte, 1990), *Participación en canciones para nosotros* (CECODAP y UNICEF de Venezuela, 1997), *Participación en Asuntos de Poesía*. Vol. I (Fundacultura e Instituto Universitario Politécnico, 1983).

## MONÓLOGO DE UN ÁRBOL SOLITARIO

(Un día, Riqui, en la ventana y mirando a un árbol, me preguntó: “¿Por qué los árboles crecen mirando al cielo?”)

Estás solo junto a la ventana y me miras como mirando más allá de lo que tu mirada puede abarcar. Me miras por pedacitos, me miras por los destellos de sombra-luz que juegan al escondite por mi ramaje, me miras por los retazos de marrón y mostaza que duermen acurrucados en mi corteza... No me puedes mirar todo, de un golpe, porque la cabeza te da vueltas como tiovivo sin mando, y te mareas.

He sentido tu mirada en cada uno de mis nudos, en cada rugosidad de mi piel, en cada brote de mis hojas tiernas.

Tus ojos se van deslizando desde los altos montes de mi follaje, hasta los pequeños rincones que se arriman tranquilos a mis pies. Cuando miras a los bachacos, con jirones de mi verde sobre sus lomos, siento el preludio de esa tristeza tuya que me envuelve y me arropa como un día gris. Yo también me siento un poco triste entonces...

Te vi por primera vez junto a la ventana una tarde, que recuerdo anaranjada porque todo parecía vibrar a mí alrededor. Percibí claramente las sensaciones que giraron en espiral por las ondas y circunvalaciones de tu cerebro. La conciencia de mi savia se dejó colar despacito por los canales ancestrales de tu ser vegetal para devolvarte las miradas y conversar largamente contigo.

Me has mirado como se mira a un ser vivo y he reverdecido intensamente. Hace tanto tiempo, del tiempo en que los hombres dejaron de mirar a los árboles... Y tú, hombre-niño... me has regalado tus miradas y me has abierto tu caja de secretos.

Puedo rememorar con viva exactitud la noche que me dijiste que la luna era una extraña botella de leche que algún gatico acostumbraba derramar en el cielo, para lamerse, poco a poco, las goticas convertidas en estrellas; por eso la botella de leche de la luna estaba unas veces llenas y otras, vacía...

Esa noche, niño, supe que podía regalarte el corazón.

¡Tengo tantas cosas que contarte! Te he esperado con el susto que palpita en la tierra cuando se desperezan las primeras semillas... ¡Tengo tantas cosas que enseñarte! Te he esperado con la emoción con que aguarda el mar al río para mostrarle sus espumas, sus peces, sus corales... ¡Tengo tantas cosas que contestarte! Te he esperado con la expectación que siente el valle cuando regresa el verano preguntando qué cosas han pasado durante el invierno...

Voy a buscar contigo el alma de las piedras, del cerro y del relámpago para que veas que el suelo no es solo de los hombres...

Mira junto conmigo el infinito, haremos de cada estrella un horizonte y de cada nube un navegante. Descifraremos el lenguaje de la brisa para que nos cuente sus viajes sin fronteras y nos traiga el olor que tienen otros mundos y otros mares. Oiremos el canto de los vientos, juglares de risas y lamentos para que nos digan por dónde se fue la primavera.

Yo no soy el caminante pero he andado caminos...Yo soy un marinero anclado en tierra pero que no ha dejado de surcar los océanos del sueño... He transitado los colores del día y la noche... He vivido la historia de los mundos que pueblan mis ramazones... He reído con cada árbol que nace, y he llorado con cada árbol que muere.

Mi vida toda es un eterno abrazo. Estoy enredado a la tierra en un abrazo profundo y filial; estoy unido al sol, con mis brazos abiertos, extendidos, tratando de alcanzar la punta de sus dedos amigos; estoy volcado al peregrino que busca en mí los besos de la sombra y del cobijo... Abrazo, abrazo y abrazo hasta el abrazo en que mis hojas se abrasan y se tornan marchitas y parduscas... He desentrañado el misterio de mis abrazos para encontrarme contándote del tiempo en que los árboles habitaban los pueblos.

¿No ves, ahora niño, que mis ramas tiemblan...? Estoy llorando, niño, porque has llegado tarde y porque se han escrito páginas de destierro para los tristes árboles que tiene tu ciudad.



¿Oyes el viento...? Ya no canta, solo solloza porque no tiene parques por donde corretear. ¿Y la brisa...? Mírala perseguida por los olores rancios que quieren atraparla y convertir sus cabellos en venenos metálicos que ahogarán sin piedad mis hojas nuevas.

¿No escuchas los murmullos que trajinan el cielo...? Son las nubes y las estrellas que pugnan por asomarse tras la cortina mortecina de humo y de ceniza que las ha separado de nosotros. ¿Y ese agudo lamento que se estira hasta volverse eco ensordecedor en nuestros poros...? Es el río que agoniza en una cárcel de fango y hojalata...

Hasta la misma lluvia se aparece a destiempo para salir huyendo, torpemente, al no encontrar las flores con quienes conversar...

Veo con terror visceral cómo avanza, palmo a palmo, el asfalto, el hierro y el concreto...

Estoy llorando, niño, porque soy un árbol solitario de ciudad...

Me aferré a la existencia cuando te vi asomado a la ventana, ofreciéndome sueños y mirándome como sólo se puede mirar a un buen amigo... Me has hecho humano, niño, y quisiera yo hacerte un árbol-niño.

Dirige tu mirada a la ciudad y busca su regazo de madre, la pobre llora, desde hace tiempo, porque nadie se acuerda qué se hizo o dónde está...

Haz retornar, con llamada de pájaro, al viento bueno y a la bella brisa. Convoca a la lluvia para que lave las heridas del río...

Abrázame, niño, para acunarte con la paz del sol, de la tarde y del llano... Llévame por el mundo en tu sonrisa y enséñame otros niños...

Quizá un día, mañana, podamos rescatar el sentido perdido de las cosas...

Riega el verde de mi canto por los monstruos de hormigón y cemento, verás así el otro rostro de los hombres...

Abrázame, niño, que yo te daré mi corazón de jade y esmeralda para que aprendas a amar a la gente, a la tierra, a tu ciudad...

# TRIUNFO ARCINIEGAS

triunfoarciniegas@yahoo.com

Nació en Málaga (Colombia). Reside en Monteadentro, en las afueras de Pamplona. Es escritor y dramaturgo, Licenciado y magíster en literatura (Pontificia Universidad Javeriana). Obtuvo el VII Premio Enka de Literatura Infantil en 1989, el Premio Comfamiliar del Atlántico en 1991, el Premio Nacional de Literatura de Colcultura en 1993, el Premio Nacional de Dramaturgia para la Niñez en 1998 y el Premio de Literatura Infantil Parker en 2003. Ha sido conferencista de diversos eventos culturales en Colombia, Chile, Venezuela y México.

**OBRA LITERARIA:** *El unicornio y otros lugares para hombres solos* (2002), y *Noticias de la niebla* (2003). Para niños y jóvenes: *La silla que perdió una pata y otras historias* (1988), *El león que escribía cartas de amor* (1989), *La media perdida* (1989), *La lagartija y el sol* (1989), *Las batallas de Rosalino* (1989), *Los casibandidos que casi roban el sol* (1991), *Caperucita roja y otras historias perversas* (1991), *La muchacha de Transilvania y otras historias de amor* (1993), *La pluma más bonita* (1994), *Serafín es un diablo* (1998), *El superbirro y otros héroes* (1999), *El vampiro y otras visitas* (2000), *La sirena de agua dulce* (2001), *Los besos de María* (2001), *Pecas* (2002), *Mamá no es una gallina* (2002), *La gota de agua* (2003), *La verdadera historia del gato con botas* (2003), *Tres tristes tigres* (2004), *Carmela toda la vida* (2004), *La caja de las lágrimas* (2004), *Roberto está loco* (2005), *Los olvidos de Alejandra* (2005), *El árbol triste* (2005), *La hija del vampiro* (2006). Teatro: *La vaca de Octavio*, *La araña sube al monte*, *El pirata de la pata de palo*, *Lucy es pecosa*, *Mambrú se fue a la guerra*, *Después de la lluvia*, *Torcuato es un león viejo*, *Amores eternos*, *La ventana y la bruja*, *El amor y otras materias*. Su obra es recogida en diversas antologías: Colombia à chœr ouvert (París, 1991), Und träumten vom Leben: Erzählungen aus Kolumbien (Zürich, 2001), Hören wie die Hennen Krähen (Zürich, 2003), Cuentos de esto y de aquello (San José, Costa Rica, 1993), Antología de los mejores relatos infantiles (Bogotá, Presidencia de la República, 1977), Cuentos breves latinoamericanos (Buenos Aires, Coedición Latinoamericana, 1998), Poesía de América Latina para niños (São Paulo, Coedición Latinoamericana, 2000), Cuentos sin cuenta/Relatos de Escritores de la Generación del 50 (Cali, Universidad del Valle, 2003), Cuentos breves de América y España (Buenos Aires, 2004), Historias para girar (México, SM, 2004), Historias para habitar (México, SM, 2004), Cuentos y relatos de la literatura colombiana (Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 2005) y Antología del microrrelato hispánico (España, Menoscuarto, 2005).

## UNA MUCHACHA DE CABELLOS VERDES

Llamaba la atención y no parecía importarle. Como si hubiese nacido con esos cabellos verdes, cortos y lacios, de frágil paje, y no le importara la opinión ajena. No tenía la culpa: nosotros éramos distintos, los raros. Sólo después supe su nombre, Juliana Monterey, y su procedencia, Santafé de Bogotá. Acababa de llegar donde los Ávila.

—Árbol altivo —dijo el gordo Medina, el poeta, pero no entendí la frase sin consultar el diccionario.

Era bellísima.

Más alta que yo y sin duda mayor.

—Se quedó mirándote —dijo el gordo Medina—. ¿La conoces?

La volví a ver en el velorio de la tía Celina. Yo estaba repartiendo chocolate y galletas a todo el que llegaba, cuando entró con los primos. Casi derramo las tazas en las piernas de don Augusto Montes, que en ese momento hablaba de la cría de cerdos con María Peralta. Volví a la cocina muerto de la pena y todavía estaría allí si mamá no me hubiese obligado a salir.

La gente rezaba un rato en la sala donde estaba la difunta, y se quedaba casi toda la noche en el patio, bajo el manto de las estrellas. No venían a despedir a la tía Celina sino a beber y conversar. Que Dios me perdone estos pensamientos. Mi tía no tuvo amigos. Nunca le conocimos un novio. La reunión parecía una pequeña y discreta fiesta. Algunos reían. Se dice que no hay mejor chiste que un chiste de velorio y es verdad. Presidente batía la cola.

Les ofrecí chocolate a Juliana y a sus acompañantes. Me quedé por ahí hasta que me llamó para devolverme la taza.

—Eres José Antonio Cáceres.

Dije que sí.

Ella prefirió asegurarse:

—¿El hermano de *Michael*?

No dije nada.

—Qué barbaridad, cómo se parecen.

Nos parecíamos, pero Miguel era campeón de billar, más alto, atrevido y mujeriego.

–Avísame cuando llegue.

Fui a la cocina con unas urgentes ganas de llorar.

Presidente me lamió la cara.

–Querías mucho a la tía Celina –dijo mamá.

–Era mi adoración –dije, y lloré con ganas.

Mamá repartió aguardiente toda la noche. Ordenó que prepararan más chocolate. Hice de tripas corazón y repartí tazas hasta que me dolieron las piernas. Miguel llegó después de medianoche y nos dio una mano. Juliana ya se había marchado con los primos.

–Esa muchacha te va a arrastrar por la calle de la amargura –dijo el gordo Medina.

Volví a verla en el cementerio. La vi despedirse de Miguel con besito en la mejilla. No me reconoció.

No la vi en tres días.

Miguel no la mencionó una sola vez.

La vi en bicicleta, desde el otro lado de la calle, y envidié el viento que jugueteaba con la hierba de sus cabellos. Presidente ladró y Juliana nos hizo adiós con la mano.

Escribí más de quinientas veces su altivo nombre en un cuaderno: *Juliana Monterrey*. Imaginé que era el Secretario Mayor de su reino, su hombre de confianza, el consejero.

Nos cruzamos en el parque. Apareció de pronto, de la nada, y me entregó una carta.

–Para *Michael* –precisó.

Quise volverla pedacitos. Luego me vi confesándole la verdad. “Eres un canalla”, imaginé que me decía. Le entregué la carta a Miguel y luego consulté en el diccionario el significado de *canalla*.

–Ah, las mujeres –dijo Miguel–. A veces son tan locas.

Le pregunté por Juliana dos o tres días después.

–Me espera esta noche en el cementerio.

–¿Vas a ir?

–Qué remedio –dijo Miguel–. Es luna llena.

Me recordó que debía tapar el sábado. Como el portero titular de Los Grillos se había lesionado la rodilla, no tenían otro remedio que acudir a mí. No era bueno para patear una pelota, debía conformarme con atajar los goles.

En el estadio, prefería atrapar avispas al vuelo. Las atontaba de un golpe, les arrancaba el aguijón protegiéndome con un pañuelo y les ataba un hilo para hacerlas volar como cometas a mi alrededor.

No lo hice muy bien el sábado: Los Pericos me marcaron tres goles. Juliana gritó como una loca: “*Michael, Michael*”. Perdimos, por supuesto. Juliana le arrojó besos a mi adorado hermano todo el tiempo. Marcador final: tres, dos. Miguel, de todos modos, salió victorioso: hizo los dos goles nuestros y Juliana se derritió en sus brazos. Lo miramos con furia asesina. Era el único de Los Grillos que festejaba y recibía semejante tanda de besos. Nos invitó a beber limonada. Preferí volver a casa.

A Miguel sólo podía vencerlo en el campo de ajedrez, aunque inventaba miles de excusas para suspender la partida cuando se veía perdido. No creo que Juliana tuviese la paciencia de sentarse a vernos pensar. Además, el famoso *Michael* y yo sólo jugábamos en casa y no en un estadio, en medio de gritos y besos.

Encontré a mamá alistando la maleta. Me pidió que la acompañara a Sacramento porque necesitaba vender la vieja casa de la tía Celina. Dejamos solo a Miguel por casi una interminable semana. No le pregunté por Juliana al regresar, pero encontré cabellos verdes en su almohada. Tuve ganas de comerme las hojas donde había escrito su nombre. Soñé que era un caballo con cuello de jirafa y me comía con ansia las hojas de los árboles. Lloré hasta dormido. La almohada amaneció mojada.

–Ah, las mujeres –dijo Miguel. A veces son tan aburridas.

Esa noche lo vi con Cristina Iglesias, una vulgar pelinegra que se reía por todo. También vi a Juliana. Parecía feliz con otro amigo. “Tu hermano es una porquería”, dijo al pasar a mi lado. Dos días después me sorprendió con otra carta y los ojos llorosos

de reina destronada. Incluyó la cabeza para sonarse, exponiendo las raíces oscuras de sus cabellos. No me importó. Quise decirle que sería su rey, su cómplice, su súbdito, lo que fuera, en la dicha y en la desdicha, en la enfermedad y la pobreza, con tal de disfrutar de su presencia, pero no me atreví. La amaba y el dolor de amarla era insoportable.

Algo leyó en mis ojos porque dijo:

–Eres mejor que él.

Le llevé la carta a Miguel, pero se negó a recibirla.

–¿Qué hago entonces?

–Lo que tú quieras, hermanito. La dejas por ahí o la devuelves.

Decidí devolverla.

–Acaba de irse –me dijeron los Ávila.

Corrí a la estación.

Juliana abordaba el bus con su equipaje a la espalda, cuando la alcancé.

Su rostro se encendió al verme.

–¿Qué dijo?

El rostro se apagó cuando le entregué la carta sin abrir.

–Ven a verme.

Abordó el bus sin precisar el lugar y la fecha.

No era más que una frase de cortesía.

Volví a casa, observando que el mundo era verde, ancho y ajeno: la hierba, las montañas, los terrenos baldíos, los ojos de la niña rubia que comía un helado frente al Teatro Andrómeda. Entré a casa, atravesado por una flecha verde, le pedí a mamá unas monedas y corrí hasta el teatro. La niña aún no terminaba su helado.

–¿Eres José Antonio?

# CELENIA MERCEDES ARREAZA

celcedes@cantv.net

Nació en Caracas (Venezuela, 1961). Es docente, publicista, poeta y coordinadora de proyectos culturales. Egresada del Instituto Universitario Nuevas Profesiones, de Caracas. Asesoró proyectos de Difusión Cultural, en el “Centro Bolívar y Bello”, en Curazao. Trabajó como docente en las Escuelas Municipales del Distrito Federal. Representó a Venezuela como poeta en el “Centro Cultural Raúl Gómez Jattin en Cereté (Colombia, 2006). Actualmente dicta y crea Talleres de Expresión Literaria.

**OBRA LITERARIA:** Ha publicado poemas y minicuentos por Internet en la página Mexicana de *textosentido.net* y en la revista *Encontrarte*. Participa en la Banda Hispánica de la revista *Agulha*, de Brasil. Libros inéditos: *En pocas palabras*, *Módulo interdisciplinario de expresión literaria*.

## LA FIESTA

Arriba de los zancos la cumpleañera sorprende a los invitados. Como anfitriona se acerca a las mesas para cerciorarse de que todo esté a la altura de la situación. En el momento de apagar la torta se ve obligada a descender de su exacerbada vanidad. Con las piernas sobre el suelo no alcanza por sí misma a soplar la vela, para ello, toma una silla y logra al fin su cometido.

Luego, llena de vergüenza, se ve obligada a colocarse las menudas zapatillas de enana.

## VIDAS CLONADAS

Fastidiado por las elecciones que hicieron su existencia minúscula, se escapó de sus esquemas e ingresó en una vida clonada de personajes admirados. Expuesto al devenir de un mundo que cabalga en el azar, a los pocos días el hambre llamó a la puerta de su estómago y recordó que aún conservaba la cartera con su identificación. Al llegar al banco para sacar dinero llenó el retiro con

todos sus datos, pero al momento de sacarle la foto le prohibieron realizar la transacción.

El cliente tenía un rostro ajeno al que observaban y muy diferente al de una cédula de identidad hace dos siglos vencida.

## **INSTINTO DE SUPERVIVENCIA**

No quería percatarme de la aterradora realidad que amenazaba con borrarle, entonces decidí no escribir mi vida a lápiz aunque la letra fuese bien oscura. Compré una cámara digital para atrapar mi imagen y trasladarla a la computadora por si perdiera de pronto la memoria. Decidí detenerme a hablar con los vecinos, o bien por las mañanas cuando salía a comprar el periódico, o por las tardes cuando iba hacia la panadería a beber el café para apartarme por un rato del deseo de escribir, esto lo hacía pensando que llegado el momento de desaparecer, alguien más que yo notaría mi falta. Frente al teclado quise reconstruir mi historia personal pero a medida que escribía se eliminaba la palabra anterior.

Aturdida busqué el acceso al mundo fuera de mis lindes tropezándome con una contraseña inválida, era un hecho que alguien había ocupado mi lugar.

## **LOS LADRIDOS INCESANTES**

Coloca las almohadas en las orejas para aislar al ruido que irrumpe sus sueños.

Se levanta y mira por la ventana tratando de dar con la procedencia de los ladridos. Sin obtener resultado alguno, vuelve a su cama y se cubre hasta la cabeza tratando de minimizar la bulla.

En vista de que el perro sigue ladrando, toma un libro y trata de leer sin hallar concentrarse. Es tanta la ansiedad, que es él, quien despierta a la alarma del reloj.



Cuando la claridad hace acto de presencia, ebrio de sueño se dirige al baño, una vez allí se asoma en el espejo y al mirar su rostro ojeroso, tomado por la furia... ladra.

## **HALLAZGO FAMILIAR**

La invasión electrónica era evidente, la tierra desistió de girar alrededor del sol para navegar en un universo cautivante.

Las diferencias abandonaron el contacto físico de la familia, todos giraban en el tiempo que les quedaba antes que el explosivo hiciese la detonación. Quedaban sólo cinco segundos para solucionar el enigma que los amenazaba con desaparecer.

# ADELA BASCH

abran\_cancha@hotmail.com

Nació en Buenos Aires (Argentina, 1946). Es egresada de la carrera de Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires. Su primer trabajo fue traducir libros escritos en inglés. Desde 1986 hasta 1990 trabajó en el Plan de Lectura de la Dirección Nacional del Libro, coordinando talleres de lectura y difusión de la literatura para chicos. Entre 1993 y 1998 dirigió las colecciones de literatura infantil de Coquena Grupo Editor (Libros del Quirquincho). En 2002 fundó Ediciones Abran Cancha, una propuesta editorial alternativa que, a través de la comercialización en circuitos no convencionales (talleres de lectura y expresión), pretende generar espacios de encuentro entre los adultos y los chicos. Actualmente vive y trabaja en Buenos Aires. Premio Argentores por mejor obra de teatro para niños (1982). Mención en el Premio Coca-Cola de Literatura Infantil (1987). Mención del Premio Nacional de Literatura Infantil (1995). Premio Destacado de ALIJA (Asociación de Literatura Infantil y Juvenil, Argentina, 2002). [www.autores.org.ar/Abasch](http://www.autores.org.ar/Abasch) [www.abrancancha.com](http://www.abrancancha.com)

**OBRA LITERARIA:** De Ediciones Colihue, Buenos Aires, Teatro: *Oiga, chamigo aguará* (1985). *Abran cancha, que aquí viene don Quijote de la Mancha* (1991). De Libros del quirquincho, Buenos Aires, Narrativa: *Había una vez una lapicera* (1993). *¿El colmo colma la calma?* (1993). *La sonrisa en la caja* (1994). *Pincel y papel* (1994). *Todo en tren* (1994). *En malla en la playa* (1996). Editados en Buenos Aires: *Saber de las galaxias y otros cuentos* (Editorial Norma, 2001). *Una luna junto a la laguna* (Ediciones SM, Colección El barco de vapor, 2002). *Había una vez un libro* (Ediciones Abran cancha, 2002). *El reglamento es el reglamento* (Norma, 2003). *¡Que sea la odisea!* (Alfaguara, 2003). *San Francisco para jóvenes principiantes, historieta* (Longseller, 2003). *¿Qué es esto gigantesco?* (Norma, Buenos Aires y Bogotá, 2004). De Editorial Guada, Buenos Aires: *El surubí y el mar* (2004). *El carpintero y sus amigos* (2004). *El yagareté que quería viajar* (2004). *El yacaré y la sirena* (2004). *La gran orquesta* (2004). *Los zorros y el gigante* (2004). *El coati preguntón* (2004). *Los colibríes y el quirquincho* (2004). *Que la calle no calle: poemas a las calles de Buenos Aires* (Abran cancha, 2005). *Una nave especial* (Ediciones infantil.com, 2005). *Las increíbles aventuras de don Quijote y Sancho Panza* (contadas para chicos), (Editorial Estrada, colección azulejos, 2005). *Creí hasta volver a ser pequeña* (libros del Eclipse, 2006). *Había una vez un lápiz* (Abran cancha, 2006). *La abeja que no era ni joven ni vieja* (Atlántida, 2006). *Saltando por el bosque* (Progreso, Colección rehilete, México, 2006). *Un buen rato de teatro* (Editorial Crecer Creando, Colección Mar de papel, 2006). *Tal vez alguien recuerde una valija verde* (Estrada, Colección Azulejitos, 2006); entre otros.

## PUNTADA SIN HILO

La mamá de Juliana se dedicaba a zurcir y remendar ropa, y todo el barrio le llevaba siempre algo que necesitaba algún arreglo: Una camisa a la que le faltaban botones, un vestido que era necesario acortar, unos pantalones para alargar, una funda que se había desgarrado...

La abuela de Juliana también había hecho ese trabajo durante muchísimos años, y ahora solo lo hacía de vez en cuando para alguien de la familia, porque tenía los ojos y las manos muy cansados.

La bisabuela de Juliana se había dedicado a la misma tarea. Y la tatarabuela también. Igual que la mamá, la abuela y la bisabuela de la tatarabuela. Hasta dónde alguien pudiera recordar –y esa clase de cosas la familia las recordaba muy bien– todas las mujeres de la familia, se habían dedicado a zurcir y remendar ropa.

Por eso, cuando Juliana llegó a la edad en que la mamá, la abuela, la bisabuela, la tatarabuela y todas las mujeres de la familia habían aprendido a zurcir y remendar ropa, la mamá y la abuela le quisieron enseñar. Pero... ¡oh sorpresa! Juliana no quiso aprender. Juliana dijo que quería ser aviadora.

Al oír esas palabras la mamá estuvo a punto de quedar petrificada, y a la abuela casi le agarra un ataque de enmudecimiento perpetuo.

–A... a... avi... a...vi... a... dora... Pero, ¿qué hubiera dicho tu bisabuela Dora? ¿Y tu tatarabuela Cora? ¿Y qué hacemos ahora? –exclamó la mamá con voz entrecortada.

–¿Aviadora? ¿Aviadora de avión? –preguntó la abuela con un hilito de voz.

–Sí –contestó Juliana–. Aviadora de avión.

–Pero, nena, todas las mujeres de la familia nos hemos dedicado a zurcir y remendar y no es por decir, pero somos las mejores en eso. ¿Cómo vas a desanudar las puntadas que venimos dando desde... desde el comienzo de los tiempos –aulló la mamá?

–¡Imposible! –afirmó la abuela, mientras se agarraba la cabeza con las manos que tantas veces habían empuñado aguja, tijera, hilo y dedal.

–Además la carrera de aviadora es muy costosa y no la vamos a poder pagar –rugió la mamá.

–¡Y aunque la pudiéramos pagar, es imposible! Nena, la trama de tu vida ya está bordada y no se puede cambiar así nomás. ¡Las mujeres de esta familia se dedican a zurcir y remendar y se acabó! –tronó la abuela–. ¿Y además, Julianita, querés decirme adónde se ha visto que las mujeres vuelen?

Esa noche Juliana no quiso comer y se fue directamente a dormir. A la mañana siguiente seguía siendo Juliana, pero ya no era exactamente la misma. Todos, incluidas su madre y su abuela tuvieron que convencerse de que era capaz de lograr lo que se propusiera. Juliana había amanecido distinta. Un par de grandes alas le habían nacido cerca de los hombros y no había en el costurero tijera que las pudiese cortar.

## **¡ADELANTE, ADELANTE, VALEROSO NAVEGANTE!**

–Yo quiero ser navegante –dijo esa mañana Marco Delarco–. Quiero pasarme la vida viajando en barco.

Su tío abuelo Froilán Cha y su tía abuela Enrica Noa, que se habían pasado la vida recorriendo el mundo y surcando los océanos más bellos y profundos, lo habían dejado como único legítimo heredero de un hermosísimo y excelente velero.

La decisión ya estaba tomada. Pero de pronto recordó una dificultad inesperada.

A Marco le fascinaba el mar y le encantaba ir a la playa y nadar. Pero nunca había navegado en alguna embarcación, ni siquiera en un bote o en una balsa sencilla. Porque lo aterraba la idea de un naufragio que le impidiera volver a pisar la orilla.

Sin duda, era un gran inconveniente. La sola idea de perderse para siempre entre las olas le hacía temblar los dientes.

Al mismo tiempo, ¡qué lucha!, ansiaba recorrer los mares, desembarcar en islas desconocidas y explorar nuevos lugares.

El agua tenía para él un maravilloso encanto. Nada había en el mundo que le gustara tanto.

Pero no podía superar de ninguna manera el miedo de quedar en medio del oleaje, asido a algún frágil trozo de madera.

¡Qué tremendo desafío! ¡La situación lo hacía pasar en un instante del calor al frío!

Mañanas, tardes y noches se dedicó a pensar incesantemente. Hasta que al final tuvo una ocurrencia que le iluminó la mente.

Entró a una tienda de artículos de navegación llamada “El que nada no se ahoga” y compró yardas y yardas de una fuerte y resistente sogá. Entonces, fue hasta el velero y esto es lo que hizo primero: lo ató a una punta de la sogá, tan extensa que podía cubrir una distancia inmensa. Ató el otro extremo a un muelle con nudos de tanta firmeza, que todos los temores abandonaron su cabeza.

Poco después zarpó y se lanzó a la aventura. Sentía que podía enfrentar el mar abierto con actitud serena. Y al mismo tiempo estaba tan seguro como si nadara en una bañera.

Pasaban los días y Marco navegaba con alegría. Ya no le asustaba estar lejos de la orilla. La sogá lo mantenía unido a tierra, ¡qué gran maravilla!

Las olas podían hacer lo que quisieran. A él ya no le atemorizaba que lo embistieran.

Tampoco temía que se desencadenaran vientos o tornados. Estaba protegido, nunca tendría que regresar a nado.

La idea de un naufragio se había ido por completo de su pensamiento y se sentía tranquilo y contento. Además, la brisa era apacible y no se le presentaron peligros terribles.

Marco cantaba mientras movía el timón, cuando de pronto vio una isla que le llamó la atención.

¡Ah! Desembarcar en una isla desconocida. ¡Quién sabe qué descubrimientos haría! Seguramente habría frutas sorprendentes y sabrosas, y aves de dulce canto y plumas hermosas.

El velero se iba acercando a esa orilla nueva, ansioso por pisar su dorada arena. “¡Ya falta poco. ¡Ya casi la toco! Pasaré unos días en esta isla y después me internaré en el mar abierto para visitar lejanos puertos”.

Así pensaba Marco, cuando sintió que el velero se detenía con un fuerte tirón y que no respondía a los movimientos del timón.

Poco tardó en comprender que la soga había llegado al límite de su extensión, y enorme fue su decepción. No podría seguir adelante. Y eso era terminar con sus sueños de navegante.

Pero un momento después ya había tomado una resolución. En un instante deshizo el nudo que ataba la soga a la embarcación. Ahora sí podía elegir su rumbo: lo esperaban todos los mares del mundo.

## JUGAR A LA MANCHA

A Zulema Ordoñez le gustaba llegar puntual a todas partes. También le gustaba tener siempre todo muy ordenado. Y sobre todo, tener un aspecto impecable. Una simple hilacha asomada en la blusa era capaz de sacarla de las casillas.

Un día, cuando estaba por llegar a su trabajo, el conductor de un colectivo se vio obligado a hacer una rápida maniobra para esquivar a un perro. Y al hacerlo, pasó por un charco de agua. Las ruedas se mojaron y salpicaron a Zulema Ordoñez con un poco de agua barrosa. Y su blusa que era, inmaculadamente blanca, se manchó.

Zulema pensó por un momento en la posibilidad de ir a su casa a cambiarse. Pero eso la haría llegar tarde, y ella nunca llegaba tarde. También pensó en faltar al trabajo, pero justo para ese día el jefe le había encargado una tarea muy importante. No sabía qué hacer, cuando de pronto vio una tienda que vendía ropa de abrigo a precios de oferta. Porque era verano y hacía mucho calor.

Entró a la tienda y compró un abrigo, se lo puso y se lo abotonó para que ocultara por completo la blusa manchada.

Llegó a la oficina donde trabajaba y, por supuesto, permaneció con el abrigo puesto. Sus compañeros la miraron extrañados.

–Zulema –preguntaron– ¿qué te pasa? ¿No tenés calor?

–No, no –se apresuró a contestar mientras transpiraba a más no poder–, no sé qué me paso pero siento mucho frío.

La idea de que la vieran con una blusa manchada le resulta insoportable. Prefería cocinarse bajo el abrigo que mostrar la imagen de una persona descuidada.

Pero el calor era muy grande. Zulema trató de imaginarse que estaba dentro de una heladera e intentó tiritar. Pero no resultó. Recordó una película que había visto por televisión en la que se mostraban paisajes del Polo Sur y quiso convencerse de que estaba allí. Pero su transpiración iba en aumento y se empezaba a sentir sofocada.

Entonces pensó: “Y si me ven con la blusa manchada, ¿qué?” Al principio era un pensamiento débil, pero fue creciendo al mismo ritmo con que crecía la sensación de asfixia que le producía el abrigo.

Repentinamente Zulema se desprendió los botones del abrigo y se lo sacó. Para su asombro, a nadie le llamó la atención la mancha, nadie le hizo un solo comentario. Y ella siguió trabajando. Y lo que es más importante aún, el mundo siguió andando.

# VIRGINIA BINTZ

vbintz@hotmail.com

Virginia Rita Bintz Wachsmuth, nació en Montevideo (Uruguay, 1961). Artista plástica y escritora, comienza a mostrar sus obras en el año 2003. Participó en varias muestras en Uruguay desde el 2005. Ilustra poesías y cuentos de otros poetas y escritores. Premios recibidos: en Uruguay 2004 (1er. y 3ero. en poesía, Concurso Alvaro Leguísamo; 2do. Premio en cuentos, Concurso Unión de Inmigrantes de Salto). En 2005 (2do. Premio en cuentos cortos, Concurso Alahy Próspero; 1er. Premio en cuentos cortos Concurso Unisalto. Mención en cuentos “Profesor Antonio Apa Lucas” CHADAYL; 1er. premio prosa “Homenaje a Don Quijote” del Taller de la Creatividad literaria y el Centro cultural del Gran Hotel Concordia Salto). En 2006 (2do. Premio Cuento 28° Concurso A. Manini Ríos AEDI; Mención Teatro en el 28° Concurso Alberto Manini Ríos de AEDI; Mención Poesía Primer Concurso De puente a puente, Diario de la costa y aBrace). Integra el Movimiento aBrace y el grupo de Cuentaría popular “Ta pa’l cuento”. Participó en el programa televisivo “Voces Anónimas” que rescata leyendas uruguayas. Presenta sus trabajos en Escuelas, Bibliotecas, Ateneos, Ferias de libros.

**OBRA LITERARIA:** Ha sido editada en varias antologías y en revistas literarias virtuales: Oma Recknagel “Rinconcito del alma” (Montevideo). Letras y silencios (Montevideo) Almiar (Madrid). Calle b, revista literaria de Cumanayagua (Cuba).

## ANATOLE Y EL PROFESOR BISIC

En la ciudad de Notolia, pueblo avanzado en ciencias y filosofía, convivían con el miedo a ser atacados por sus vecinos, los Rol-fianos, quienes practicaban las artes de las diferentes luchas, ya fueran cuerpo a cuerpo o con sofisticadas armas. Guerreros por excelencia, basaban su economía bajo las presiones y el miedo que ejercían a sus vecinos con la siempre amenaza de una guerra.

Notolia, tenía muy buenos diplomáticos y como eran los más cercanos a la ciudad de Rolfia, tenían mucho cuidado para no despertar la furia de sus necios, vanidosos y muy bien armados vecinos.



Los Rolfianos eran concientes de sus limitaciones intelectuales y su Jefe de Estado junto a sus asesores decidieron que sus jóvenes debían intercambiar conocimientos con sus vecinos, cincuenta jóvenes de Rolfia fueron recibidos en Notolia y cincuenta Notolianos cruzaron la frontera por tres meses hacia la ciudad vecina.

El intercambio cultural fue realmente un éxito, pese a los miedos de los mayores, que desconfiaban sistemáticamente los unos de los otros, sin embargo, los jóvenes se enriquecieron con conocimientos nuevos y vieron que ni uno ni otro pueblo eran tan terribles como afirmaban sus mayores, pero las nuevas generaciones debían comprender que el peso de la historia de las dos ciudades, manchadas de sangre, era lo que no olvidaban las generaciones de veteranos, que sumidos en sus odios y sus terribles recuerdos, no confiaban ni perdonaban a sus vecinos.

Pero... el mundo gira y el intercambio siguió año tras año, abriendo fronteras y regalando la alegría, el encanto y la fuerza de la juventud.

Natia, la hija menor del Jefe de Estado de Rolfia, estaba feliz, ese año le correspondía ir a Notolia, a ella le gustaba estudiar, su dotada voz encantaba a quienes la escuchaban y ella sabía que la escuela de música que ellos tenían, era la mejor de la región, también amaba la poesía y estas dos materias eran muy pobres en Rolfia. Natia contaba los días para ir y pensaba que tres meses eran muy poco tiempo, estaba dispuesta a estudiar mucho para que la dejaran un año ¡un año sin luchadores a su alrededor! ¡Un año de música y poesía! ¡Qué sueño sublime! ¡Qué Placer!

Rolfiano, su padre, no pensaba igual, en tres meses su hija volvería y se festejaría su matrimonio con Lupan, el hijo del mejor General de su ejército, “detalle” que no le fue comunicado a la joven, por temor a su reacción, ya que era de carácter fuerte y decidido ...

Natia llega con sus otros compañeros a Notolia, inmediatamente queda prendada de la bella ciudad y de los ojos de Not, el hijo del Jefe de Estado, quién, al verla le corresponde del mismo

modo. Música y risas, alegría ¡El amor!, Natia y Not, vivieron esos tres meses el más pleno, dulce, bello amor primero.

Notón, padre de Not, vió con muy buenos ojos esa relación, casarlos sería unir las dos naciones y así alejar la guerra, envió a sus diplomáticos con regalos, pidiendo la mano de la joven para su hijo.

Sus diplomáticos regresaron con amenazas terribles, esa relación había enfurecido a Rolfiano, quién exigió a su hija de regreso de inmediato.

Pasaron momentos terribles, los jóvenes no querían separarse, pensaron en huír juntos, Natia no deseaba regresar y Not no quería vivir sin ella.

Notón fue personalmente a negociar con Rolfiano, pero por más que ofreció sus mejores tierras, parte de las cosechas, profesores, asesores ilo que pidiera! Rolfiano seguía firme, él había dado su palabra a su General y no daría un paso atrás, el General y Lupan, su hijo, querían arrasar inmediatamente a Notolia.

Notón, regresa apesadumbrado.

Rolfiano y sus generales, se preparan para invadir a sus vecinos, pero, Rolfiano ama a su única hija, la única después de seis varones, ella llenó de luz y alegría su vida, no quería una separación tan terrible, se sentía viejo y cansado, buscaba la mejor solución, conocía a su hija, era decidida y tenaz, tenía el mismo terrible e indomable carácter que él, una sonrisa se le escapa cada vez que recuerda a su niña, está orgulloso de ella...

Reúne a los sabios, llegan a una conclusión, les enviarían una prueba muy difícil de superar, sería la industria de las armas contra la inteligencia de los científicos notolianos.

Cuando la preocupada y entristecida Notolia despierta, ven sobre las azoteas, suspendidas en el aire, cientos de esferas de cristal, brillando con la luz del sol, se sintieron curiosos y admirados, eran bellísimas, mientras se preguntaban qué serían, por el camino principal llegaba Lupan, el hijo del General, con una de las esferas en su mano, es recibido por Notón, el joven guerrero deja en manos del Jefe de Estado la esfera y le explica:

–Dentro de cada esfera hay un dispositivo especial que las hace flotar en el aire y otro que las hace explotar, al terminársele la sustancia que las mantiene inocuas, les serán enviadas en el lapso de una semana, miles de ellas, día a día irán muriendo sus aves y sus árboles, irán bajando y seguirán muriendo personas y animales, si pueden contra esta terrible arma y sobreviven, dejaremos a Natia con ustedes, de lo contrario, poco quedará de esta ciudad...

Primero, el terror, la desesperación, el pánico ¿cómo pudieron lograr tan atroz invento? Luego, reunidos los prelados, asesores, diplomáticos, científicos, profesores junto a los pobladores, se discute cómo deshacerse de semejante amenaza, las mortíferas esferas están muy altas para ser alcanzadas y son miles, de a poco caerían... ¿redes protectoras? ¿Boomerangs? ¿No salir de las casas? ¿Ballestas? No encontraban soluciones.

Tímidamente, un niño de once años comentó: “Si un pájaro gigante con un gran pico como el de los pelícanos, se llevara lejos a las esferas y las encerráramos en una gran red...”

Parecía que nadie le había dado importancia, pero lo había escuchado el viejo profesor Bisic, inventor nato, cruzaron sus miradas y sin mediar palabra, el profesor se tomó del brazo del niño y apoyándose en su bastón, fueron hacia el viejo castillo dónde estaban los laboratorios, allí los científicos, profesores e inventores se daban cita para compartir sus conocimientos junto a sus alumnos.

El profesor Bisic fue un genio con las palancas y las alas, fue perfeccionándolas con el correr del tiempo, pero estaban pensadas para personas y en este caso, aún volando no podrían tomar una sola esfera.

Piensa, piensa Bisic... un gran pájaro –pensaba- con pico grande, piensa, piensa Bisic, alas, palancas, cadenas, ruedas, humano ... piensa, piensa Bisic ... y el profesor daba vueltas y vueltas buscando una idea.

Mientras el profesor pensaba, el pequeño Anatole tomó de un rincón una red para cazar mariposas, ya que un hermoso ejemplar blanco revoloteaba desesperado buscando la salida de la gran

sala, Anatole la atrapa con delicadeza y abre la ventana para dejarla libre...

–¡Bien Anatole! ¡Eureka! Ya tenemos las alas y el gran pico de tu ave, haremos un gigantesco “caza mariposas”.

–Profesor ¿cómo se llama esa máquina de paseo con la que usted sale en dos ruedas y que a veces va con su señora Cleta por el parque?

–¡Ah si! ¡ja ja! Le pusimos la bisic-cleta, no es un invento mío, pero la he perfeccionado mucho, tanto que... ¡Espera! ¡Bien Anatole! ¡Ya tenemos el cuerpo de tu ave! ¡Felicidades!

El viejo profesor abraza al joven y se ponen a trabajar en tan importante, vital proyecto, al verlos, alumnos y profesores, todos en equipo, van dándole vida a la bisic-cleta con alas.

El ingenio del joven y la sabiduría del inventor logran un excelente resultado, no sólo preparan una bisic-cleta con alas, sino varias, al profesor le preocupa lograr el impulso necesario para que estas pesadas máquinas no caigan, con los físicos trabajan en vectores, pesos, distancias, los meteorólogos estudian los vientos, jóvenes rolfianos que no regresaron a su ciudad, son fuertes guerreros, se ofrecen para pedalear con toda su fuerza las bisi-aladas mientras que otro iría fuertemente atado a un asiento posterior con un “caza mariposas” gigante, contando con que las esferas al flotar ayudarían a las bisi-aladas a mantenerse en el aire sin tanto esfuerzo para los jóvenes conductores.

Tenían dos días antes de que comenzaran a caer las esferas, toda la ciudad trabajó en la construcción de las modernas armas de protección y en varias redes de metal muy grandes para depositar las esferas atrapadas, eligieron una cantera abandonada cercana a la ciudad para llevarlas allí, jinetes, carros, gente a pié, como fuera todos irían llevando las mortíferas esferas.

Notolia parecía un gran hormiguero, cada uno tenía su función, mientras los jóvenes voladores recibían sus primeras caídas de las bisic-aladas (tenían problemas de aterrizaje), algunos pensaban que todo este trabajo no daría resultado, mientras las cocineras voluntarias alimentaban con succulentos platos a todos;

ya que necesitarían la mayor fuerza y energía para realizar esta aventura.

Todos trabajaron día y noche, los jóvenes “cazadores de esferas” descansaron, el segundo día los esperaba...

Para sorpresa de todos, en las primeras horas de la mañana, muchas esferas habían bajado considerablemente y estaban cerca de los techos, la gente, con “caza mariposas” y otros inventos fabricados de manera artesanal para dicho evento, atrapaban las que lograban alcanzar, mientras quince bisic-aladas, revoloteaban por toda la ciudad con sus intrépidos voladores, que eran disparados hacia las esferas con el mismo sistema utilizado para las catapultas. Las bisic-aladas ya iban protegidas por una gran tela fuertemente atada en varias puntas a la que llamaron “para las caídas”, no querían que nadie se lastimara.

El trabajo fue arduo, el profesor Bisic se negaba al sueño, Notón estaba admirado de su magnífico pueblo, al tercer día, los jóvenes ya estaban muy cansados, así que Notón tomó una bisic-alada y se largó al espacio inunca había tenido una experiencia tan fantástica! ¡gritaba de placer!, detrás de él, siguieron muchos voluntarios, Natia, la hermosa rolfiana, fuerte como una Walkiria volaba junto a otras valientes mujeres, que para asombro de los hombres, hacían el trabajo más lejano, quizá porque eran menos pesadas y más ágiles, gritos de júbilo salían de las valientes voladoras.

Anatole pidió permiso, otorgado el mismo, voló varias veces en su gran pájaro tragándose tantas esferas como pudo, cuando vio con horror, que los Rolfianos enviaban más esferas, era una gran nube que brillaba amenazadora, Natia, quién iba con él, tembló, los dos sabían que era humanamente imposible seguir combatiéndolas de esa manera, estaban todos muy cansados y al día siguiente comenzarían las primeras explosiones...

El viento comenzó a soplar con más fuerza, Natia casi pierde el control de su bisic-alada y Anatole vio cómo el viento movía la siniestra nube hacia atrás.

Al bajar, fueron directamente a ver al Profesor Bisic y llamaron a los meteorólogos, ¡habían llegado los vientos de primavera!

¡Los vientos que soplarían durante semanas desde Notolia hacia Rolfia!

Todos subieron a las antiguas torres, a las azoteas, a los árboles, al principio en silencio, sorprendidos y agradecidos, miraban la gran nube alejarse lentamente, luego, lágrimas de cansancio y alegría, besos y hurras ¡Notolia se había salvado!

Not y Nadia se abrazaban felices.

Notón, ahora abuelo de tres hermosas niñas y dos varones, no se cansaba de contar una y otra vez cómo el Profesor Bisic había inventado la bisic-alada para defender Notolia, el ahora viejito Profesor disfrutaba de su merecido retiro, pero disfrutaba muchísimo más con su alumno, el ahora Profesor Anatole, recordaban con gran alegría el viento de primavera y las caras de Rolfiano y Lupan cuando llegaron a Notolia a pedir “sus armas protectoras de esferas”, sin dudarle, Notón les ofreció las Bisic-aladas y voluntarios para armar las catapultas, tejedores de redes, pero ibajo sus condiciones! Rolfiano no tuvo otra opción que aceptar, de lo contrario en dos días su ciudad comenzaría a destruirse bajo sus propias armas.

Así, Natia y Not tuvieron un casamiento principesco, las dos naciones unidas en una gran fiesta, Rolfia debía construir escuelas y activar sus industrias, debían tener menos guerreros y más profesores, trabajadores y campesinos y fabricar herramientas de trabajo dejando de lado las armas, todo eso se haría de a poco, pero era un gran comienzo.

La paz se había firmado, sólo se sintieron grandes explosiones en la cantera de piedra dónde se depositaron las mortíferas esferas, de las piedras surgió agua y ahora la ciudad tenía un maravilloso lago azul.

Notolia es una ciudad feliz, toda la Nación lo es, todos sus Templos se llenan de agradecimiento por la vida, la alegría, la inteligencia, el sentido común de sus habitantes, y nunca se olvidan de agradecer al Profesor Bisic y al ahora Profesor Anatole.

# ANDRÉS ELOY BLANCO

Nació en Cumaná, estado Sucre (Venezuela, 1897). Obtuvo el título de Abogado en la Universidad Central de Venezuela luego de pasar varias veces por la cárcel de la Rotunda, por circunstancias políticas. Ejerció su profesión de Abogado en Apure, siendo contratado para defender a Doña Francisca Vásquez de Carrillo (La Doña Bárbara, de Rómulo Gallegos). En 1916 dirige la Revista Universitaria de los estudiantes de Derecho. En 1918 obtiene el Primer Premio en los Juegos Florales de Venezuela con su poema “Canto a la espiga y el arado”. En 1928 edita el periódico, clandestino, mecanografiado “El Imparcial”. En 1932 es confinado en Valera (Trujillo) y Timotes (Mérida). En Valera colabora con los editoriales del semanario “La voz de Valera”. Después de un año de confinamiento regresa a Caracas en precarias condiciones de salud. El 21 de mayo de 1955 muere en México, víctima de un accidente automovilístico.

**OBRA LITERARIA:** En 1911 publica sus primeros poemas en El Universal de Caracas: “El solitario de Santa Ana” y “Walkyria”. *Tierras que me oyeron* (Caracas, 1919). *Tierras que me Oyeron* (1921), *Los claveles de la puerta* (Madrid, 1922). En prisión escribe Baedeker 2000, Barco de Piedra, *Malvina recobrada* y gran parte de *La Juanbimbada* (1941-1944), En 1934 publica *Poda* (poemas de 1923-1928). En 1935 *La aeroplana clueca*. Pocos días antes de su muerte publicó su obra *Giraluna* (1955), entre otras.

## LA HILANDERA

Dijo el hombre a la Hilandera

A la puerta de su casa:

–Hilandera, estoy cansado,  
dejé la piel en las zarzas,  
tengo sangrada las manos,  
tengo sangradas las plantas,  
en cada piedra caliente  
dejé un retazo del alma,  
tengo hambre, tengo fiebre,  
tengo sed...la vida es mala...

Y contestó la Hilandera:

–Pasa.

Dijo el hombre a la Hilandera  
en el patio de su casa:

–Hilandera, estoy cansado,  
tengo sed, la vida es mala;  
ya no me queda una senda  
donde no encuentre una zarza.  
Hila una venda Hilandera,  
hila una venda tan larga  
que no te quede más lino;  
ponme la venda en la cara,  
cúbreme tanto los ojos  
que yo no pueda ver nada,  
que no se vea en la noche  
ni un rayo de vida mala.

Y contestó la Hilandera:

–Aguarda.

Hiló tanto la Hilandera  
que las manos le sangraban  
y se pintaba de sangre  
la larga venda que hilaba.

Ya no le quedó más lino  
y la venda roja y blanca  
puso en los ojos del hombre,  
que ya no pudo ver nada...  
Pero, después de unos días,  
el hombre le preguntaba:  
–¿Dónde te fuiste, Hilandera,



que ni siquiera me hablas?  
¿Qué hacías en estos días,  
qué hacías y dónde estabas?

Y contestó la Hilandera:  
–Hilaba.

Y un día vio la Hilandera  
que el hombre ciego lloraba;  
ya estaba la espesa venda  
atravesada de lágrimas,  
una gota cristalina  
de cada ojo manaba.

Y el hombre dijo:

–Hilandera,  
¡te estoy mirando la cara!  
¡Qué bien se ve todo el mundo  
por el cristal de las lágrimas!  
Los caminos están frescos,  
los campos verdes de agua;  
hay un iris en las cosas,  
que me las llena de gracia.  
La vida es buena, Hilandera,  
la vida no tiene zarzas;  
¡quítame la larga venda  
que me pusiste en la cara!

y ella le quitó la venda  
y la Hilandera lloraba  
y se estuvieron mirando  
por el cristal de las lágrimas.

Y el amor, entre sus ojos,  
hilaba...

# ELSA ISABEL BORNEMANN

<http://www.imaginaria.com.ar/06/5/bornemann.htm>

Nació en Parque de los Patricios, ciudad de Buenos Aires (Argentina). Ejerció la docencia en todos los niveles de enseñanza, incluyendo el universitario. Realizó estudios superiores de idioma inglés (Cambridge Institute), alemán (Goethe Institut), italiano, latín y griego clásico. Se recibió en Letras (Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires), obteniendo el Doctorado en Letras. Dictó cursos y conferencias, participó en congresos, seminarios, ferias de libros, y coordinó talleres de creación literaria. Actualmente visita establecimientos educativos del país para dialogar sobre literatura con niños y jóvenes. Recibió numerosos premios por sus libros y su trayectoria. En 1972 ganó la Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores por *El espejo distraído*. En 1976, *Un elefante ocupa mucho espacio* integró la Lista de Honor de IBBY; en 1977 fue prohibido y secuestrada la edición por decreto de la junta militar. El éxito del libro fue impresionante. El Banco del Libro de Venezuela incluyó en 1982 *El libro de los chicos enamorados* entre los “Diez mejores libros para niños”. En 1985 recibió el Premio “Alicia Moreau de Justo” por su obra literaria y, en 1988 y 1989 respectivamente, sus libros *Bilembambudín o el último mago* y *Disparatario* fueron seleccionados para integrar la lista *The White Ravens*, distinción que otorga la International Jugendbibliothek de Munich (Alemania). La Fundación Konex de Argentina, le concedió el Premio Konex de Platino en 1994. Muchos de sus libros se tradujeron a otros idiomas, algunos al sistema Braille para ciegos.

**OBRA LITERARIA:** Entre novelas, cuentos y poesías; canciones y guiones para teatro, tiene publicado la mayoría en Buenos Aires y de Ediciones Librerías Fausto: *Poemas para niños* (Editorial Latina, 1975), *Un elefante ocupa mucho espacio* (1975; reediciones: Grupo Editorial Norma, colección Torre de Papel), *Disparatario*, *El niño envuelto*, *¡Socorro!*, *Tinke-Tinke*, *Los Grendelines*, *Cuadernos de un delfín* (novela), *El libro de los chicos enamorados (55 poemas y un cuento)* *No somos irrompibles: Cuentos de niños enamorados* (Barcelona-España, Buenos Aires, Editorial Librerías Fausto, 1981), *Bilembambudín o el Último Mago* (novela, 1989), *El espejo distraído* (2001), *El niño envuelto* (2002), *Lisa la de los paraguas* (2002); entre otros con múltiples reediciones. Algunas han sido incluidas en antologías, revistas, fascículos y en CD-Roms como *El disco de los chicos enamorados* (grabación) interpretados por Jorge Mehauy y María Rosa Yorío (Buenos Aires, 1982); entre otros.

(Del libro *No somos irrompibles (Cuentos de chicos enamorados)*)

## CON EL SOL ENTRE LOS OJOS

La única que se dio cuenta soy yo: Gustavo tiene un sol entre los ojos. Un pequeño sol colorado, de rayos desparejos, como despeinado en los bordes...

Cuando Gustavo mira, enciende cada cosa que mira.

La primera vez que lo advertí fue cuando puso antorchas a lo largo de la escalera de la escuela, una sobre cada peldaño, a medida que bajábamos... Me asombré tanto, que no le pude decir nada.

Otra vez, prendió las cortinas del salón de música. Yo estaba ubicada en la grada junto al ventanal y sentí que las espaldas me ardían de repente. Inquieta, busqué a Gustavo entre el grupo de chicos que cantaban al lado del piano. Lo sorprendí mirando fijamente en dirección a mí. Más tarde, cuando le pregunté cómo era posible que nadie más se diera cuenta, me contestó con una larga sonrisa.

¡Pero una tercera vez encendió un mediodía a las once de la noche! Fue en el mismo momento en que finalizaba la fiesta de mi cumpleaños y nos despedíamos con un beso ligerito en la puerta de mi casa. Entonces ya no pude soportar su silencio ni un minuto más. –¿Cómo explicártelo?– me dijo, medio avergonzado, cuando le exigí que respondiera a mi por qué.

–Ni yo entiendo bien qué es lo que me está pasando... Parece que solamente nosotros dos lo notamos... ¿Vas a ser capaz de guardar el secreto, no?

Le aseguré que sí sin pensarlo, porque lo cierto era que ya no podía desoír las ganas que tenía de confiarle a todos mi maravilloso descubrimiento. Contárselo a la maestra, frente al grado, eso es lo que hice.

De puro tonta nomás, una mañana quebré lo prometido y me decidí: –Señorita... –le dije– ¡Gustavo lleva un sol entre las cejas! ¿Usted no lo ve? La maestra se balanceó en su silla, diverti-

da. Las risas de mis compañeros sacudieron el aula. Gustavo me miró asombrado y la sala pareció quemarse. Allí estaba su sol, más brillante que otras veces, abriendo un caminito rojo con sus rayos. Un caminito que empezaba en su cara y terminaba en la mía. Un caminito vacío, completamente en llamas. Fulminante.

—¿Qué fantasía es esa? —exclamó la maestra. ¡El único sol que existe es aquél! —y la señorita señaló el disco de oro colgado de una esquina del cielo, justo de esa esquina que se dobla sobre el patio de la escuela.

—Se burlaron, ¿viste? —me susurró Gustavo no bien salimos al patio.

—¿Qué necesidad tenías de divulgar el secreto? ¿Acaso no te basta con saber que es nuestro?

Sí. Ahora me basta. Aprendí que es inútil pretender que todos sientan del mismo modo. Aunque sean cosas muy hermosas las que uno quisiera compartir...

Desde entonces, no he vuelto a contárselo a nadie. Pero esta maravilla continúa desbordándome y necesito volcarla, al menos, en mi cuaderno borrador. Por eso, escribo.

En los recreos, casi siempre sigo siendo sólo yo la que juega con Gustavo.

—Es un pibe raro... —murmuran los demás chicos.

Y tienen razón. Sí. Gustavo es un muchachito diferente, pero por su sol, que únicamente yo tengo el privilegio de ver. ¡Y es hermoso ser distinto por llevar un sol entre los ojos!

Gustavo, mi más querido amigo.

Pasamos las tardes de los domingos correteando por la plaza y él sigue encendiendo cada cosa que mira, una por una:

El agua de la fuente se llena de fogatas. La arena bajo el tobogán es una playita incendiada. Los árboles lanzan llamas a su paso y hasta las mariposas, si las toca su mirada, son fósforos voladores...

Ahora que lo escribí, el secreto ya no me pesa tanto...

Estoy contenta y, sin embargo, tengo una duda: ¿seré yo su amiga más querida?

Me parece que sí, porque aunque no se lo pida, Gustavo viene a buscarme a través de su caminito en llamas... cuando llueve, él se apura a regalarme sus tibios rayitos... cuando estoy triste, ilumina mi vereda hasta hacerme sonreír...

Por eso, aunque nadie lo vea, aunque me hayan dicho que es un disparate, aunque me vuelvan a repetir cien veces que es imposible, yo estoy segura, yo lo creo: Gustavo tiene un sol entre los ojos.

## CARMEN BOTAS BLANCO

Nació en Valladolid (España, 1906) muere en 1963 en Caracas, Venezuela. En 1920 su familia se traslada a Monforte de Lemos, Provincia de Lugo, actual comunidad autónoma de Galicia. En 1934 vuelven a Valladolid. La proclamación de la república hace que los hospitales abran las puertas al personal civil, allí se hace enfermera, continúa su bachillerato para lograr el título de comadrona y ATS (practicante). Al estallar la guerra, ella que vive con su hermano Pepe, al ser asesinado por los falangistas, huye a Monforte. Llega a Caracas en 1950 como enfermera, aficionada a la literatura y al teatro. Ana Teresa Arismendi de Nuñez, probable descendiente de la heroína Luisa Cáceres de Arismendi, la acoge en su casa como a una hija que cuidaba su frágil salud; dama altruista de la ciudad de los techos rojos, considerada “El hada buena de la clase media” en la biografía homónima que le dedicara el historiador Antonio Reyes en 1954. A la muerte de “su Señora”, Carmen Botas contrajo matrimonio en 1959, muriendo cuatro años después, sin dejar descendencia. Probablemente vivía cerca de la plaza Altagracia; la describe en uno de sus poemas desde la cotidianidad de un ir y venir, observándola. También a su pueblo querido y aborrecido, Monforte, lo añora en sus poemas. Su padre fue ferroviario; “Jefe de tren” el bisabuelo Lorenzo Botas, nacido en Brazuelo, pueblo de León (Actual Castilla León), en el corazón de la Maragatería. Los “Maragatos” eran personas muy particulares, usaban pantalones “gauchos” y dedicaban su vida a la arriería. Su madre Dolores Blanco Fresno era de Torrelavega (Santander). Recientemente, su familia encontró 4 ejemplares de su único libro publicado, *Magia divina* (Caracas, 1960), que sus descendientes se “pelean” por disponer. Toda la información sobre la autora, aunque con “lagunas” que se están intentando llenar, fue posible por el excelente y minucioso –en descripciones geográficas-anímicas-jocosas– escritor (está por descubrirlo) Jesús Redondo, el “Cronicario” de la familia, quien “vive” (atento) entre Madrid y Santander (donde dedica sus vacaciones a remover piedras y maleza para encontrar las succulentas historias familiares). Sobrino nieto de la poeta, nieto de Dolores Botas la mayor de las tres hermanas (Pilar las dos); además de cuatro hermanos varones.

**OBRA LITERARIA:** Poemario: *Magia divina* (Caracas, Madrid, Ediciones EDIME-Venezuela, 1960). Depósito Legal: M. 8.857. Impreso en España O-T. Alhambra Sierra de Monchique, 25, Madrid.

(Del libro *Magia divina*)

A las entrañables amigas Conchita Prieto y Mireya Blanco.  
A mis queridos hermanos Lola y Dionisio con todo cariño (1960)

## MAGIA DIVINA

Hoy rompieron las rosas inopinadamente,  
se dieron a la vida tan silenciosamente  
que nadie oyó el crujir de sus pétalos suaves  
al irse desplegando lentos y virginales.

Anoche sus capullos eran casi imprecisos,  
y es por lo que hoy parece como mágico hechizo  
la augusta plenitud de su rara hermosura.

¿Qué ser o qué elemento laboró en su estructura?  
¿Qué diminutos dedos tejieron silenciosos  
la seda ultrafinísima de su ropaje airoso?  
¿Y qué docto hechicero combinó las esencias  
que dieron ese aroma de real magnificencia?

¡Oh Dios, cuántos milagros nos muestras diariamente!  
¡Tus manos no se cansan, siempre están diligentes  
creando testimonios de tu excelsa grandeza!  
¡Hoy le diste a las rosas tan extraña belleza!

No consientas, Señor, que algún ser se enamore  
de su esplendor y venga a tronchar estas flores  
cuya vida tan sólo a ti te pertenece.  
Son tuyas, isólo tuyas! ¡Y adoración merecen!

## YO SÉ...

Yo sé que ha de aquietarse  
el corcel de mi risa.  
Que el aire de mi genio  
ya no será ni brisa.  
Yo sé que ha de apagarse

la luz de mi mirada  
y que este Todo mío  
se fundirá en la Nada...

## HIJA DE ARIES

Me entristecía el moho  
de las viejas paredes.  
El tedioso silencio  
de la ciudad arcaica  
sembró en mí rebeldías  
y despertó un anhelo  
que hacía varios lustros  
dormitaba en mi alma.  
Quise ser golondrina  
audaz y aventurera.  
Alcanzar con mi vuelo  
ciudades populosas  
y huir de los lugares  
románticos y tristes.  
Harta ya de la calma  
húmeda y deprimente  
de mil tardes lluviosas.

Ansiaba paisajes  
donde no hubiesen torres,  
ni tétricas almenas  
de un castillo feudal.  
Quise romper el tedio  
y la monotonía  
de ver cómo la tarde  
va en busca de la noche  
y detrás de la noche  
vuelve otro día igual...



Otro día sin risas,  
sin ruidos ni emociones  
que avivasen mis nervios  
y animaran mis horas.  
Quise ver otros rostros,  
oír otros acentos y aspirar las esencias  
intensas y fragantes de exuberante flora...

Me apenaba el tañer  
de tétricas campanas,  
heraldos del final  
de una vida que pasa  
a un plano diferente.  
De una antorcha que deja  
de alumbrar, y unos labios  
que se cierran herméticos  
bajo la brisa helada  
de la Parca silente...

Y huí de aquellas nieblas  
espesas y dañinas.  
Del rugir de los vientos  
al romperse en la cerca  
en los crudos inviernos...  
Todo allí se mostraba  
feroz y deprimente.  
Todo me anonadaba  
y sumía mi espíritu  
en un foso insondable  
de silencios eternos.

Me alejé de los lares.  
De las viejas raíces  
que me ataban celosas  
a la casona en grietas.

¡Yo que soy hija de Aries,  
inquieta y emotiva!  
¡Yo que soñaba siempre  
que me nacían alas  
y con ellas volaba  
hacia rutas inciertas!

## **MI POESÍA LLAMA**

Me invade cierta bruma  
mística y anhelosa  
al ver que en este siglo  
tenso y electrizante,  
pocos hombres se entregan  
al dulce desvarío de soñar...

Hoy la vida es un ritmo  
roto y descabellado.  
La ansiedad y la angustia  
se han fundido y aturden  
a los seres enfermos  
de inquietud desbocada.

Hoy la vida es un ritmo  
que flagela y acosa  
a las almas sin guía,  
las cuales, como títeres  
uncidos a la angustia,  
danzan sin esperanza  
como aves malheridas.

Los ojos de los hombres  
ise han tornado tan fríos!  
se han cansado de todo

sin haberse saciado  
de admirar lo más digno  
y maravilloso.  
Se han cegado de tanto  
contemplar los números  
y el brillo venenoso  
del oro fascinante...

Olvidan el origen  
del hombre y de las cosas  
y la misión divina  
de todo ser u objeto  
en el ir y venir  
fecundo y palpitante  
de los átomos plenos  
de fuerza creadora.

Mi poesía llama,  
discreta y temerosa,  
como una madre tierna  
que observa que sus hijos  
se alejan hastiados  
de sus sanas consejas...

Mi poesía quiere  
decir dulce y fraterna  
a los seres perdidos  
en el torvo bullicio  
de este siglo estridente  
que vuelvan sus miradas  
hacia el Cosmos eterno.

¡Que admiren y veneren  
su mágica grandeza  
tan rica en simetría

y exacto movimiento;  
que escuchen el latido  
metódico y vibrante  
de soles y de estrellas!

¡Que olviden los rencores  
y apaguen egoísmos  
hijos de la Avaricia,  
sórdida y deleznable,  
y endulcen los destellos  
de sus frías miradas  
al cruzarse en las vías,  
ricas y populosas,  
con sus hermanos flacos  
sedientos de cariño...!

## **ALGO ETERNO HA BAJADO**

Esta noche presiento algo nuevo en mi vida,  
algo desconocido que hacia mí se aproxima.  
Es una dulce alarma que nunca la he sentido  
y un deseo candente de que ello al fin se cumpla.

Estos anhelos míos son como esas simientes  
que, igual que una sorpresa, surgen de un grano seco  
y pujantes anuncian con ufana arrogancia  
que retornan y ascienden, que su estirpe no ha muerto.

Hoy contemplo los astros con sosegada audacia,  
como si la distancia se acortara de pronto  
o mi ser se elevara hasta casi tocarlos,  
y su extraña grandeza se hiciese ya asequible.

¿Qué mano poderosa se ha posado en mi hombro  
y levanta a mi espíritu y arranca a mis congojas?

Algo astral o algo eterno ha bajado a mi lado  
y me anuncia que pronto se rasgará algún velo.  
Esta noche presiento algo serenamente,  
plena de admiración hacia lo inesperado.  
Mi sangre antes inquieta lata en venas y arterias  
con un ritmo consciente, seguro y sosegado.

Que no vuelva a sentirme como hace unos momentos,  
que era como una rama tronchada y macilenta  
o un pájaro sin plumas temblón y abandonado  
a las crueles manos de un chiquillo sin freno.

Quiero ser una brizna volandera y errante,  
átomo desprendido de una clavada roca  
que se eleve al espacio buscando los confines  
a la mano maestra que ordenó su destierro.

Y si fuese posible no volver a la Tierra,  
ni sufrir más aciagos y amargos sinsabores.  
Vivir en los jardines eternos e impalpables  
donde no se marchiten ni deshojen las flores...

## **YO ADORO AL SILENCIO**

Yo adoro al silencio porque me regala  
a veces ensueños de azul primavera.  
Yo aspiro el aroma que exhala el silencio y  
en mi alma florecen rosadas quimeras.

Es el camarada más fiel y sincero,  
nos abre los brazos y oye nuestras quejas.  
Escucha con calma, sin interrupciones,  
y luego nos brinda sus cautas consejas.

Yo adoro al silencio de mi blanca alcoba.  
Tiene suavidades de sedas y plumas  
y su voz es fina como el terciopelo  
o como una blonda tejida en espumas.

Cuando él me acompaña florece el pasado  
y el mañana a veces se deja entrever.  
Y es cuando indiscreta rompo su presencia  
con hondos suspiros de tierna mujer...

### **COMO UN CLARO ARROYUELO**

*A mi querida amiga del alma*

Lucía Castillo (Monforte de Lemos)

Hoy te vi reflejada en mi memoria  
igual que en otro tiempo.  
Y yo también estaba, amiga mía,  
plasmada en el recuerdo.  
Peinábamos las dos brillantes trenzas  
¡qué hermoso nuestro pelo!  
El mío, de un color rubio caoba;  
el tuyo, casi negro.  
¡Cuántos halagos escuchamos ambas  
dichos por labios tiernos!  
Gozábamos, entonces, de gran fama  
en aquel verde pueblo.  
Tú eras igual que la Caperucita  
heroína del cuento,  
donde un lobo decía ser abuela  
con burdos fingimientos.

Yo, delgadita y pálida, sufría  
ya inquietantes anhelos.  
contemplaba a las nubes y envidiaba

de las aves su vuelo.  
Tú al verme tan romántica reías,  
y con tierno embeleso  
al despedirme, siempre me estampabas  
un candoroso beso.

¡Qué quietud en las tardes perfumadas  
sentadas junto al seto!  
En dulce soledad me confiabas  
tus más hondos secretos.  
Y allí junto a los pinos quejumbrosos,  
me dijiste muy quedo  
que muy pronto entrarías en la Iglesia  
vistiendo blancos velos.

¿Por qué entonces sentí yo cierta angustia  
y un poquito de miedo?  
¿Y por qué tu clavaste silenciosa  
tus ojos en el suelo?

Nuestra amistad tan pura y cristalina  
como un claro arroyuelo,  
¿iríase después amortiguando  
como un viejo lucero?

¡Hoy, al través del tiempo y la distancia,  
te vi en mi pensamiento  
sonreírme fraterna y he sentido  
inefable contento!

Y estoy segura que también captaste  
mi imagen y que el viento  
susurró unas palabras en tu oído  
con mi voz y mi acento...

## EXTRAÑA COINCIDENCIA

¿Me llamas trotamundos? No creas que me enojo.  
¡Sólo los trotamundos recrean a sus ojos!  
¡Ah, Quién pudiese, hermana, recorrer mil caminos  
con la dulce zozobra que siente el peregrino!

Pernoctar bajo techo siempre desconocido,  
beber en manantiales donde no hayan bebido  
labios contaminados por besos infernales.  
Comer pan y miel fresca de sabrosos panales.

Y en las encrucijadas, al quedarme perpleja,  
preguntar a la flecha de una veleta vieja  
cuál es el buen camino que debo escoger  
para hallar un refugio antes del anochecer.  
Sentir en los crepúsculos tierna melancolía,  
después de un dulce sueño ver como nace el día.  
Con infantil asombro y animosa esperanza  
despedir al lucero que brilla en lontananza.

Me llamas trotamundos y no me ofendo, hermana,  
puede que por mis venas corra sangre gitana.  
¿Por qué ya desde niña odiaba las fronteras  
y de noche soñaba con anchas carreteras?

Dirás que mis preguntas son algo peregrinas.  
¿Por qué mi madre amaba tanto a las golondrinas?  
¿Sería porque son incansables viajeras?  
Y extraña coincidencia: ¡Yo nací en Primavera!



## GRITO OCULTO

A Pedro y Madrona

Tú que niegas la vida de otra vida.  
Tú que apuras la copa de lo abyecto  
y exprimes hasta el último minuto  
la vibración de músculos y nervios.  
Tú confiesas a veces, sin palabras,  
un temor a lo vago y a lo yerto  
como si alguna vez te musitara  
adentro de tu entraña, en un acento  
irrebatible y parco, que sí existen  
otros mundos de sombras y misterios.

Tú, que aunque niegas, gritas con tus ojos  
un grito oculto que en mis ojos siento  
el gran temor que sientes a lo ignoto.  
Ese temor de ser pálido espectro  
que sutil se deslice y que se funda  
con las piedras, las aguas y los vientos...

Que vaya desvaído y vacilante  
por las sendas vacías de lo incierto,  
sufriendo sed de ser algo tangible  
que batiera en batracio o en insecto.  
Algo raíz o polen de la tierra  
que huyese de lo mudo o de lo etéreo.

Tú que eres material en todo:  
en tus actos, tus frases y tus besos.  
Tú dejas entrever la duda eterna  
que palpita en la médula del hueso  
del hombre más audaz y más osado  
que se burla de dioses y de templos.

Amante, hermano, no sé lo que eres,  
al través de los tiempos lo veremos,  
y quién sabe si entonces, convencido  
de tu nuevo existir, sutil y cierto,  
te fundas en mi ser y yo me funda  
en tu nuevo vibrar, puro y eterno,  
y sigamos los dos dialogando  
sin palabras, sin voz y sin acentos.  
¡En una comunión casi perfecta  
por las sendas de mundos más perfectos!

## MÁGICA FUENTE

¡Es tan fresca y sabrosa el agua de esta fuente  
y tan dulce el murmullo de su clara corriente,  
que hace soñar despierto al ser más terrenal  
y al poeta le brinda algo que es ideal!

Su taza desgastada por el agua y el tiempo  
ofrece generosa el consuelo al sediento,  
y a su pie violetas con su humilde candor,  
además de belleza, nos regalan su olor.

Muy cerca hay un asiento labrado en tosca piedra,  
orlado por tenaces y cariñosas hiedras,  
invita al caminante al tranquilo aislamiento  
y a dejar libremente volar al pensamiento.

¡No es extraño, mocita, que al venir a la fuente  
te sientes largo rato a soñar dulcemente  
sueños color de rosa sin sombras de dolor  
que obliguen a tus labios a sonreír de amor!

¡No es extraño que sientas lo que nunca has sentido  
y que en tu corazón arrecien los latidos  
cuando miras absorta y escuchas extasiada  
a esa mágica fuente que parece encantada...!

### **¡UNA GRAN SEÑORA!**

A la muy querida señora Ana  
Teresa de Arismendi

Esa gran señora  
ve cómo desfilan  
plácidas las horas,  
y es como una efigie  
de faz nacarada...  
Ella pasa el día  
siempre recostada  
en su amplia butaca,  
sonriente y graciosa,  
rodeada de santos,  
de fotografías  
y de muchas flores  
frescas y olorosas...  
¡Qué plácidamente  
las dos conversamos!  
Y con nuestras mentes  
a veces llegamos  
hasta el viejo mundo  
sin cansarnos nunca.  
Nos causan tristeza  
las interrupciones  
porque muchas veces  
el viaje se trunca  
cuando disfrutamos  
de más emociones...

Esa gran señora  
siempre está risueña,  
ella nunca llora,  
a nadie le ofende  
ni a nadie desdeña...  
Sabe que en el mundo  
todos la adoramos  
con amor profundo.  
¡Y que ella en la casa  
es lo más valioso!  
Pues cuando ella enferma  
todos suspiramos  
con ojos llorosos...

Siempre a Dios le pido  
que esta gran señora  
(que unas veces sueña  
y otras veces ora)  
viva muchos años  
en plena ilusión.  
Y que estas mujeres  
que están a su lado  
comenten con ella  
los tiempos pasados,  
mientras no comienza  
la televisión...

.....

Ya casi dos años  
que esa gran señora,  
para dolor nuestro,  
impasible mora  
bajo frías losas  
en el Camposanto,

y a sus compañeras,  
como ella nombraba a las servidoras,  
las sumió en la angustia  
larga y deprimente  
de un sincero llanto...

## **LA CASA CERRADA**

A Doña Teresa de Arismendi  
de Núñez

Ahora la casa tiene ese halo de misterio  
que crepita en los muros de un viejo monasterio.  
Toda la casa gime, doliente y silenciosa,  
al verse despojada de seres y de cosas.

Sus patios perfumados por exóticas flores  
guardan ecos dormidos de sus tres moradores  
que yacen insensibles a su aroma y encanto  
en sus nichos de piedra allá en el Camposanto.

Unos meses tan sólo y todo se ha extinguido.  
dentro de nada acaso quedará en el olvido  
el rumor armonioso de incesante quehacer  
y esa santa alegría que había por doquier.

¡Dios mío! Tú que hiciste los cielos y la Tierra,  
bien ves cuánto dolor en los seres se encierra.  
¡Qué frágiles los hombres...! Qué corto su existir...!  
Apenas unos años de vibrante sentir...

Luego todo es silencio y plantas trepadoras  
que gritan el quietismo tétrico de las horas  
vacías, de palabras y pasos animosos  
por una casa ahíta de afectos amorosos...

## LA NIÑA Y LA MARIPOSA

La niña rió gozosa  
corriendo por el jardín  
detrás de una mariposa  
a la que alcanzó, por fin,  
y llegándose hasta mí,  
sudorosa y jadeante,  
llena de orgullo triunfante,  
me dijo con frenesí:  
¡Mira qué divina es!  
¡Qué belleza y qué colores!  
Es más linda que las flores,  
y ya es mía, bien lo ves.  
A casa la llevaré  
y dentro de una cajita  
sus alas rebonitas  
diariamente admiraré.

Y la pobre mariposa,  
en su mano aprisionada,  
locamente aleteaba  
por ver si escapaba airosa,  
y un polvillo de oro fino,  
verde y rosa, iba cayendo  
y en vil gusano volviendo  
lo que era antes tan divino  
y alzando sus bellos ojos  
de niña voluntariosa  
refugiose en mí llorosa  
llena de pena y de enojos.

Y yo, después de limpiar  
en su carita dos perlas  
y en mis brazos recogerla,

la quise así consolar.  
Niña que a tus siete años  
ves ya la desilusión  
y tu tierno corazón  
conoce ya un desengaño.  
No persigas mariposas,  
fiándote de sus colores,  
y evitarás los dolores  
que sufren las caprichosas.

## **TARDE SEGADA EN FLOR**

TARDE segada en flor...  
dulces aromas  
de nardos y alelíos generosos.  
Se oye el rumor airoso  
de una fuente y el canto  
de una alondra enamorada...

Todo es suave y armónico,  
es la hora en que el rey de la luz  
se hunde y se aleja.  
Duerme el viento sin alas  
y sin voces.  
y la noche se acerca,  
silenciosa,  
como una dama bella  
y enlutada...  
Todo es suave y magnífico  
y mi alma bebe  
en el manantial de este silencio  
con la avidez  
de un viejo peregrino.  
Y el trágico dolor

que me embargaba  
se ha quedado mohíno y achicado...

Tarde segada en flor...  
dulces aromas y preludeo  
de nuevas esperanzas.  
¡Hasta la hermosa luna  
me sonrío  
con sonrisa de hermana  
cariñosa...!

## **VERSOS GRÁCILES**

A mis nuevas sobrinitas

Hace tiempo que anhelo, niñas mías,  
escribir versos gráciles y tiernos  
que no hablen de temores ni de inviernos  
ni de amargas ni acerbadas ironías.

Quiero aunar mil palabras animosas  
y ungir las con perfumes exquisitos  
donde el alma se exprese como un grito  
de asombro ante una imagen milagrosa.

Versos llenos de paz y de armonía,  
logrados a la luz de un claro día  
recostada en la fresca y verde grama...

Suaves como una brisa de mañana  
diáfana, florida y deliciosa

Y aromados con pétalos de rosa  
caídos al azar sobre mi mano.  
Yo os haré versos rítmicos y humanos.



Con leves tonos de melancolía  
que os hagan sonreír místicamente.

Cuando yo me haya ido dulcemente  
sin dejar huellas tristes en mi huida...

## A CARACAS

¡Oh ciudad, que te extiendes como una alfombra mágica  
y te ofreces brillante y perfumada.  
que hierves de inquietudes y de anhelos  
como sirena bella y atrayente...!  
En ti hay fervor de angustia esperanzada  
y clamor de cien lenguas diferentes.

Murmuras como un río desbordado  
que fecunda a su paso las orillas.  
vas plasmando insólitas quimeras  
mientras sonríes plácida y serena  
bañada por un sol de maravilla  
y una brisa de eterna primavera.

Hay en tus noches un alarde único  
de luz que deja al hombre ensimismado  
al ver tu arquitectura quinceañera.  
Ciudad ansiada por los seres tristes  
que ven como en sus lares se marchitan las rosas  
y saben que en ti hay siempre savia nueva.

No me hiciste el mohín indiferente  
que hallé en otras ciudades populosas.  
también yo presentí en el mismo instante  
de llegar, que eras buena y generosa...

En ti se van los días dulcemente  
y canta el corazón en sus latidos  
al sentir que el influjo de tus horas  
un nuevo impulso anima y acaricia  
y otra vieja ilusión ha florecido.

¿Qué tienes tú que enciendes en la sangre  
un fuego creador y alucinante  
que hace vibrar a nuestras almas tristes  
en una sensación sutil y extraña?  
Tu cielo, tus canciones y tus flores,  
¿serán acaso el bálsamo que aquieta  
el ansia de volver de nuevo a España?

Eres lasciva y casta, fuego y brisa.  
¡Oh ciudad, que desgarras y acaricias  
en tu vértigo henchido de promesas...!  
Sentí que ya te amaba al reencontrarte  
y al entregarme a ti por vez primera  
me enamoró tu luz inmaculada  
que me envolvió solícita y amante  
con suavidad de dulce primavera.

¡Selva en tu derredor...! Clamor de savia  
que nos ofrece frutos y colmenas...  
Susurros íntimos de una naturaleza  
sagrada y virginal... ¡De gracia llena!

## **LA PLAZUELA DE ALTAGRACIA**

Simpática plazuelita  
que al caminante le invitas  
en tu sombra a descansar,  
y que en tu quietud amante

a más de cuatro estudiantes  
les incitas a pensar.

Con sus frentes inclinadas  
sobre el libro concentradas  
sus ideas, van a ti,  
que generosa les citas,  
a que le digan sus cuitas  
al venerado Martí.

La Iglesia con su costado  
te da sombra y protección,  
y en tu jardín perfumado  
hallan los enamorados  
un refugio a su pasión.

Plazoleta caraqueña,  
No porque seas pequeña  
Dejas de tener encanto.

¡Yo quisiera, diariamente,  
contemplarte largo  
y contarte mis quebrantos!

## **MAÑANA**

Mañana cuando yo falte,  
mañana cuando ya no haya  
regadas sobre mi mesa  
cuartillas emborronadas,  
mañana, quizá, ya digan  
esas bocas que ahora callan,  
que son famosos mis versos  
y tienen ternura y gracia...

Yo entonces..., muda, invisible  
y un poquito despechada,  
escucharé esos halagos  
con una sonrisa amarga.  
Y a mi lado otra alma amiga  
me dirá, medio asombrada:  
–¡Hablan bien de tus poemas  
y tú te muestras impávida!  
Años y años enlazando  
palabras y más palabras,  
mirando al cielo y soñando  
con regiones ignoradas  
y alturas inasequibles  
donde no llegan las águilas,  
y ahora ¿qué? ¿Ni una sonrisa?  
¿Ni un suspiro? ¿Ni una lágrima?

Mas yo seguiré mi ruta  
sin escuchar las palabras  
dichas, ¡ay!, por esos labios  
que, despectivos, hoy callan.  
Se adueñará de mi espíritu  
una laxitud extraña  
que hará olvidarme de todo  
lo que en la tierra ansiara.

Olvidaré aquel pueblito.  
Al hogar de mis hermanas.  
¡Olvidaré hasta mis versos!

Y a esta mesita cuadrada  
donde yo les doy soplo  
de vida, dirán angustiadas  
quejas los versos que ya nadie escucha,  
al sentirse abandonada

en un desván polvoriento  
donde duerme la esperanza  
de una pobre poetisa  
que soñó con un mañana...

¡Qué importa lo que murmuren  
mañana cuando me vaya!  
Yo iré por el mundo fuerte  
donde no se ansía nada,  
porque allí se encuentra todo  
condensado en dos palabras:  
¡Amor...! ¡Amor infinito...!  
¡Y armonía inigualada...!

## ANTONIO CASTRO AVELLANEDA

Nació en Barrancabermeja (Colombia, 1940). Poeta, cantautor, escritor y narrador oral de cuentos para la infancia y la juventud. A los diez años vino a Venezuela, en Mérida se inició como titiritero de la mano de Javier Villafañe. En 1970 estuvo encargado del taller de títeres de la Dirección de Cultura de la ULA. Venía de trabajar en 1969 en la Dirección de Cultura de la Universidad del Zulia. En La Habana entre 1971 y 1982 se licenció de periodista. El año 82 regresó a Colombia, trabajó como maestro suplente, dictó talleres de creatividad y formó parte del grupo Contracartel y de la unión de escritores de Colombia. Desde 1983 reside en Venezuela, entre Mérida y Caracas; o de trotamundos por toda Venezuela con su guitarra y sus poemas hechos canciones para niños y jóvenes. Imparte talleres de creatividad en las escuelas. Fue corresponsable de las revistas *aula abierta* (85-87) y *saber al día* (1992). Se hizo acreedor del Primer Premio de Poesía en Sincelejo (1983), Colombia, con *De adentro de la voz*. Primer Premio del Concurso Internacional de Cuentos para niños (Medellín, Colombia, Editorial Susaeta, 1993), con *El arco iris de plumas*. Primer Premio de Cuentos (Editorial Susaeta, 1996), con *El hombre de las almohadas*. Primer Premio del Concurso de Cuentos “Rafael Rivero Oramas” (Caracas, Ministerio de Educación, 1998), con *El hombre azul*. En 1998 recibió la mención en la Bial de Literatura para niños “Canta Pirulero” (Valencia, Venezuela, Ateneo), con el cuento *La jirafa de colores*.

**OBRA LITERARIA:** *De adentro de la voz* (La Habana, Cuba, 1975; Colombia, 1983). *El hombre de las almohadas* (Medellín, Colombia, Ediluz, 1996). *El Diario de Andreína* (Mérida, Venezuela, Solar, 1997; 2da Ed. 1998). *Pájaro del corazón* (Mérida, La Escarcha Azul, 1998). *La puerta del aire* (Mérida, La Escarcha Azul, 2001), *El hombre azul y otros cuentos* (Mérida, La Escarcha Azul, 2001). *El hombre de las almohadas* (2da Ed. Caracas, Vicepresidencia de la República, 2001). *Cuentos de Arcoiris y otras claridades* (Caracas, Viceministerio de la Cultura/ Dirección de Literatura del Conac, 2001). *Lecturas del amor* (Caracas, Ediciones del autor Colección Hojas de sueño, Ministerio de Educación / Viceministerio de Cultura / Dirección de Literatura del Conac, 2002). *Los cuentos de Victorino* (Caracas, Editora Isabel de Los Ríos, 2006).

(Fragmento de *Los cuentos de Victorino*)

2

## VICTORINO ENSEÑA A TOÑO A AMAR LOS COLORES

Una noche muy oscura, la de novilunio, en la fase de luna nueva, Victorino acababa de terminar una de sus historias cuando Toño soltó, como una flecha, una de sus preguntas la cual motivó un diálogo entre ambos y la sonrisa complaciente de los demás:

–Abuelo, ¿a dónde van los colores por la noche?

–A dormir –fue la respuesta rápida que le sirvió al abuelo para defenderse. Pero Toño no quedó conforme y soltó otra flecha:

–¿Entonces el sol los despierta?

Esta vez el abuelo se quedó pensando, buscando la mejor respuesta posible, al encontrarla dijo:

–Bueno, no precisamente los despierta, yo diría que más bien los reencuentra, pues los colores, en realidad, no duermen, así que corrijo lo que apurado respondí hace unos segundos.

–¿Y el sol tampoco duerme? –volvió a atacar el nieto. El abuelo devolvió la flecha:

–No, no duerme. Sucede que la tierra es redonda y muy grande y el sol no alcanza a iluminarla toda de una sola mirada. Cuando aquí es de noche, como ahora, él alumbra el otro lado del mundo, allá es de día, como ahora. En realidad el sol trabaja todo el tiempo, no descansa, y si despierta a algo es a las personas y a los animales.

El abuelo creyó que su respuesta sería suficiente para calmar la curiosidad de su nieto, pero no lo fue, este prosiguió el duelo con otra pregunta más difícil que las anteriores:

–Abuelo, ¿existe algo sin color?

–Si, –aseguró Victorino mientras imaginaba y le parecía ver en la oscuridad reinante la cara de asombro de su nieto y la de los demás; también la sonrisa y la mirada cómplices de Balbina que había oído muchas veces la historia que su esposo estaba a punto de empezar a contar:

—Aunque parezca mentira o por lo menos raro, si hay algo sin color pero para poderlo ver tienen que escuchar con mucha atención lo que voy a contar. Es un poco largo así que acomódense bien y no se vayan a dormir pues no quiero quedarme solo hablando para la oscuridad que por cierto esta noche es muy densa, justo cuando se nos acabaron las velas y el petróleo para la lámpara. Además el que se duerma no podrá ver lo que no tiene color, y otra cosa: que Toño no me interrumpa con sus preguntas raras pues si lo hace estaré siete noches contando el cuento.

Victorino tosió, escupió hacia un lado, se limpió los labios, dio una chupada al tabaco que estaba fumando cuya punta avivada le alumbró por segundos parte de la cara, como una luciérnaga de humo, y comenzó:

“Esto que voy a contar me lo contó el tiempo hace mucho tiempo y yo se lo cuento a ustedes ahora que tengo tiempo. Cuando el sol llegó por primera vez adonde vivía la tierra, la encontró envuelta en sombras. La tierra caminaba por el espacio como un ciego por la vereda más oscura de la noche. Caminaba a tientas. El sol venía de muy lejos, de más allá de todo. Al llegar y ver tanta oscuridad sintió un gran frío en la cara, sobre todo en los ojos. Dijo entonces el sol con su brillante voz:

—En este planeta nuevo parece que me necesitan mucho. Nada tiene calor ni color y eso es muy difícil de hacer, incluso para mí. Tendré que estar un tiempito por aquí y trabajar fuerte. Dicho eso puso manos o rayos a la obra. Comenzó por darle color al cielo. Escogió el azul que es un color de paz. El cielo se puso muy contento y bonito con el color escogido por el sol. Luego coloreó a las nubes: unas blancas, otras grises, algunas negras, donde se esconden la lluvia, los truenos, la fuerza de las tormentas. Cuando terminó pasó una mirada sobre lo que había pintado y sintió que estaba bien. Desde entonces el cielo y las nubes viven juntos, sin poder separarse, y no han dejado de pasar y de pasear delante de los ojos... Así gastó el primer día.

El segundo día, muy temprano, decidió pintar todas las corrientes de agua dulce. Pintó los grandes ríos y los pequeños, los



grandes lagos y las lagunas, las quebradas y los pozos oscuros donde viven los sapos, las ranas y los zancudos. De paso aprovechó para pintar todas las especies de animales que viven en esas cantidades de agua que circulan por el cuerpo del mundo. Les dio los colores que le pidieron y que él pudo combinar. Como le sobraba día comenzó a pintar el mar, el cual se despertó de su largo sueño de oscuridad. Le dio un color muy parecido al del cielo porque, según me contó el tiempo lo que yo ahora cuento, el azul es el color preferido del sol.

También pintó todas las especies de animales que viven en el mar. En algunos derrochó pinceladas de colores, a otros apenas pudo encontrarlos en las profundidades donde viven, por eso apenas pudo darles colores suaves, pálidos. Los pintó según el tamaño, la agilidad y la profundidad donde viven. Se divirtió mucho pintando a los peces voladores, pero le dio sueño pintando las ballenas. Lo más difícil para el sol ese día fue pintar el fondo del mar. Estuvo a punto de ahogarse pero finalmente en la tardecita, cuando la noche comenzaba a asomarse por el oriente, logró hundirse por el poniente y pintarlo con esos colores tan hermosos y raros que luce y que muy pocas personas han visto...Así gastó el segundo día.

El tercer día lo dedicó a pintar la gran variedad de plantas que habitan y adornan la tierra. Tanto se esmeró que no se le quedó ni una sola hoja sin pintar. Cuando terminó echó una hojeada y advirtió que la mayoría de los vegetales tenían color verde, incluida la hierba. Dijo entonces el sol:

–El cielo y el mar azules y las plantas verdes, ¡caramba! ¿no habré exagerado un poco? Aunque parecen no estar mal pintados, pero podrían estar mejor.

–Mientras pasaba una mirada luminosa sobre lo que ya había pintado agregó:

–Falta algo para que el planeta no luzca sólo dos colores. En el caso del cielo y del mar no puedo hacer nada pues ellos están contentos con su color. En cuanto a las plantas creo que todavía puedo hacer algo.

–Dicho eso guardó silencio mientras parecía pintar lo que pensaba. De pronto se le iluminó la cara más de lo normal y dijo en una llamarada de voz:

–Ya la tengo. Tengo la solución. Pintaré las flores, los frutos, las semillas y algunas plantas de muchos colores. Así impediré el dominio del azul y del verde.

–Y así lo hizo. Todo el resto de ese día estuvo combinando las más diversas mezclas de colores, los cuales regaló a las flores y a los frutos, a las plantas pequeñas y a las semillas. Terminó cansado pero contento de su obra maestra. Esa noche, en la casa donde duerme, tuvo sueños de muchos colores. Soñó que el mundo era un jardín... Así gastó el tercer día.

Al cuarto se puso a pintar la arena, la arcilla, los volcanes y el fuego. Derrochó a rayos llenos el rojo, el amarillo y el naranja. Como le sobró tiempo empezó a pintar los insectos. Algunos se quedaron escondidos debajo de las piedras, en las cuevas, en los huecos de los árboles y en otros lugares oscuros y húmedos a donde apenas pudo llegar y darles un poquito de color.

Pero muchos insectos aprovecharon la emoción del sol cuando terminó de pintar el fuego, para llenarse de colores radiantes. Algunos, todavía hoy, parecen recién pintados. Así sucedió con las mariposas diurnas. ¡Que combinaciones de colores! Que derroches de ingenio y maestría. Y que espectáculo la cara del sol mientras estaba concentrado, atento y tenso pintando las delicadas alas. En las mariposas gastó gran parte de ese día...el cuarto día.

En esta parte del cuento Victorino guardó silencio mientras aspiró con fuerza su tabaco que amenazaba con apagarse, pero en realidad quiso oír el testimonio de las sombras, si le revelaban que alguno de los oyentes se había dormido: la respiración normal de todos le reveló que estaban despiertos y atentos. La voz queda de Toño lo confirmó:

–Estoy despierto, abuelo, siga. –el anciano continuó:

–El quinto día pintó todas las especies de aves que adornan el mundo y los ojos. Se esmeró mucho en su labor. Le fue bastante difícil lograr que los picaflor se quedaran quietos por algunos se-

gundos: por eso los hay de diferentes colores nerviosos. Lo mismo le ocurrió con los azulejos, las reinitas, las golondrinas y otras especies de pájaros que desde el alba hasta el atardecer se la pasan midiendo y tejiendo el cielo, haciéndole caminos que sólo ellos ven y conocen.

A las aves de rapiña las pintó de negro o con colores grises, pardos, derramados, como señal de peligro para las demás especies. Los pericos y algunos loros le dijeron que los pintara de verde escandaloso. Pero los guacamayos le pidieron que se esmerara mucho en su plumaje pues querían lucir muy bonitos y llamar la atención. El Tucán fue muy exigente, igual el faisán, el ave del paraíso, el quetzal y otros.

Pero quien más tiempo le consumió fue el pavo real. Se entretuvo tanto en la enorme cola que cuando terminó de pintarlo ya venía la noche acercándose por el oriente, por lo cual apenas pudo darle un poco de color, más bien tonos grises, a la pava real, la esposa silenciosa y humilde del señor pavo real como si hubiese limpiado los pinceles en ella...Así gastó el quinto día.

El sexto día pintó los reptiles, los roedores, los mamíferos y los habitantes de la noche. Según el lugar donde vivían y los gustos personales así fueron los colores que les dio. Algunas serpientes pidieron colores vivos. Otras no, pues le dijeron que para su comodidad, manera de ser e intenciones preferían colores tenues, oscuros, graves. Lo mismo sucedió con los roedores: por eso los hay de tan variada coloración.

El sol se asombró mucho cuando algunos de los mamíferos más grandes: el elefante, la jirafa, el hipopótamo, el rinoceronte, el caballo y el buey no quisieron colores fuertes. A él le hubiese gustado pintarlos así: elefantes rojos, jirafas negras, rinocerontes verdes, caballos morados, bueyes azules. Pero prefirió complacerlos para que no fueran a ponerse bravos o a quedarse sin color.

Algo parecido le sucedió con los seres de la noche. No pudo convencerlos para que se dejasen pintar como a él le hubiese gustado. Por eso no hay lechuzas violeta, búhos escarlata, ni murciélagos amarillos. A todos los escondió entre los colores que le pidie-

ron y que los ayudan a estar en el mundo sin ser fácilmente vistos o perseguidos, amparados en la doble oscuridad donde viven...Así gastó el sexto día.

Finalmente el séptimo día lo dedicó a pintar la tierra y los seres humanos. Donde había mucha vegetación pintó la tierra de color negro o marrón oscuro. En las grandes llanuras y praderas derramó matices que van del negro al amarillo. Donde había minerales se dedicó a realizar verdaderas maravillas: algunos los convirtió en joyas preciosas. Trabajó hasta que las manos se le calentaron tanto que comenzaron a dolerle. Pensó entonces que se estaba poniendo viejo y dijo:

–Como no puedo penetrar en las entrañas de la tierra le daré poder al fuego para que la pinte por dentro y, además, le dé el calor. Pero antes de irme pintaré la última especie que me falta.

–Éramos nosotros, los seres humanos. Le fue un poco incómodo encontrarlos pues estaban dispersos por todo el planeta. ¡Hasta en los polos encontró gente tratando de vivir! Al sol lo sorprendió ver que esa especie habitaba en todas las latitudes, en todos los climas y paisajes con gran facilidad de adaptación. Eso le hizo pensar que era la más importante o la menos exigente. Estuvo largo rato pensando qué colores darle a las personas. Decidió visitarlas por regiones y preguntarles qué colores les gustaría lucir. A medida que fue pasando sobre las gentes fue preguntando y dándole a cada una el color que le pidió. Por eso hay personas morenas, blancas, negras, amarillas, rosadas. Algunas tienen el pelo rojo, otras los ojos azules o verdes.

–Y lo más curioso es que viven juntas a pesar de sus diferencias -dijo el sol.

A todas les pintó los dientes blancos para que la sonrisa fuera una señal común y pudiera verse desde lejos, significando que están contentas, que pueden acercarse unas a otras sin temor. Al terminar de pintar a las personas el sol comprobó que estas son los animales más raros y caprichosos del planeta, al descubrir que algunas comenzaron a pintarse la piel, sobre todo el rostro, con otros colores recogidos de plantas o de minerales, como si no hu-

biesen quedado conformes con el color que pidieron y que él les regaló. Antes de irse a descansar el sol pensó que algo le faltaba y dijo:

–Si las personas y los animales viven tan dispersos nunca van a conocerse ni a conocer el enorme y hermoso planeta donde viven. ¿Qué hacer para que todos se reconozcan en algo igual para todos?

–Estuvo largo rato pensando, buscando la respuesta. Finalmente se le iluminó la cara más de lo normal y exclamó en una llamarada de voz:

–¡Pintaré algo que todos puedan ver no importa el lugar donde se encuentren y que reúna los principales colores!

–Durante un buen rato estuvo mezclando colores, haciendo pruebas en la paleta del aire: quitaba, ponía, arrugaba la cara sino le gustaba algo. De pronto pareció estallar de alegría y dijo:

–Creo que lo he logrado. Probemos la mezcla en el lienzo del cielo y ojalá que todos los ojos se abran bien para mirarlo.

–Enseguida comenzó a pintar un enorme arco de siete colores, como esos que salen por aquí después de una tormenta. Le ordenó dejarse ver y le dio poder para salir durante el día, sobre todo en aquellos lugares donde esté lloviendo o haya humedad en el aire. Finalmente, y para que las noches no fueran negras y las personas y los animales pudieran ver en la oscuridad y orientarse, pintó la luna y las estrellas de amarillo. Luego que terminó de poner color a los seres y a las cosas el sol dijo:

–He terminado mi trabajo en este planeta. Ya todo tiene color y calor. Mañana continuaré mi viaje, a lo mejor encuentro por ahí a otro planeta nuevo y en sombras.

–Y se fue a descansar... Así gastó el séptimo día.

Pero esa noche tuvo un sueño que lo puso muy nervioso. Soñó que algo se le había quedado sin color. Casi fue una pesadilla. Cuando despertó al día siguiente trató de recordar el sueño pero a pesar de su buena memoria no pudo. Todo el día estuvo buscando en la tierra, en las aguas, en el viento, en los polos: pero todo tenía color. Cuando llegó la hora de irse a descansar o de continuar su

viaje, decidió demorarse un poquito más en la línea del horizonte: así pintó el crepúsculo. Pero no quedó conforme y dijo:

–No me iré de este planeta sin recordar y darle color a lo que soñé anoche.

–Por eso desde entonces el sol pasa todos los días sobre la tierra buscando, esperando encontrar lo que en aquella lejana noche soñó que se le había quedado sin color. Si alguno de ustedes lo encuentra, por favor, muéstrselo al sol.

Terminado el relato sin contratiempos, Hipólito fue hacia la cocina, removió las brazas del fogón, agregó leña y puso a calentar el café de los “tres sorbos”, sin los cuales era muy raro conciliar el sueño. Entre tanto Carmen y Balbina hacían los preparativos para ir a dormir, alumbradas con la única vela que quedaba como un tesoro para vencer la oscuridad. Toño, que no aguantaba más una pregunta que tenía atravesada en su garganta, la soltó:

–Abuelo, pero no dijiste lo que no tiene color, lo que se le olvidó pintar al sol, ¿qué es?

–Mijito, eso no lo sabe nadie, ni el mismo sol, por eso regresa todas las mañanas a buscarlo. Mejor es que te lo imagines. Y ahora vete a dormir y mañana les cuento algo mejor.

Esa noche al niño le costó mucho conciliar el sueño: pensaba y pensaba qué y cómo sería aquello que al sol se le olvidó darle color. Cincuenta años después aún lo buscaba.

# CATI COBAS

cati\_cobas@yahoo.com.ar

Catalina Isabel Cobas, escritora y arquitecta, nació en Buenos Aires (Argentina, 1949), de una familia mallorquina (abuelos inmigrantes de la Isla de Mallorca, Baleares, España). Graduada en la UNBA. Las artes plásticas, la artesanía y la escritura, han sido sus formas de crear más allá de la arquitectura. Ha realizado diversos seminarios y cursos: repujado en estaño, historia del arte español, sobre dietética y resiliencia. Se desempeña como arquitecta y en la Dirección del Centro Cultural de su barrio: “Una puerta al sol” para adultos y niños que se interesen en actividades artísticas de todo tipo; particularmente, plásticas y literarias. Comenzó a escribir sistemáticamente en el año 2002. Obtuvo dos premios del Instituto Nacional Sanmartiniano por trabajos relativos al Libertador. Eligió Internet como medio expresivo, especialmente la página [www. Ficticia.com](http://www.Ficticia.com), allí, en su Puerto Libre, comenzó sus crónicas, bautizadas como Caticrónicas. Textos de la realidad, desarrollados en claves de humor, a veces de nostalgia: la crisis y sus efectos en nuestra sociedad, conflictos y alegrías femeninos, paseos por los barrios de Buenos Aires, relatos de vacaciones, evocaciones históricas. Asimismo escribe cuentos en los que el lunfardo (argot característico del tango) está presente en forma inequívoca. Uno de sus cuentos, “El vuelabajo” obtuvo mención en un concurso realizado en 2004 por la Junta de Estudios Históricos de Boedo. En 2004, ingresó a los Foros –desaparecidos- *Sensibilidades* y, a mediados de 2005 en el Foro *Archipiélago*. Actualmente está entre los miembros fundadores del Foro *Iceberg-Nocturno*.

<http://www.iceberg-nocturno.org/2.1.1.%20cati-cobas.htm>

<http://caticobas.blogspot.com/> “Las Caticrónicas”.

**OBRA LITERARIA:** Tiene inéditas sus Caticrónicas. Ha sido editada parcialmente en algunas antologías, como en la Sexta Antología Internacional de Sensibilidades presentada en 2005 en Madrid. Sus crónicas son leídas en el Programa “Desayuno Continental”, por AM 590 Radio Continental de Buenos Aires, y publicadas en los periódicos “Desde Boedo”, y “La Cita”.

## VENÍ CONMIGO (Caticrónica)

Vení conmigo. Te invito este domingo a Buenos Aires.

Nos bajamos del *bondi* en Parque Lezama, y caminamos despacito mirando las paredes color rosa del Museo Histórico Nacional que tiene todas las imágenes del Billiken y el Antejito juntos, pero

grandes y al óleo. La primera vez que entré no podía creerlo; era como si mis revistas infantiles, mezcla ingenua de historia básica y chistes de Pelopincho y Cachirula se agigantara ante mis ojos.

Después de la estatua de Garay, tomamos por Defensa pisando el adoquinado. Esa calle, sin ingleses ni aceite hirviente, igual está ardiendo de turistas. ¿Sabés que ella contempló la lucha desigual con los albiones que querían quedarse con la pampa? ¡Como cambiaron los tiempos! La conquista no es como en el Virreinato, a puro soldado y bayoneta. Los rubios lucen hoy sus lindos dientes blancos parejitos, y en la mano se adivina el empuñar el maletín ejecutivo de lunes a viernes en la City.

También hay alemanes, españoles y hasta algún trasnochado japonés al que me dan ganas de contarle que, de chica, lo soñaba cuando aprendí el significado de la palabra antípoda. Alguien nos cuenta que son cada vez más los que llegan para aprender a bailar tango de verdad, tango en su cuna.

Más allá, varios chiquilines que en todo se parecen al de Ferrer y Piazzolla se ocupan de abrir y cerrar las puertas de los autos. Se ven demasiadas “caras sucias de angelito con bluyín...” en este Buenos Aires dos mil tres. Gorriones solitarios que buscan cobijarse en las bandadas urbanas de niños sin infancia.

Pero mejor miremos esas casas, son muchas las antiguas, con zaguanes de pisos en damero y rejas voladas sobre las veredas. Faltan el quincallero y la mazamorrera. Casi, casi, se escuchan sus pregones.

El barrio de San Telmo era asiento de la flor y nata de la sociedad porteña –algo de flor y mucha nata, porque la mayoría explotaba los campos ganados al indígena donde las vacas eran el máximo tesoro– allá por el mil ochocientos. Entonces, muchas familias levantaron aquí sus espléndidas mansiones, y estas casas son los vestigios de las mismas.

La fiebre amarilla diezmó San Telmo y los ilustres huyeron hacia el norte. Los deslustrados, que no pudieron escapar a la peste, familias de obreros italianos y españoles que trabajaban en el puerto, ocuparon los palacetes abandonados. Aquellas enormes



casas fueron llenándose de inmigrantes que alquilaban una habitación con baño y cocina compartidos. Algunos perduran, se llaman ahora “hoteles de renta”, pero la mayoría, por obra y gracia del progreso, se convirtieron en comercios que muestran antigüedades de todo color y forma y muchos, pero muchos, cambalaches con estilo. Mirá ese cielo azul y transparente... ¿Escuchás el canto de los pájaros? ¿Te imaginabas que a pocas cuadras de “la Rosada” ibas a encontrar este patio con aljibes y jazmines?

Decime la verdad: ni en tus mejores sueños. Esto también es Buenos Aires.

...Tenés razón: la Plaza Dorrego debe estar en su apogeo, son apenas las tres de la tarde.

¿Tomamos el café en las mesitas de hierro fundido color verde oxidado, mirando a los bailarines de tango que hacen firuletes en la esquina? Quejas de bandoneón suena mejor un domingo por aquí, “en vivo y en directo”. Si, ya sé que el Rastro es increíble y que el Mercado de Pulgas de París, inolvidable, pero mirá, fijate bien, esos frascos de perfume. ¿No son como los de tu abuela Dominga? ...¿Y aquellas tarjetas con rosas victorianas de principios de siglo? Me pareció ver unas parecidas en un cajón de casa. ¡Hasta *pelelas* de porcelana con la tapa tienen! ¡Y aquellas cortinas de macramé tan especiales!

Bueno, la campana de la iglesia repica las cinco de la tarde, y hace frío. Volvamos, si querés, a nuestro sitio. Yo a Parque Chacabuco, no muy lejos, y vos, vos a Madrid, Milán, Barcelona o donde cuadre.

Decíle a tus papás que San Telmo y Buenos Aires los van a seguir esperando, porque ustedes son para siempre parte nuestra, aunque el viento globalizado los haya arrancado de esta tierra de jacarandaes y malvones, de paraísos, tipas y perfumadas madre-selvas.

Glosario:

bondi: ómnibus en lunfardo

pelela: bacinilla

# HUGO COLMENARES

hugocol@cantv.net

Nació en La Grita, Táchira, región andina de (Venezuela, 1952). Periodista egresado de la Universidad Central de Venezuela, UCV. Dedicado de forma exclusiva a la literatura infantil y al periodismo. Cofundador del Semanario Revolucionario Impacto, La Grita, 1971. Premio Henrique Otero Vizcarrondo, Periodista más destacado, *El Nacional*, 1994. Mención de Honor en el Premio de Narrativa Infantil y Juvenil Enka de Colombia, 1998, con la novela *Cayena, la vaca que estornudaba*. Premio Municipal de Literatura Emilio Constantino Guerrero, por la novela inédita *Salomé*, concedido por la Alcaldía del Municipio Jáuregui (La Grita, 2001). Mención en la Primera Bienal de Literatura Infantil y Juvenil, Fundación Gumersindo Torres, Contraloría General de la República, con el libro de cuentos *El burro Tandurk viaja a Marte en bicicleta*, 2001. Premio Internacional Narrativa Breve Librería Mediática, Radio Nacional de Venezuela, RNV, Caracas, 2005, con el cuento *El editor maravillado*. Escritor invitado de la revista La Cadena Tricolor, donde ha publicado unos 50 cuentos.

**OBRA LITERARIA:** *Arcoiris de cuentos*, coautor (Colección Grano de Maíz, I Bienal de Literatura Infantil, Instituto de Altos Estudios de Control Fiscal y Auditoría del Estado, Fundación Gumersindo Torre, COFAE, de la Contraloría General de la República, Caracas, Venezuela, 2003). *El tigre Zafiro Andaluz*, ilustrado por Ricardo Sanabria (Publicaciones de La Cadena Tricolor, Caracas, Venezuela, 2003); contiene guía para la estimulación de la imaginación. *La gata Goda*, ilustrado por Ray Torres (Cadena Tricolor, Caracas, Venezuela, 2005); contiene guía para la comprensión lectora. Tiene inéditos: *El viejo acordeón*, *El arte de encantar animales fabulosos*, *El cajón mágico*, *Abuelo Nicanor*, *La casa sin libros*, *Hada de los dientes*.

## EL OFICIO DE LA MAGIA

(De *El viejo del acordeón*)

Aprendí el oficio de la magia cuando dibujé mi casa, mis padres, mis amigos y me vine en tren a buscar un puerto de aguas profundas, para meter la mano en el oleaje y sacar la estrella de la fortuna con mis labios.

Al primer intentó logré sacar estrellas, caballitos de mar, un barco y dos candelabros.

Aprendí actos de magia que están reseñados en libros de los grandes maestros de la fantasía.

Aprendí a danzar con los árboles, cuando aprovechan que los mortales se entregan al sueño.

Aprendí a convertir las espadas untadas en sangre, en frondosas gavillas de trigo verde.

El mayor conocimiento como mago lo obtuve un atardecer, cuando me despedí del amor.

Pude transformar las huellas del amor en pájaros y cometas.

## **EL ARTE DE HECHIZAR DRAGONES INVISIBLES**

*(De El arte de encantar animales fabulosos)*

Una de las tareas más difíciles de un hechizador de dragones, es imponer cualidades mágicas a los seres que pertenecen al linaje de los seres invisibles.

Se cuenta de dos mujeres que estaban al pie de un árbol milenario, a quienes se les aparecieron dos unicornios.

Ciertamente, no eran unicornios pese a tener esa figura. Eran dinosaurios invisibles, que en ese momento asumieron la figura de caballos encantados de la selva, a orilla del río, bajo la protección de un árbol.

Si uno se queda viendo las sombras, los objetos y los seres que se pasean en un espejo, podemos tener la seguridad, que detrás de algún destello o chispazo impresionante, viene un dragón con forma de nube, de pájaro, de papel que baila y no termina de caer al suelo.

Permanecemos atentos, sin respirar. Nos movemos un poquito hacia atrás, para darle espacio al dinosaurio invisible, para que se acerque. Y cuando sentimos que un calor sofocante invade a todos los elementos, y los mismos, comienzan a moverse como aves, es porque el lagarto prehistórico se deja ver sólo por unos días en un vuelo espectacular e inolvidable.

Extenderemos las manos, protegidas por un pañuelo blanco.

El dinosaurio pondrá sus patas sobre el pañuelo y luego se irá, a buscar agua para beber y bañarse.

Impondremos, ciertas conductas al dragón invisible. Ante la aparición de una varita mágica, el dragón convertirá el trigo en oro.

Ante el canto de una niña que repite canciones de cuna, el dragón convertirá el sol en una taza llena de miel.

Y así sucesivamente, él hará cuanto estemos escribiendo imaginariamente, con las palabras elegidas por el deseo.

Todas las mañanas, mientras el dragón permita que lo veamos, debemos levantarnos muy temprano. Mucho antes de que suene el reloj, para ir a la escuela. Y el dragón escribirá secretos de magia, para cuando regresemos. Son secretos, no lo cuentes a nadie.

Doblamos el pijama, saldremos al camino, donde nos esperan los caballos e iremos a pasear por el bosque.

Si nos encontramos con una viejita de oficio costurera, amargada porque los zapatos le aprietan, y ella comienza a decir palabras horribles contra la vida, debemos dejar en manos de ella unas tres monedas de oro. Seguir adelante, sin escuchar más nunca su voz y sus lamentaciones negativas.

No olvidemos nunca, que una caja llena con lápices de colores y cuadernos para dibujar y escribir el diario de la fantasía, son los mejores objetos para atrapar un dragón invisible.

Si junto a nosotros los mayorcitos, conviven niños o niñas, y a ellos se les antoja, que el dragón invisible los lleve a pasear. entonces, todos se deben ir a acostarse temprano, no fastidiarle la paciencia a los ogros y a otros amargados.

Esos niños y niñas deben levantarse antes de la salida del sol. Y como los domadores de fantasías, estar listos para un nuevo viaje.

Finalmente, debemos apuntar en algún secreto, la siguiente y única recomendación: “Los dragones invisibles sólo existen, en los territorios maravillosos del amor...”

Así que limpia tu corazón de basuras y construye un palacio allí mismo, para los encantos. No se olvide. El entrenador siempre debe guardar los secretos. Cada quien desarrolla, sus propias técnicas.

No esperes que te den las claves. Debes descubrirlas. Están escritas dentro de ti. Se pueden leer fácilmente. Si sabes mover tus manos como palomas que van al encuentro de la armonía de los jardines, entonces ya eres un mago que sabe descubrir dinosaurios y otros animales fabulosos.

## **EL CAJÓN DE MADERA**

(De *El cajón mágico*)

Ya no recuerdo en qué año, o cuál día, me llevé a escondidas ese viejo cajón de madera, donde descubrí muchas historias fantásticas de la vida.

El cajón armado con tablas lo podía trasladar de un lugar a otro sin esfuerzo. Era de largo y ancho, lo suficiente al estirar mis brazos. Un día lo colocaba sobre el camastro, detrás del sillón donde duerme la tía Lola, encima de un trono. Pocas veces lo llevé a la escuela, para evitar envidias o que me lo pillaran.

—¿Qué había en el cajón de madera? —me preguntaban amigos de la vecindad.

—Pues nada importante. Respondía con indiferencia y me iba a ocultar la caja.

Dentro del compartimiento, había libros anticuados que mis padres leyeron y dejaron al olvido... juguetes rotos, monedas de otros países, fotografías y muñecos de plástico, la mayoría con la figura de gladiadores del circo romano.

Una tarde al regresar de la escuela, necesité hacer el dibujo de un barco. Recordé que allí estaba la maqueta en cartón de una hermosísima nave marina.

Cuál sería mi sorpresa, cuando al abrir el cajón, sentí que todo allí dentro del baúl estaba iluminado. El barco de cartón na-

vegaba. El capitán Benito Relámpago, asombrado con mi presencia, me saludó con una bandera en alto.

Yo no pude decir una palabra. Era algo increíble. Tan estupendo fue ese momento, que ¡nunca! quise contar a nadie esa fantasía.

Y ahora que ya he revelado este secreto, no lo digas a nadie. Hoy debe estar allí, sobre una cesta con margaritas, una sirena que interpreta el arpa y canta al atardecer.

## **LA CASA**

(Del libro inédito *Abuelo Nicanor*)

La antigua casa de mi abuelo Nicanor era un barco resplandeciente, que navegaba en secretas fantasías. Maravillaba esa propiedad patriarcal, con desfile de ratones sobre sombreros y la ternura de abuela Nicolasa.

Todo allí era bullicio. Un juego de sonrisas. Colecciones de libros de aventuras. Tablones para construir castillos. Legumbres aliñadas. Ventanas y telescopios. Noches embrujadas.

Abuelo Nicanor casi nunca se bañaba. Sus zapatos fueron los mismos en cien años. Gatos y perros de la vecindad, eran sus mejores camaradas.

La noche que murió, una araña invisible tejió una larga camisa y un pantalón cenizo, para despedirlo con regalos.

## **NACÍ EN UNA CASA CHIQUITA**

(De *La casa sin libros*)

Nací en una casa chiquita. Tan pequeña y hermosa que cabía en la mano abierta de mi madre.

En mi casa no había libros, ni televisor, ni juguetes comprados en almacenes. Y por esto, creo yo, nunca conocí tristezas, ni envidias.

Todos los objetos estaban encanados. Como botellas, sombreros y piedras.

–Hoy pasará la luna por nuestra casa –me decía Bernardita, mi madre.

–Acuéstate temprano para que tengas lindos sueños –me decía Quintín, mi padre, quien de verdad era un avispado cascarrabias.

Contaba Bernardita que el dinero, por el trabajo de costurera, en esos tiempos de bombillas casi apagadas, sólo alcanzaba para comer, comprar zapatos, y una vez al mes, saborear caramelos adquiridos en algún llamativo bazar en Santa Catalina de los Vientos.

Recuerdo que mi padre iba a la casa de doctores, donde apreciaba colecciones de libros, por lo que él volvía a la casa boquiabierto.

En la única librería en Santa Catalina de los Vientos, sólo vendían libros para aprender a leer y escribir. No fue necesario comprarlos. Mis hermanos y yo, aprendimos las letras sentados en los bancos de las plazas, viendo los avisos de barberías, almacenes, panaderías y otros, como los nombres de las personas que nos llamaban la atención por curiosidad.

En mi casa no había libros... ahora, ya los hay hasta con páginas e ilustraciones a colores, y itan hermosos!, que provoca vivir dentro de ellos y ser uno de esos astronautas, retratados con plumillas y acuarelas.

En ese tiempo de niño, mi madre, Bernardita compró tablas y ella misma hizo un lugar casi sagrado, para cuando tuviéramos libros en la casa... Ese mueble tuvo nombre propio: Arca de Sabiduría... Allí en la pequeña sala, estuvo el arca vacía. Hasta que dioses de las fortunas, trajeron libros para leer, releer, hojear, oler y acariciar, con el mismo entusiasmo que se cuida un balón de fútbol, luego de haber marcado mil goles.

## DEBAJO DE LA ALMOHADA

(Del libro inédito *Hada de los dientes*)

En los espejos de los palacios más lejanos, en el reflejo de los pozos de las montañas y en los cuadernos escolares, viven las hadas de los dientes. Quienes por conservar sus secretos, sus artes y belleza, han preferido ocultar sus verdaderos nombres y no han permitido que les veamos sus rostros.

Ellas prefieren ir en secreto, conversar solamente con niños y niñas que han colocado sus dientes de leche debajo de la almohada y regresar al día siguiente con monedas de oro, chocolates, papel moneda de la más baja denominación, un libro, un juguete de madera, una muñeca de trapo, una simple y luminosa carta de amor de los padres, abuelos y amistades muy cercanas.



# ISABEL DE LOS RÍOS

luizabel@cantv.net

Mar De los Ríos (seudónimo) nació en Caracas (Venezuela, 1943). Abogada, doctorada en Derecho. Docente universitaria, autora de varias obras jurídicas. Miembro del equipo editor y redactor de la revista “Mujer tenía que ser” (Caracas). Como cuentacuentos, además del trabajo escénico destaca como investigadora y docente. Obtuvo el Primer Premio del 11º Concurso Nacional Miguel Vicente Patacaliente, Dirección de Cultura del Estado Barinas, 2001, género poesía, con *El caballo que perdía los estribos*, su primera obra escrita para el público infanto-juvenil. Fundadora e integrante de la Junta Directiva de la Asociación Venezolana de Editoriales Alternativas. Desde hace 8 años publica “Almanaque Infantil”, en el que ha compilado textos de más de treinta autores venezolanos vivos (de 1999-2006). Es editora y diagramadora de libros infantiles. Directora de Editora Isabel De los Ríos desde 1985.

**OBRA LITERARIA:** *Apuntes para un taller de narración oral* (Caracas, Editora Isabel De los Ríos, 1986-1989). *Seis docenas de recetas de cocina para novatos, ocupados o flojos* (Caracas, Editora Isabel De los Ríos, 1987-2003). *Jornadas de discusión sobre el cuento para niños* (Coord. Caracas. Universidad Central de Venezuela, 1988). *El cuento en condominio* en Revista el Animador (Bogotá. Susaeta Ediciones, septiembre 1993). *El caballo que perdía los estribos* (Caracas, Fundación Cultural Barinas/ Editora Isabel De los Ríos, 2004). *Los cuentos orales: luz y alegría en los hospitales*. Revista el Acontista (Bogotá, Susaeta Ediciones, diciembre 1993).

## LIMERICKS\*

(Del libro *El caballo que perdía los estribos*)

## VENDA VALES

A una mujer que se rompió una pierna  
una enfermera le ofreció, muy tierna,  
–Si quiere, se la vendo.  
La mujer dijo: –Entiendo,  
¿y cuánto piensa que me den por ella?

## **DISLATES**

Cuando el perro como loco latía,  
el corazón al dueño le latía.  
¿Y por qué tanto laten?,  
algo pasa, me late,  
–refunfuñaba sin parar la tía.

## **LEGAL**

Cansado ya de trabajar torcido  
hoy me propuse cambiar mi destino.  
Voy a estudiar derecho  
aunque me duela el pecho:  
Desde mañana me sentaré erguido.

## **BUEN LADRÓN**

El perro Severiano era un ladrón.  
Nunca una cosa ajena se cogió,  
pero icómo ladraba!  
A todos asustaba,  
ese tal Severiano tan ladrón.

## **VE TUSTO**

Bernabé detestaba ser anciano.  
En realidad no estaba muy lozano  
y era grande su enojo:  
las niñas de sus ojos  
ya eran señoras con el pelo cano.

## **ESTRIBILLO**

Érase un caballero muy pasivo,  
cabal, inteligente, bien tranquilo.  
En cambio su caballo,  
un animal muy bravo,  
perdía fácilmente los estribos.

## **LLAMARADA**

Conozco una llama, de ojos canela,  
que detesta las llamas de las velas.  
¿Y cómo se llama  
esa peruana llama?  
Pues esa llama se llama Candela.

## **LANZA**

Un atleta jabalí, en una esquina,  
lanzamiento practicaba a escondidas,  
porque su esposa, brava,  
lanzar no lo dejaba,  
porque él quería lanzar la jabalina.

## **RADIOGRAFÍA**

El radio de Guiomar suena muy poco,  
perdió el volumen y se volvió loco.  
No quiere más sonar  
el radio de Giomar.  
Y la verdad, su cúbito tampoco.

## **\*EL LIMERICK (Por si hace falta)**

Este disparatado poema se caracteriza por una estructura muy estricta: la estrofa consta de una combinación métrica de cinco versos, con dos consonancias diferentes; el primero, el segundo y el quinto verso, riman entre sí, y el tercero con el cuarto, siendo los primeros endecasílabo y el segundo grupo heptasílabos. Eso en el aspecto formal, que no es poco para identificarlo, pero posee otro elemento definitorio y es su temática: el limerick juega con el absurdo, el humor, el “nonsense”, el desatino, la incongruencia, y es de señalar que en sus orígenes no era para niños. Aunque no se sabe con certeza cuándo y dónde apareció el limerick, es creencia que surgió en Irlanda en el siglo XVIII, donde existe una ciudad

con ese nombre, Límerick. Son muy famosos los de Edward Lear, al punto de atribuirle a este escritor la popularidad del género, pero destacan entre los autores que lo han cultivado Rossetti, Lord Tennyson, Mark Twain, Lewis Carrol, James Joyce, Bertrand Russell y T.S.Eliot, pero hay ejemplos incluso en “La Tempestad”, de Shakespeare. En nuestro continente conocemos los insensatos versos de la brasilera Tatiana Belinky, las argentinas María Elena Walsh y Liliana Cinetto, y ahora estos venezolanos.

## **PIZZA Y CORRE**

(del *Almanaque Infantil* 2003)

### **Ingredientes:**

4 rebanadas de pan de sanduche  
o una canilla partida en dos a lo largo.  
2 tomates maduros.  
Una cucharada de aceite de oliva.  
Una ñinguita de sal y una cucharadita  
de orégano entero, estrujado.  
Unas cuantas aceitunas cortadas en ruedas.  
Queso parmesano rallado.

### **Preparación:**

En Navidad, con tanta hallaca, tanto pavo y tanto turrón, si quieres comer pizza tienes que arreglártelas tú solo.

Primero que nada, es necesario lavarse las manos y no secárselas en la ropa sino en el pañito de cocina bien limpio. Luego se colocan todos los ingredientes en una mesa; se lavan, se pelan y se machacan los tomates junto con el aceite de oliva. Se agrega la sal y el orégano y se mezcla bien.

Ahora viene el momento de colocar el pan en un plato (si es canilla, las mitades se cortan en dos). Se comparte bien la salsa en cuatro porciones iguales para que a todo el mundo le toque parejo, se untan las rebanadas de pan con la salsa y se adornan con las

aceitunas. Por último se remata con el queso, mirando bien que no queden sitios sin queso y otros con el queso amontonado, sino todo uniforme.

También se puede embellecer con hongos de lata picados en lonjitas o con cualquier otra cosa de las que se ponen sobre las pizzas. Y si te gustan, se puede hacer con anchoas, si la mamá dejó una lata mal puesta por ahí. Entonces es cuando este plato se comienza a llamar pizza y corre, porque si te pillan gastando los hongos o las anchoas con los amiguitos que vienen del béisbol, ¡ayayayay!

## TULIO FEBRES CORDERO

Nació y murió en Mérida (Venezuela, 1860-1938). Fue historiador, cronista, escritor de mitos y tradiciones, ensayista, articulista, cuentista, novelista, relojero, mecánico, catedrático, tipógrafo e impresor. Además, profesor, Decano y Rector Honorario de la Universidad de Los Andes. Desde joven fue tipógrafo, oficio del que destacó por su don creativo al inventar la Imagotipia, técnica de reproducir imágenes por medio de tipos de imprenta. Fue colaborador de la famosa Revista de Caracas El Cojo Ilustrado, durante los años (1877 y 1938).

**OBRA LITERARIA:** *Don Quijote en América o la cuarta salida del ingenioso hidalgo de la Mancha* (Mérida, 1905), reedición actual (Mérida, Vicerrectorado Académico, 2005). *Archivo de historia y variedades* (Caracas, 1917), *En broma y en serio* (Mérida, 1917) *Colección de cuentos* (Mérida, 1902 y 1930), reeditados en la selección: *Cuentos* (Mérida, Ediciones Solar, 1994). *Tradiciones y Leyendas* (1911), *Las nieves de antaño; pequeñas añoranzas* (Mérida, 1958), *Mitos y tradiciones* (Caracas, 1952). Estos últimos han sido reeditados juntos, desde hace varios años, en Caracas por Monte Ávila. *Memorias de un muchacho (Vida provinciana)*. Mérida (1924). Entre muchas otras obras que aún se siguen reproduciendo.

### EL ALMA DE GREGORIO RIVERA\*

¿Leyenda?

(fragmentos de *Mitos y tradiciones*)

(Recuperador de cosas perdidas)\*

DESDE MEDIADOS del siglo XVIII se generalizó la piadosa costumbre de hacer sufragios al alma de Gregorio Rivera en una extensión de centenares de leguas, de la antigua Diócesis de Mérida, Venezuela.

¿Quién era Gregorio Rivera? Esta pregunta se hacía con frecuencia en años pasados, en que estaba más viva y generalizada la creencia en los milagros que obraba la piadosa invocación de esta alma del Purgatorio. Don Gregorio ha continuado siendo un personaje sombrío y misterioso, que la fantasía popular pinta con varios colores, en relación con la muerte trágica de un sacerdote merideño.

En 1869, el papa Pío IX, en audiencia privada concedida al Señor obispo de Mérida, Juan Hilario Bosset, con gran sorpresa de éste, le hizo la misma pregunta: ¿Quién era Gregorio Rivera? Acaso en la Cancillería Romana se habían ya fijado en la antigua y constante aplicación de misas por el alma de Gregorio Rivera, en vista de las listas remitidas de la Arquidiócesis de Bogotá y Obispado de Caracas hasta fines del siglo XVIII y luego del Obispado de Mérida. A nuestro juicio, es la explicación más racional que puede darse a la pregunta del Pontífice.

En años anteriores, como queda dicho, era más invocada y de consiguiente recibía más sufragios esta alma en pena.

(...)

Desde 1885, cuando fundamos El Lápiz, nos propusimos inquirir lo que hubiera de cierto en el particular. Por conducto del mismo Dr. Pérez Limardo, provisor del Sr. obispo Dr. Lovera, obtuvimos de las reverendas monjas clarisas de Mérida, exclaustradas desde 1874, algunos breves apuntes, apoyados en los recuerdos que conservaban las más ancianas.

También oímos entonces los relatos que hacían del hecho conforme a la tradición constante, varias personas fidedignas, entre ellas don Juan Antonio Rodríguez, Dr. José Federico Bazó y don Félix Antonio Pino, como también la venerable anciana doña Agustina Más y Rubí, que murió de ochenta y dos años en 1903, hermana del canónigo doctoral de Mérida Dr. J. Francisco Más y Rubí. Sr. Dr. Antonio Ramón Silva, investigador muy inteligente y acucioso en materias históricas, impuesto del asunto hace ya algunos años, pidió noticias a la Arquidiócesis de Bogotá, contestóle el Sr. arzobispo, manifestándole la dificultad de adquirir estas remotas noticias por las tristes vicisitudes del Convento de Clarisas de aquella metrópoli; pero el mismo señor Silva obtuvo del Pbro. Dr. Manuel Felipe Perera, venezolano, residente en Bogotá desde 1873, muerto en 1919, alguna luz que orientó las pesquisas en punto al tiempo del suceso. Referíase el Padre Perera, de prodigiosa memoria, al relato del deán de Mérida Dr. Ciriaco Piñeiro, y al Dr. Alexandre, seminaristas para la época de la Independencia; y

basado en la Patria Boba, precisaba el año de 1739 como fecha del suceso.

El hecho principal vino a quedar comprobado plenamente con la partida de entierro del Pbro. Dr. Francisco de la Peña, fechada en dicho año, que halló personalmente el Sr. Silva en los libros del Sagrario de la S. Iglesia Catedral, documento que se verá en el lugar correspondiente.

Con estas noticias y otras halladas en los archivos públicos de Mérida, hemos logrado formar una relación del hecho, si no completa, por lo menos la más circunstanciada que hasta ahora se haya escrito.

### III

#### El trágico suceso

Era don Gregorio hombre venático, por extremo celoso, predisposto por lo mismo a resoluciones inesperadas y violentas. Ni la luna de miel modificó su carácter. Por el contrario, inflamado por los celos daba mala vida a la hermosa cuanto infeliz doña Josefa. Es lo cierto que un día, después de injuriarla cruelmente de palabra precipítase sobre ella armado de un puñal.

La pobre señora, que sólo tenía una esclava por compañera logró ganar la calle y huir despavorida. Al pasar por el Convento de las Clarisas, cuya puerta se hallaba abierta, entra de carrera y se asila en la santa casa con gran sorpresa de las religiosas, entre las cuales tenía doña Josefa una tía y una hermana, las madres Ana María de la Concepción y María Manuela como ya se ha dicho.

Por el momento no había otro recurso que ampararla en el peligro inminente que corría su vida; y así lo hicieron las reverendas monjas, mandando cerrar la portería y negándose a entregar la señora al frenético don Gregorio, quien se presentó tras ella y hubo de retirarse contrariado por la negativa, profiriendo palabras muy exaltadas.

La madre abadesa envuelta en aquel conflicto, ocurre naturalmente al señor vicario y capellán del Convento, doctor don



Francisco de la Peña y Bohórquez, quien dispuso que podían dar asilo a la perseguida señora en tanto se tomase otra providencia cuando ya pareciere calmado don Gregorio.

Según lo dice el Sr. obispo Dr. Silva en sus apuntes históricos sobre el Convento de Clarisas, estaba prevenido por los Superiores en las visitas desde 1734, que no se admitiese en el monasterio mujeres casadas en calidad de depósito, salvo el caso de peligro de vida u otro gravísimo daño, y éste era el caso presente.

Por otra parte, tanto la familia de don Gregorio como la de doña Josefa estaban vinculadas con lo más granado y principal de la ciudad. De suerte que todo concurría para que el asunto fuese considerado de grave trascendencia y tratado por lo mismo con la mayor mesura. Iba en ello hasta la tranquilidad pública, porque aún no estaban extinguidos los bandos que de antiguo dividían a las familias en Gavirias y Cerradas, por más que ya no sonasen estos dictados en las divisiones intestinas.

Pero en el ánimo melancólico de don Gregorio no hubo inclinación alguna en sentido conciliatorio. Persistiendo con tenacidad en que debían entregarle su esposa, ármase deliberadamente, y resuelto a todo, encamínase otro día, que fue el 5 de mayo de 1739 al monasterio de Clarisas.

A los recios golpes que daba, contesta la monja portera tras el torno. Don Gregorio le dice de mal talante que deseaba hablar personalmente con la madre abadesa. La portera, con el sobresalto del caso, pasa el recado en momentos en que la superiora se hallaba en la piadosa labor de vestir una imagen del Niño Jesús. Llena de angustia, dirígese a la portería, pero se devuelve del camino, sobrecogida por súbito presentimiento.

En viendo don Gregorio que la abadesa excusaba presentarse, sale de la portería ciego de ira, lanzando terribles amenazas. Las monjas hacen cerrar tras él las puertas, y se entregan a la oración. Eran los primeros días de mayo, días tristes en Mérida, por las continuas lluvias y las espesas nieblas, más tristes aún en aquel tiempo, debido a la mayor proximidad de los bosques vírgenes, que casi besaban las plantas de la ciudad de los caballeros.

Los pasos precipitados de don Gregorio se oyeron resonar por algunos instantes en la solitaria calle, simultáneamente con el crujir de las cerraduras del monasterio. Y sobrevino el silencio, el silencio precursor del desastre.

Óyese de pronto una detonación de arma de fuego no muy lejana seguida a poco de confusos rumores, gritos y carreras de alarma. Terror, pánico, apodérase de las monjas, quienes presienten algo funesto. Los momentos se hacen siglos, el ruido exterior aumenta, y, en definitiva, oyen con indescriptible angustia una voz del pueblo, clara e hiriente, que clama venganza al cielo.

—¡Han matado al Padre Vicario!

Doña Josefa Ramírez da un grito desgarrador y cae sin sentido, a tiempo que las religiosas todas levantan las manos al cielo poseídas de espanto.

Entre las reverendas monjas había dos muy allegadas al infortunado padre Peña: la madre Inés del Espíritu Santo, su tía paterna, y la madre Beatriz del Santísimo Sacramento, su hermana carnal.

¿Qué había sucedido? Don Gregorio convertido, en una furia va a la casa del vicario que no distaba mucho del Monasterio. El sacerdote se hallaba de espaldas para la calle, sentado a la mesa. Don Gregorio le dispara la carabina que llevaba prevenida, dejándole muerto en el acto.

Es de imaginarse la alarma, confusión y espanto que tan horrible atentado causara en una ciudad hondamente cristiana y piadosa como Mérida, asiento para entonces de cuatro Conventos de Religiosos, fuera del monasterio de Clarisas.

Don Gregorio llevaba intenciones de disparar contra la abadesa, si le negaba la esposa. Quiso Dios salvar a la reverenda monja, infundiéndole el repentino temor que la hizo retroceder: lo que determinó a don Gregorio salir en busca del vicario y capellán del Convento, con la siniestra intención de matarlo. Aprovechando los primeros momentos, el matador huye, alejándose del sitio del crimen como una sombra maléfica.

Al punto acuden los alguaciles y alcaldes, el clero y religiosos de todas las Órdenes, gran número de caballeros y damas de lo

más distinguido, y el pueblo todo a la casa del que había sido presbítero Dr. D. Francisco de la Peña y Bohórquez, familiar del Santo Oficio, vicario juez eclesiástico y capellán de las Monjas Clarisas.

Para colmo de infortunio, doña Isabel y doña Cecilia, hermanas carnales del vicario muerto, estaban casadas con don Cristóbal y don Carlos, hermanos del matador, y era el primero nada menos que alcalde de la ciudad, o sea la superior autoridad civil y política.

El duelo comprendía de cerca a las familias Peña, Bohórquez y Gaviria, con las cuales estaba ligada casi toda la sociedad merideña. Un hermano del vicario, don José de la Peña y Bohórquez, casado con doña Josefa Rangel Briceño, y doña Gertrudis de la Peña, también hermana del muerto, lo mismo que el joven don José Benito de Balza, su sobrino y pupilo, todos hallábanse allí transidos de dolor y de pasmo, rodeando el cadáver de la venerable víctima.

Nubes plomizas oscurecieron la tarde, a tiempo que en todos los campanarios se tocaba a muerto. Al fúnebre y general tañido, acudían en tropel multitud de personas de los extremos de la ciudad y campos vecinos.

Pondérese a cuantos comentarios se prestaría tan desgraciado suceso; qué de versiones, qué de conjeturas se harían en la ciudad sobre sus pormenores y circunstancias. La gente no cabía en la casa, vivamente impresionados todos ante el cuadro que ofrecía la caja mortuoria, una vez colocada sobre fúnebre mesón en el centro de la sala, según las costumbres del lugar. Durante toda la noche, la luz de altos blandones alumbraba de lleno el cadáver, vestido con los ornamentos sacerdotales y con el sagrado cáliz entre las rígidas manos.

En la mañana del día siguiente efectuáronse las exequias y enterramiento. Los cantos graves y dolientes del oficio de difuntos, el continuo doblar de las campanas y el aspecto del majestuoso cortejo, en que iban los religiosos de la ciudad, dominicos, agustinos, franciscanos y jesuitas, en filas por uno y otro lado de la calle, lo mismo que los oficiales de la Inquisición, los ministros de la jus-

ticia, los diputados de las Hermandades y Cofradías, los caballeros distinguidos, todos con sus veneras y uniformes; y detrás, la gran muchedumbre conmovida y silenciosa; todo este inusitado y fúnebre aparato, despertaba sentimientos de diversa índole respecto al desventurado autor de tamaño crimen; algunos, cristianamente compasivos, y de absoluta condenación los más, pues el atentado hería profundamente a la sociedad civil y a la Santa Iglesia.

(...)

Faltaba algo sombrío y extraordinario para completar el impresionante cuadro del día. Con la solemnidad del caso, el Dr. D. Manuel de Toro y Uzcátegui, cura de la Matriz, que había asumido el cargo de vicario, declaró entredicha la iglesia merideña por el enorme sacrilegio cometido en la persona de la primera autoridad del partido eclesiástico; y fulminó contra el matador la excomunión mayor en que había incurrido ipso facto, tremenda sanción canónica, por primera vez aplicada en la ciudad, que hizo profunda impresión en el ánimo ya conturbado del pueblo. La llama de una vela encendida fue apagada dentro de la caldereta en el umbral de la puerta mayor del templo, a tiempo que con voz solemne se pronunciaba el nombre de don Gregorio de Rivera. ¡Anathema sit! Luego...las iglesias fueron cerradas, los campanarios quedaron mudos y la ciudad en tribulación.

## **HUIDA DE DON GREGORIO**

La tradición refiere de distintos modos lo acaecido a don Gregorio en su huida de la ciudad, pero pueden hermanarse las dos versiones principales, que por lo fantásticas tendrán para el lector interés especial.

Es el caso que después del trágico suceso, don Gregorio huye a caballo. ¿Por qué vía pensaba escapar? No se sabe, pero es lógico suponer que no sería por los caminos reales que partían de Mérida, para Venezuela por Trujillo, ni para Bogotá, por el Táchira. Tampoco es de creerse que tomase la vía de Gibraltar ni otro punto

del Lago, ni tampoco para Barinas, por ser caminos frecuentados. Lo más verosímil es que pretendiera internarse en los territorios que demoran al sur de Mérida, tomar el camino de las misiones existentes entonces en Aricagua, Mucutuy y Mucuchachí, lugares muy apartados.

Ya avanzada la noche, fatigado y jadeante el caballo, apenas reaccionaba a los repetidos espolazos. La figura de don Gregorio, más que la de un viajero, parecía la de un loco, pues cuanto más impasible quedaba el caballo después de cada golpe de espuela, mayores eran los movimientos de piernas y brazos con que el desesperado jinete pretendía obligarlo a avanzar.

Llega por fin un momento en que el caballo se detiene, rendido de cansancio, a tiempo que el viento dispersaba la niebla, y algo empezaba a distinguirse en medio de las sombras. Don Gregorio, seguro de haber caminado toda la noche, mira en torno para saber dónde se hallaba, si entre bosque o en lugar descubierto. El caballo estaba por caerse muerto de fatiga y debía descansar por fuerza.

No un grito, sino sordo rugido se escapa entonces de su pecho, arrojándose de súbito al suelo poseído de espanto, para lanzarse a todo correr, de manera desahogada. ¿Qué había visto? ¿Era la justicia que ya le daba alcance? ¿Por qué huía aterrorizado de tal suerte? Don Gregorio descubrió perfectamente edificios que le eran harto conocidos: se hallaba frente a la iglesia matriz, en la misma plaza de Mérida, después de haber caminado toda la noche para alejarse de la ciudad.

Excusando lugares poblados, emprende de nuevo la fuga, caminando sin descanso hasta ponerse fuera de los vecindarios que rodeaban la ciudad. Marchaba a pie, entre las sombras, agobiado por el peso enorme de su crimen.

Siniestro resplandor lo hace volver los ojos, y en el mismo instante nuevo terror crispa todo su cuerpo, y un grito de espanto se escapa de su pecho. Lo seguía un bulto negro horripilante, figura de lobo o de pantera, un horrendo dragón infernal cuyos ojos eran ascuas y cuya boca arrojaba ardientes llamaradas.

La desesperación se apodera de su ánimo. Corre desolado a campo traviesa, volviendo siempre el rostro, pero la espantable fiera lo sigue por todas partes. De pronto llega a los escombros de una casa de tapia, y allí se asila, perseguido ya de cerca por la tremenda visión. Era una casa cuyos techos se habían hundido, llenando de tierra, tejas y maderas todo el pavimento. Se hallaba abierta la puerta que daba al camino, pero sus hojas estaban sembradas en los escombros y medio ocultas por la maleza. Era una ruina completamente abandonada y lúgubre, predilecto asilo de aves nocturnas.

Desesperado, casi frenético trata en vano de cerrar la enclavada puerta, aspado en medio de ella, dando frente al temido dragón, con mirada de terrible angustia, desencajado y pálido como un muerto. La negra y espantable figura retrocede entonces, bufando de ira y desgarrando el suelo con las agudas y centelleantes garras. Don Gregorio viéndola de huida, respira con alguna libertad, deja caer los brazos lleno de pensamientos tétricos y sombríos, pero tan luego como baja los brazos, el terrible animal vuelve sobre él con mayor coraje. El desdichado prófugo se aspa de nuevo en la puerta, agarrando a las abiertas hojas, forcejeando para cerrarlas. Obraba por instinto en el acceso de la desesperación. El animal retrocede entonces, como la vez primera, lanzando llamas y rugidos espantosos, que dejan atónito al criminal. Comprende allí mismo que es la figura en cruz, en que mantiene su cuerpo, lo que retrae y encoleriza al dragón infernal. Da un gran grito, invocando a María Santísima, de quién era devoto, y se desploma sin sentido entre la húmeda maleza. ¡Puede huirse de la justicia humana, pero jamás de la justicia de Dios!

Con la claridad del alba y los primeros cantos de las avecillas silvestres, vuelve en sí don Gregorio. Era otro hombre. Aunque taciturno y desencajado, pintábase en su semblante la serenidad de la resignación y el arrepentimiento. Limpia y compone sus vestidos, llenos de barro; rebújase en la capa y emprende el regreso. Hallábase a orillas de una vereda, al parecer transitada, y por ella se aventuraba lentamente hacia la ciudad. Iba a presentarse a la justicia.

A poco andar, encontróse con un sencillo labrador que mañaneaba a coger trabajo, quien le pregunta sorprendido y con amigable solicitud:

–¡Don Gregorio! ¿Tan temprano usted por estos retiros?

–No me hable usted ni se me acerque, porque estoy descomulgado –contéstale con voz solemne, apartándose a la vera del camino.

El labrador, ignorante del atentado, creyó que andaba fugitivo por loco; prudentemente lo dejó seguir, articulando para sí palabras de compasión y asombro.

## **LA CIUDAD EN CONFLICTOS**

(...)

El alcalde ordinario, a quien tocaba por su oficio hacer justicia con toda prontitud y eficacia, era nada menos que hermano del matador. Verdad que también era cuñado del muerto, y aquí su confusión y grave apuro. De hecho se apersonó de la justicia el segundo alcalde, don Antonio Rangel Briceño, quien tenía una hermana, que era cuñada del P. Peña y concuñada del otro alcalde, don Crisóbal de Rivera. Así estaban con mayor o menor proximidad de parentesco, unidos muchos hombres de influjo con los personajes principales del suceso, lo que mantenía en suspenso a unos, apasionados y violentos a otros, y en gran exaltación a todos, autoridades, nobleza, clero, clase media y masa del pueblo. Agrégase a esto que el teniente general de la Provincia, don Tomás de Rivera y Sologuren, a la sazón en Barinas, era también hermano de don Gregorio, como ya se ha dicho en otro lugar.

(...)

En estas críticas circunstancias, reuniéronse en cabildo el 8 de mayo, tres días después del desastre, el alcalde segundo, don Antonio Rangel Briceño, y el procurador general, don Juan Díaz de Orgaz, y resolvieron lo siguiente, copiado textualmente del acta respectiva:

«Fue acordado por el dicho señor procurador el que, mediante a necesitar en lo presente la Real Justicia de pleno favor en el vecindario, y que por no haber capitán de número ni jefe a quien impetrar auxilio, pueden omitirse algunas precisas diligencias de justicia en cuya consideración, aunque privativamente toca al Sr. gobernador y capitán general de esta Provincia el nombrar Cabos para esta jurisdicción, en virtud de la facultad que reside en este Cabildo, para que haya capitán de número, interín que se da cuenta a dicho Señor, nombramos por tal capitán de número de esta ciudad a don Juan Quintero, y como tal cargue la insignia correspondiente, y mandamos a todos los vecinos lo tengan y le guarden todos los honores y preeminencias correspondientes, y que los demás capitanes estén al comando del dicho nombrado, para que éste dé las providencias y auxilios que convengan convocando a sus compañías y soldados»

Incontinenti, prestó el juramento don Juan Quintero Príncipe y entró en posesión del cargo. Don Cristóbal no asistió a este cabildo, excusándose por estar quebrantada su salud; pero sí concurrió dos días después a otro cabildo urgente, para tratar sobre el entredicho en que estaba la ciudad.

(...)

Bien se comprende que era prudente apartar del orden público a los Riveras. Muy grave sería el estado de cosas en Mérida, a partir del asesinato del P. vicario, cuando el gobernador Altuve y Gaviria, que residía habitualmente en Maracaibo, como capital de la Provincia, creyó necesaria su presencia en Mérida, para elegir directamente los empleados municipales del año de 1740.

(...)

## VI

### SUPLICIO DE DON GREGORIO Y SALVACIÓN DE SU ALMA

Las diligencias de la justicia para lograr la captura del delincuente cesaron al punto con la inesperada presentación de don Gregorio, a quien se procesó sin pérdida de tiempo, breve y sumariamente.



te, pues se trataba de un hecho cometido a plena luz del día, en el centro de la ciudad, confesado también por el mismo criminal. Aunque no se halla noticia del proceso en los archivos merideños, el expediente debió de ir en alzada o consulta al gobernador de Maracaibo; y de éste, a la Real Audiencia de Bogotá, a quien correspondía el fallo definitivo de muerte. (...)

La familia Rivera tenía relaciones valiosas en Bogotá. A ello debían la excelente posición que ocupaban en Mérida. Ya hemos dicho que en 1736 había partido para Bogotá doña María de Rivera y Simbrana, tía de don Gregorio; y meses antes del desgraciado suceso, don Cristóbal de Rivera había estado también en la capital del virreinato. Es de suponer que mediaran influencias en favor del reo para redimirlo de la muerte infamante de horca, alegando la nobleza de su cuna.

(...)

En la clase de suplicio, había en España y otros países, manifiesta diferencia según la calidad de los reos y delitos. Por lo regular, no se daba a los nobles y caballeros muerte de horca, sino decapitación, garrote o arcabuceo, para la época del crimen que relatamos. Don Gregorio fue conducido a caballo al lugar del suplicio, en la plaza mayor de Mérida, siendo allí fusilado y no ahorcado, según se desprende de la legislación vigente y de la tradición más fidedigna, que es sin duda la del Convento de Clarisas de la misma ciudad, donde había religiosas ligadas estrechamente, por vínculos de sangre, con el matador y con la víctima.

(...)

La venerable e ilustrada monja Josefa González Egui, que entró al Convento muy niña, siendo toda su vida dechado de virtudes y una especie de oráculo místico para la otras madres monjas en los amargos días de su exclaustación (escribió):

«Llegado el tiempo de la ejecución, dice la distinguida religiosa en sus apuntes, lo hicieron penar mucho, porque como aquí no había gente aguerrida, no acertaban, por lo que suplicaba desde el banquillo que abreviaran; y a pesar de haberse preparado con la recepción de los Santos Sacramentos, sufrió en los momentos

de su agonía fortísimo combate con el espíritu malo, y consintió en un pensamiento de desesperación, por lo que fue condenado a pena eterna. En este conflicto ocurrió a María Santísima, a quien toda su vida había saludado con las tres Avemarías que comienzan *Dios te salve Hija de Dios Padre*, suplicándola lo amparase en la hora de la muerte. Intercedió María Santísima para que la pena eterna se le conmutara en temporal y también le alcanzó la gracia de que a cualquiera que haga algún sufragio por su alma, apareciéranle las cosas perdidas. Y para que tuviera efecto, le alcanzó que fuera (después de muerto) a decirlo a una religiosa de Bogotá, la madrugada siguiente de la muerte, a la que le refirió lo que había pasado con él en el juicio de Dios; y habiéndole preguntado la religiosa que por qué no había venido a decirlo a las de aquí (Mérida), le contestó que así lo disponía el Señor para que se diera crédito a su palabra, y le suplicó extendiera la noticia. Luego que se supo, hicieron allí la prueba en una cosa que no tenían esperanza de recobrar, e inmediatamente dispuso el Señor que los usurpadores espontáneamente la entregaran».

Difundida esta revelación desde Bogotá hasta Mérida, multiplicáronse prontamente los sufragios por el alma de Gregorio Rivera, ante los casos evidentes de la gracia concedida por Dios, a este gran pecador arrepentido, para que aparecieran las cosas perdidas.

(...)

¡Qué de millares de casos particulares pudieran haberse catalogado en otros tiempos! Pero como más impresiona lo raro que lo habitual, y vino a ser cosa tan común invocar con éxito el alma de Gregorio Rivera, puede decirse que ya se practicaba esto con la misma fe y naturalidad con que se ocurre a las prácticas religiosas que el místico tesoro de la Iglesia ofrece a los mortales en sus necesidades y tribulaciones. Era cosa sabida de todos y vulgarísima. Así nos explicamos el silencio de nuestros antiguos cronistas sobre la historia de don Gregorio y la devoción a que dio origen.

# MERCEDES FRANCO

mercedesfranco@cantv.net

Nació en El Tejero estado Monagas (Venezuela, 1948). Desde niña vivió en Puerto La Cruz, luego estableció su residencia en Caracas. Novelista, cuentista, autora de varios libros de literatura infantil, guionista radial. Profesora universitaria en la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Central de Venezuela, en la Universidad Nacional Abierta y en la UNEFA. Licenciada en Letras por la Universidad Central de Venezuela. Cursó estudios superiores de Literatura Norteamericana en la Universidad de Pennsylvania, Philadelphia. Columnista de prensa del diario *El Nacional*, con la sección de crónicas “Cantos de Sirena”, durante diez años ha sido correctora de estilo de la *Revista Nacional de Cultura* (1980-90) y diseñó manuales para la Universidad Nacional Abierta. Su novela histórica *La capa roja*, tema del Postgrado de la Universidad de Carabobo, le valió en 1993 la Mención de Honor del Premio Municipal de Caracas. Su libro para niños *¡Vuelven los fantasmas!*, fue distinguido en la “Lista de honor del IBBY”, en 1998. En el 2000 ganó el Premio de Cuento de la UNELLEZ de Cojedes, y en el 2002 el II Premio de Narrativa Juvenil Salvador Garmendia, auspiciado por la Editorial Playco, Caracas. Alterna actualmente su trabajo literario con artículos de prensa en diarios y revistas. Produce los programas “Cosas de Venezuela” y “Enigmas del poder” en *Radio Nacional*. Actualmente dirige la colección “Pequeños Héroes” en Monte Ávila Editores y es Coordinadora de Asuntos Literarios, en la Dirección de Cultura, de la Universidad Nacional Experimental de las Fuerzas Armadas (UNEFA).

**OBRA LITERARIA:** Novelas: *La capa roja* (Caracas, Planeta Venezolana, 1992). *Crónica caribana* (Caracas, Alfaguara, 2006). *En el reino de Arduina* (en prensa IPASME). Cuentos para niños: *¡Vuelven los fantasmas!* (Caracas, Monte Ávila, 1996). *La piedra del duende* (Caracas, Alfaguara/Santillana, 2000). *Cuentos para gatos* (Caracas, Playco, 2002) *Criaturas fantásticas de América* (Caracas, Playco, 2001) *Simón coleccionaba tortugas* (Caracas, Monte Ávila, 2005). Libros juveniles: *Diccionario de fantasmas, misterios y leyendas de Venezuela* (Caracas, El Nacional, 2000). *El arreo y otros cuentos* (Cojedes, UNELLEZ, 2000). *Cuentos de la noche* (Caracas, Playco, 2002).

## EL PRIMER GALLITO QUE CANTÓ LA NAVIDAD

Aquella noche se oían rumores extraños.

No eran los secretos del viento en la *palma datilera*, que Tarso

estaba acostumbrado a escuchar entre sueños. Tampoco era el bailoteo del río entre las piedras, el balido lejano de las ovejas, el campanileo de las cabras, ni las canciones de los jóvenes enamorados.

Era más bien una especie de susurro nuevo, un murmurar que parecía venir desde hacía mucho, mucho tiempo. Tarso no lo sabía explicar, pero era más o menos como si el mar, el aire, los ríos y la tierra, como si todos, todos, quisieran decir algo.

Se alisó las plumas con el pico y sacudió la cresta con gesto altivo, recordando que aquella noche había sido desafiado a muerte por Petrus. Tarso era valiente y orgulloso, no iba a permitir que ningún otro gallo, por más romano que fuese, lo llamara cobarde. Él no conocía muy bien su propio origen, no sabía de donde habían llegado realmente sus padres, pero tenía derecho al mismo suelo, al mismo aire que todos.

Bajó de lo alto de la *higuera* donde dormía y se dirigió a buen paso hacia las cercanías del pueblo, al lugar donde habían quedado citados para el duelo.

Petrus llegó poco después, acompañado de sus amigos, y se pavoneaba campante por el terreno de pelea, con una sonrisa irónica en aquel pico que tantos combates había ganado. Dirigió a su rival una mirada retadora.

La verdad es que Tarso no tenía demasiadas ganas de luchar. Un aroma distinto llegaba desde algún lugar cercano, un olor que hablaba de trigo, de ríos azules, de cosas buenas. De amistad y de alegría; no de combates ni desafíos.

Pero tampoco era cosa de quedarse allí, parado, esperando el primer espuelazo. No señor. Enderezó la cola *tornasolada*, irguióse esponjando las plumas blancas de su pecho y se dispuso a enfrentar la inevitable *lid*, con todos sus sentidos puestos en los movimientos del contrario. Por su parte, con el cuello extendido, el bravo Petrus ejecutaba una intensa ronda guerrera, buscando el mejor ángulo para atacar.

—¡Miren, miren, allá en el cielo! —gritó de pronto uno de los amigos del gallito romano.

Todos dirigieron la mirada hacia arriba. Aguzaron la vista y miraron con mucha atención. Los ojos dorados de Tarso reflejaron una estrella grande, *iridiscente*, que parecía flotar paseándose entre las nubes, encaminándose hacia algún lugar perdido en medio de las montañas.

—¡Vamos hasta allá, vamos a ver hacia dónde va! —dijo el gallito entusiasmado.

—¡Ya sabía yo que eras un cobarde! —gritó Petrus. Apuesto a que esa estrella la trajiste tú. ¿Qué mejor excusa para negarte a pelear?

Sin hacerle caso, Tarso se dirigió volando y revoloteando hacia el sitio que señalaba la estrella.

Era una pequeña caverna que se usaba a veces como establo, donde se guarecían del frío algunas personas con sus animales.

Desde adentro emanaba un vago aroma, el mismo que se sintiera en el aire poco antes. Y se oía el mismo murmullo, la misma voz secreta en la brisa. Una tenue lumbre se derramaba desde un mínimo farol, que iluminaba a una mujer con un niño recién nacido en brazos. Un poco más lejos, un pastor conversaba con otros que parecían traer regalos, frutas y pan tierno.

En la entrada, un hombre con grandes alas blancas, como de espuma de mar, vertía un halo de luz plateada. Tarso se quedó inmóvil, atontado por el asombro. ¡Jamás había visto alas tan espectaculares! Eran enormes, y así desplegadas eran aún mucho mayores que las del buitre, que las del águila.

Se acercaba el alba. Tarso volvió la vista hacia un lado y vio a Petrus que se acercaba, más fiero y envalentonado que nunca, ya preparándose para lanzar su mejor picotazo.

Cerró los ojos dispuesto a esperar el golpe, pero éste no llegó. Aún asustado abrió los párpados poco a poco y advirtió que Petrus se había quedado también en suspenso, con el pico abierto, contemplándolo todo. Había una expresión diferente en la mirada del desafiante gallito romano.

El hombre alado irradiaba un tibio resplandor en la entrada de la cueva y Tarso sintió deseos de abrir sus alas, bien desplegadas, igual que él. ¿Por qué no?

Las abrió lo más que pudo. Y cantó, cantó muy fuerte, con toda aquella rara alegría que tenía por dentro.

Y fue el primer gallito que cantó la Navidad.

### **Glosario:**

Palma datilera: Árbol de las zonas áridas que produce la fruta llamada dátil.

Higuera: Árbol que produce los higos.

Tornasolada: Que da brillos de varios colores.

Lid: Pelea.

Iridiscente: Con reflejos multicolores.

### **SOMBRAS EN EL METRO**

(Tomado del libro *Leyendas urbanas de Caracas*, en prensa)

—Desde que se construyó el Metro de Caracas ha ocurrido una cantidad de suicidios tan grande, que para los pelos de punta, *chama*.

Apenas Nikitza terminó de hablar se desgajó un trueno fuerte sobre la ciudad y las dos muchachas saltaron en un gesto de temor. Nikitza se ríe restándole importancia al susto. Enciende un cigarrillo y sacude el fósforo, saliendo de la estación de Chacaíto por la escalera mecánica. Balancea sus *piernones* envueltos en un jean a la cadera y se abultan bajo la mínima franela sus cauchitos estomacales, producto del excesivo consumo de *perros calientes*, *cachitos* y otras *balas frías*.

Minutos antes se había oído una voz por el altoparlante:

“Favor esperar o tomar una vía de transporte alterna. Ocurrió un arrollamiento en la vía, a nivel de Bellas Artes”.

Era la forma usual en que se anunciaba un suicidio en el Metro. Alguien se había arrojado al tren. Las dos muchachas tuvieron que devolverse. La estación Chacaíto estaba congestionada de gente esperando el próximo tren.

–¡Qué fastidio, con la estación cerrada, ahora quién sabe a que hora vamos a llegar! ¡Con razón se suicida la gente aquí en Caracas!

–Por cierto, Niki, cada vez que se suicida alguien en el Metro yo me paso al menos tres días sin dormir. Me pongo inquieta, nerviosa.

–Yo creo que se suicidan por lo colapsado que está el Metro. Porque saben que nunca podrán llegar a sus casas, entonces prefieren morir.

La risa de la muchacha explotó jugosa, como una pera importada madurita. La morena delgada, caderas cimbreantes, paso suave y ondulante de áspid, se molestó un tanto:

–¡No te juegues con eso chama! *Pobrecita* esa gente. ¡Quién sabe cuánto han sufrido! Por cierto, ahora que me acuerdo... ¿tú no has oído nada de las sombras que se ven en las cámaras cuando se investigan los suicidios del Metro?

–¿Cuáles sombras, Yebexy? ¿*Mi'jita*, te fumaste una *lumpia*? –retrucó Niki. Mejor camina rápido, corre, vamos a sentarnos ahí en “El Coco”, que está empezando a lloviznar. Y hay que esperar que el Metro se normalice ¡Cómo debe estar la estación Parque Carabobo ahorita! La verdad yo insisto: con el despelote de Caracas, no es extraño que a algunos les provoque suicidarse. Hasta a mí.

–Ay, chama, no digas eso, no seas tan *pavosa*. Tampoco así.

Yebexy se santiguó, e hizo un gesto con el índice y el meñique extendidos, para espantar la “pava”. En eso retumbó otro trueno más cerca. Pero la lluvia esperó a que estuvieran bajo el techo decadente del viejo local, para desgajar su rezongo amenazante sobre la calle y las aceras del Centro Comercial Chacaíto.

–Buenas noches señor. ¿Nos trae dos *conleches* bien calientes, por favor?

–¿Grandes o pequeños?

El mesonero viene hacia ellas con chaqueta blanca y cara de bagazo, muerto el ánimo, cansado.

–¡Pequeñitos! –ríe Niki. Este nos vio cara de millonarias.

–Pobrecito, *vale*. Tal vez está aquí desde el mediodía y espera que termine su turno, para irse a su casa.

–Ay, mijita, pero para ti todo el mundo es pobrecito. Pobrecito es el Diablo, que perdió la gracia de Dios.

–Tú siempre tan *ácida*. Pero, ¿de verdad no has oído nunca lo de las sombras? Algunas personas dicen que se ven unas sombras oscuras al revisar las grabaciones de las cámaras del Metro, cada vez que hay un suicidio.

–Bueno, pero eso debe ser puro cuento mi'ja. Yo por lo menos, no he visto nunca nada.

El humo del cigarrillo refrendó su despreocupación.

El mesonero se acercó, flaco, silencioso, ojeroso, cara de cansancio. Rostro cetrino bajo una mata bien podada de pelo duro y plateado. Ojos diminutos y humildes tras los gruesos cristales de sus lentes.

–Grato verlas, niñas. Perdonen que me inmiscuya, de entropito que soy, pero yo también he oído esos comentarios, niñas. Permítanme presentarme, soy Pedro Luis Noguera. Me dicen “Noguerita”.

–Mucho gusto, Sr. Noguera.

–Mucho gusto. Es grato verlas. No vienen por aquí chicas tan lindas a menudo. ¿Quieren un juguito de durazno?

–Ay, qué amable –sonrió Yebexy.

–Pero... mire, señor, nosotras pedimos ya. ¿No se acuerda? Pedimos dos conleches –dijo Niki un poco disgustada.

–Ah, sí, es verdad, señorita, ya se los traigo. Pero déjenme decirles: los que han visto esas sombras son los técnicos que revisan las cámaras. Las cámaras graban todo. Allí hay un registro de todo lo que pasa.

Las últimas palabras del mesonero parecían contener un entusiasmo morbosos.

–¡Ajá ¿estás oyendo? El Sr. Noguera lo sabe... intervino Yebexy con afán, ¿ves? Así mismo lo cuenta el novio de Astrid. Ella fue quien me lo dijo.



–¿Pero cuál de tantos novios, mi'ja? –dijo Niki alzando los ojos al cielo, en gesto de incrédulo desdén.

–¡El técnico, el que revisa las cámaras, que es poeta! Y aunque no lo creas es verdad –insistió la otra– Esas sombras las vio el tipo y se lo contó.

–Pero ¿cuál de ellos es? ¿El cara de pescado borracho, el poeta que se copia de Valera Mora, el ingeniero que tiene quijada de mutante, el batracio, el *narco* o el que se parece a *Ratón Pérez*?

–¡Ay, Dios, Niki! ¡El técnico, Joseíto! –berreó Yebexy desesperada.

–¡Ay, tampoco grites así, que no soy sorda! Yo preguntaba si era el *narco*, porque si es él, es un embuste, el tipo es pura pérdida. ¿Te acuerdas que por él no pudimos entrar a aquella rumba que estaba fina? Por estar tú regando por ahí que era *narco* y la gente lo supo y bueno. Pusiste la torta, chama.

–¡No es el *narco*, ese ya la dejó, ahora sale con un técnico en computación, que está a cargo de las cámaras del Metro!

El mesonero intervino conciliador, con una sonrisa afable:

–Bueno, la verdad, la gente habla de sombras, pero... ¿qué no dice la gente? Ahora, si es que esas tales sombras empujan a los pasajeros del Metro, ¡entonces, la verdad es que nadie se lanza por sí mismo! Por si las dudas, yo no me acerco mucho a la línea amarilla. Es mejor dejar que pase el tren y se detenga. ¡Uno nunca sabe!

Las muchachas sintieron escalofríos, pero no sabían si por el frío que estaba haciendo o por las palabras del Sr. Noguera.

–¡Disculpen! Ya les traigo su café.

Las últimas palabras del viejo mesonero fueron apenas un susurro cansino. Después de mirarlas dulcemente se aleja con su chaqueta blanca, a paso lento, inasible, hacia los árboles que decoran El Coco.

–¿Te fijas, Niki? El señor Noguera es un señor mayor, con el pelo ya blanco, se ve muy serio, y está totalmente convencido de que es verdad lo de las sombras. Es más, él también lo ha oído.

–Pero también reconoció que...la gente inventa cosas...

—¿Todavía lo dudas, Niki? Mira, escucha, el novio de Astrid trabaja ahí, chama. Él le refirió todo. Que se ven unas sombras rarísimas, que empujan a los suicidas. Y afirma que se ve con toda claridad que no se arrojan por sí mismos, sino que las sombras los empujan.

—Chama... tú sí ves películas. Definitivamente.

—No, Niki, en serio, fíjate que el mesonero ha oído el mismo comentario.

—Pero podrían ser unos secuestradores, o un asesino en serie... no sé... hay tantas posibilidades.

—Ahí está. La que ve demasiadas películas eres tú. Yo no sé de asesinos en serie, a mí lo que me contaron fue que las cámaras registran unas sombras.

—¿Y cómo se llama el técnico ese que las vio? Quiero que me eche el cuento a mí, personalmente. Si no, no me convengo.

—Es Joseíto, el novio de Astrid Yuleisi, pero si tú misma lo conociste, ¿no te acuerdas? aquel que componía canciones tipo trova. El trabaja ahora en el Metro.

—¡Ah, sí, ya me acuerdo, de él! Bueno, yo creía que sólo eran amigos ¿cómo esa mujer tan *sifrina* se empató con un piche técnico? Si ella hasta dice que su familia tiene un certificado de “limpieza de sangre”.

—¿Y que es eso? Yo había oído de limpieza de cutis.

—A lo mejor todo eso es mentira. Te lo digo porque esa chama es más *cobera*. Tal vez el muchacho le dijo quién sabe qué... y ella que es tan exagerada le puso algo más... Bueno, o también hay la posibilidad de que el chamo agranda la cosa, para impresionarla, o para *darse bomba*.

—En realidad, todavía no se sabe qué es. Es más, el le pidió que no lo revelara aún.

—¡Tremendo caso que le hizo ella!

Niki soltó una risa fresca y Yebexy tuvo que reírse también.

—Bueno, la verdad es que... aún no se sabe exactamente qué cosa son esas sombras.

—¿Cómo que no se sabe, Yebexy? ¿No dijiste que hasta empujaban a la gente?

–Bueno, lo que él explicó es que no se sabe con certeza si son realmente sombras, o es el reflejo de la misma persona, su silueta, algún juego de luces en la cámara. En fin, lo están estudiando todavía.

–¡Ah no, vale! Ese tipo no define nada en concreto. ¿Entonces por qué estás tan segura que sí hay unas sombras malignas que empujan a los suicidas? Porque eso fue lo que me dijiste antes.

–Es que... yo percibo cosas, no sé. Mira, cuando ella me estaba hablando yo me ericé toda. Ella no definió muy bien esas sombras, pero yo... tuve la sensación de que era algo sobrenatural.

–¡Por favor, Yebexy!

Niki enciende un cigarrillo y se queda un rato pensativa. Luego ve pasar otro mesonero y recuerda el pedido de media hora atrás. Comenzaba a escampar, pronto podrían irse:

–¡Dos conleches, señor! ¿Será que al Sr. Noguera se le olvidó?

Se acerca un mesonerito joven, moreno, muy agradable, de casaca roja, bien dispuesto, con una libreta y lápiz.

–¿Díganme, señoritas?

–Este no es el mismo mesonero, Niki, susurra Yebexy.

–Señor, hace como media hora pedimos dos conleches. ¿Nos los van a traer, por fin?

–Pero... ¿a quién se los pidieron? A mí no.

–A un señor serio, de pelo canoso y chaqueta blanca.

–Aquí ningún mesonero usa chaqueta blanca. El uniforme es ahora rojo, como el mío. Se cambió hace unos meses. Pero ya les traigo los dos cafés, señorita. Soy Jefferson Rodríguez, a su orden.

Los conleches al fin llegan para mitigar el frío de la reciente llovizna. Los toman apresuradas, pensando en que ojalá hayan habilitado de nuevo la estación. Y debería ser así, son casi las diez de la noche.

–¡Señor, la cuenta! –pide Niki– Y por favor, le da muchos saludos al Sr. Noguera, de parte nuestra.

El mesonero se queda inmóvil, no responde. Las mira como embobado.

–Ya lo cautivé... ¿qué tal? –le murmura Niki a Yebexy.

Al rato, el mesonerito se va y regresa con la bandejita de la cuenta. Con él viene otro mesonero, moreno y pequeñito, también de chaqueta roja.

–Señoritas, disculpen. Ustedes nombraron al Sr. Noguera... ¿acaso lo conocían? Queremos saber.

–¡Claro! Lo conocimos hoy. Es muy atento. Estuvo ahora, hace poco, conversando con nosotras. Justamente a él fue que le pedimos los cafés, por cierto.

Los dos mesoneros las miran con los ojos abiertos, despernancados. Después el más alto se ríe nervioso:

–Perdóneme, usted se equivoca... Eso no es posible. Noguerrita murió hace como un año. Acababa yo de entrar a trabajar aquí, por cierto, y después entró Gerson, mi compañero, cuando él...

–Pues el que se equivoca es usted... eso... simplemente... ino puede ser!... responde Niki aturdida y un poco molesta.

–¿Y de qué murió? ¿De *catarro*? –pregunta Yebexy, con voz temblorosa que trata de ser irónica.

–Él... realmente... Bueno, que Dios lo haya perdonado... tenía muchos problemas económicos, y quién sabe qué más.

–¿De qué murió? –insiste Yebexy, ya histérica, frenética...

–Mire, usted tiene que estar equivocado. Hágame el favor –dice Niki levantando la voz. Todos la miran.

–Bueno, ustedes saben, uno nunca llega a conocer completamente a la gente, así que...

–¡¿DE QUÉ MURIÓ?!! –exclama Yebexy interrumpiéndolo, en el paroxismo del terror y la ira.

–Bueno, resulta que él se arrojó al...

–¡Cállese, cállese!.. ¡No siga!.. ¡Embustero! –lo interrumpió Niki.

–Pero, señorita...

Yebexy enmudece, pálida, pero Niki lo encara furiosa, lo increpa, le arroja un billete de cinco mil.

–¡Tome y quédese con el cambio! Usted es un mentiroso... ¡Muy gracioso, lindo que le quedó, oyendo nuestra conversación!

–¿Qué? Pero, no... Señorita... yo... nosotros no...

–No lo niegue. ¡Ustedes estaban oyendo lo que hablábamos y quieren asustarnos! ¡Agradezcan que no los reporto al gerente!

–Pero... es que...

–Camina, Niki, vámonos. Olvídate de esos loquitos, que ya la estación debe estar despejada. Seguro que el Sr. Noguera cambió de turno. Eso es todo y este *gafo* quiere *vacilarnos*.

–Nunca falta un entrometido... ¿Habrás visto? –rezonga Niki, mientras bajan por la escalera mecánica. Creyó que puede asustarnos.

–Pues conmigo lo consiguió –confiesa la morena.

–¡No me extraña! ¡A ti todo te asusta!

El andén está semidesierto. El Metro de Caracas se acerca con un fresco resoplido reconfortante. Se ve la luz a lo lejos. Las muchachas se miran felices.

–Al fin, –suspira Yebexy.

Se ensombrece de pronto el lugar, el aire se hace helado, la gente parece moverse en cámara lenta.

–Buenas noches, señoritas. Grato verlas aquí de nuevo.

La voz es suave, apenas un murmullo. Está entre ellas, se siente su hálito leve, como una ráfaga fría a su lado. Parece la voz del Sr. Noguera, el amable mesonero de “El Coco”. Pero en realidad, las muchachas sólo logran ver una sombra negra y alargada que se tiende hacia ellas.

El altoparlante suena distante, confuso. Tal vez por la lluvia: “Favor tomar otra vía, hubo un arrollamiento doble a nivel de la estación Chacaito”.

### **Glosario:**

**Chama:** Muchacha. Las jóvenes caraqueñas repetían mucho esta palabra.

**Cachitos:** Enrollado de jamón muy popular en Caracas.

**Balas frías:** Cualquier sándwich o bocadillo que no sea un almuerzo completo.

**Mi'jita:** Contracción de Mi hija o mi hijita. Muy frecuente.

Lumpia: Enrollado chino.

Pavosa: Que trae mala suerte o “pava”.

Con leche: Se le dice en Caracas al Café con leche.

Vale: Se usa para hombre o mujer. Muy usado aún.

Ácida: Agria, intolerante.

Narco: Narcotraficante.

Ratón Pérez. Tímido personaje de un cuento infantil venezolano.

Sifrina: Con falsos aires de refinada, de millonaria.

Cobera: Mentirosa.

Darse bomba: Alardear.

Gafo: Tonto.

Vacilarnos: Engañarnos, tomarnos el pelo.

Desde hace más o menos veinte años, una buena cantidad de gente asegura que en el Metro de Caracas, al revisar las grabaciones de las cámaras cuando ocurre un suicidio, se ve siempre una sombra oscura empujando al suicida. En unas versiones este comentario lo ha hecho un operador del Metro, en otras, parte de un técnico de los que revisan las cámaras. Nunca se ha aclarado exactamente qué es. El relato anterior se basa en esta leyenda urbana.

# JACQUELINE GOLDBERG

nmiredaccion@cantv.net jgoldbergk@etheron.net

Nació en Maracaibo (Venezuela, 1966). Poeta, narradora, periodista. Doctora en Ciencias Sociales, Universidad Central de Venezuela. Es Licenciada en Letras, Universidad del Zulia. Premio Caupolicán Ovalles de la Bienal Internacional de Poesía Mariano Picón Salas, Mérida, 2002.

**OBRA LITERARIA:** Narrativa: *Exilio a la vida, testimonios de sobrevivientes de la Shoá en Venezuela* (Unión Israelita de Caracas, 2006); *En idioma de jazz, memorias provisionarias de Jacques Braunstein* (Fundación para la Cultura Urbana, Caracas, 2005); *La vastedad del adiós. Historias sepultadas en un cementerio judío* (Fundación Polar, Caracas, 2003) y *Carnadas* (La Liebre Libre. Maracay, 1998), Mención, Bienal Literaria Miguel Ramón Utrera. Obra de teatro: *Zamuro a Miseria* (1991), escenificada por la Sociedad Dramática de Maracaibo. Poemarios: *El orden de las ramas* (Ediciones Torremozas, Madrid, 2003); *Una sal donde estoy de pie*. Antología (Universidad Cecilio Acosta, Maracaibo, 2003); *La salud* (La nave va, Caracas, 2002), *Víspera* (Pequeña Venecia, Caracas, 2000); *Insolaciones en Miami Beach* (Fundarte, Caracas, 1995); *Máscaras de familia* (Fundarte, Caracas, 1992); *Trastienda* (Pen Club, Caracas, 1992), Finalista en el Premio Casa de las Américas (Cuba, 1990); *A fuerza de ciudad* (Tierra de Gracia Editores, Caracas, 1990), Finalista en el Concurso de Poesía de Fundarte; *Luba* (Séptimo Sello Editorial, Maracaibo, 1988) Mención de Honor en el Concurso de la Casa de la Cultura de Maracay; *En todos los lugares, bajo todos los signos* (Universidad del Zulia, Maracaibo, 1987), 2do Premio de Poesía del Concurso del Vicerrectorado Académico de LUZ; *De un mismo centro* (Universidad del Zulia, Maracaibo, 1986).

## LA MUERTE ES UNA SEÑORA CON SOMBRERO

### I

La muerte es una señora pequeña que columpia su sombra bajo las matas del patio. No tiene voz, sus ojos son relámpagos en la casa de mis sueños.

### II

Entra despacio, se quita el sombrero y su cabellera baja por los ríos. Nadie pensaría en tenerle miedo. Con solo mirarla, el mundo es una caja de joyas en la soledad de la noche.

### **III**

Desanda los pasillos de mi casa. Juega al escondite, a la gallinita ciega, a la ronda y me da la mano. Ella es huésped amable, señora que danza y teje misteriosas memorias.

### **IV**

Jugábamos al muerto ¡Pum, pum! Tú disparabas y yo caía, eso fue fácil. Después me levantaba y seguía corriendo; el abuelo no.

### **V**

El día que murió el abuelo, mamá entró oscura, se sentó en la cama con los ojos lejos, estuvo un rato callada, muy callada. Le mostré mis manos, le di un beso y le canté al oído como cuando llueve.

### **VI**

El abuelo no se ha ido, lo tienen dormido en una caja respirando recuerdos con los ojos cerrados para no ver que todos lloran. El abuelo debe estar triste, le tocó morir antes que a nosotros.

### **VII**

Con los brazos cruzados sobre el pecho se lo llevaron al parque. Dicen que tenía escondida una bolsa de caramelos, por eso va a estar siempre feliz. No lo dudo, el abuelo es feliz hasta en su propia muerte.

### **VIII**

Me llevaron al cementerio para que comprendiera. Ahí tan solo vi rectángulos de tierra y muchas flores. Abajo, hombres grandes como mi abuelo, reposan con los ojos perdidos. La gente lloraba, yo no lloraba. Yo me despedía del abuelo que se iba lejos.

### **IX**

Entender al abuelo es ver como renacen las rocas al borde de los ríos, como viajan las hormigas por los caminos imposibles, como un pájaro llega a la casa y se va sin despedirse.



## **X**

Ni un animal ni una sombra traganiños. La muerte es una palabra con sombrero que de vez en cuando viene y nos obliga a despedirnos.

## **XI**

Es tonto asustarse, ella viene solita a dormir en los espejos, sin que nadie la nombre y eso de que es mala es pura mentira.

Ella está ahí.

Porque sí.

Porque sus manos acarician el mundo.

Porque las nubes se llenan de pájaros.

Porque la tierra es una ola que crece y abraza a la gente.

## **XII**

Cuando es tarde y la casa está a oscuras, escucho voces y muebles que se mudan de habitación: Tiemblo.

... pero cuando pienso que la muerte es una señora con sombrero, mi respiración se hace suave y mis sueños comienzan a viajar.

# YASMÍN GUTIÉRREZ DE CASALTA

yasmincasalta@hotmail.com

Nació en Valera, estado Trujillo (Venezuela, 1953). Poeta y Licenciada en Letras, Universidad de Los Andes (1975). Desde 1976 a 1982 se desempeñó como docente del Departamento de Filosofía y Letras de la Escuela de Educación, del Núcleo de Sucre (Cumaná), y en el Área de Lenguaje de la Unidad Experimental de Estudios Básicos de Puerto Ordaz de la Universidad de Oriente. Desde 1983 a 1989 como Profesora del Departamento de Ciencias Sociales y Humanidades de la Escuela Básica Lorenzo Campins y Ballester, Ciclo Básico de Medicina y Bioanálisis, Facultad de Medicina, Universidad Central de Venezuela. En 1990 ingresó a la Escuela de Enfermería de la Facultad de Medicina, de la UCV, Cátedra de Lengua y Comunicación. Ha sido investigadora en el Instituto de Investigaciones Literarias de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela (1989-2001). Participó en la investigación del *Diccionario de Literatura Venezolana*, tomos I y II”, coordinados por O. Larrazábal Henríquez y G. L. Carrera. Avances de sus investigaciones han sido presentados en eventos organizados por la Facultad de Humanidades y Educación de la UCV.

**OBRA LITERARIA:** *Poesía inconclusa* (Caracas, Los libros de Plon, Colección La Palma Viajera N° 51, 1983) y *Cuerpo y ausencia* (Mérida, Editorial La Escarcha Azul, 1995). Tiene inédito el poemario *Casa de caracol*. Sus poemas y artículos han sido publicados en diversos suplementos culturales de los diarios: *El Correo del Caroní* (Puerto Ordaz), *El Expreso* (Ciudad Bolívar), *El Panorama* (Maracaibo), *El Semanario Merideño* (Mérida), *La Región* (Cumaná), *Diario Frontera* (Mérida), *Últimas Noticias* (Caracas) y *Correo de Los Andes* (Mérida). En Boletines Informativos: Unidad Experimental de Guayana (Puerto Ordaz) de la Universidad de Oriente, la Facultad de Medicina y la Escuela de Enfermería de la UCV. Además, en las revistas *Tierra Nueva* (Caracas) y *Akados* (Comisión de Postgrado de la Universidad Central de Venezuela).

## I

El sol de agosto  
esboza con rapidez  
el lomo del pez.

## **II**

En primavera,  
el agua de la fuente  
baña sus alas.

## **III**

Por un cazador  
una danta se asusta  
en el sendero.

## **IV**

Por el camino,  
tristemente se asoma el otoño.

## **V**

Las hojas asustadas  
caen por ti, furioso invierno.

## **VI**

El colibrí va camino  
a la linda flor de primavera.

## **VII**

Tímidamente  
cuela por la ventana la luz del farol.

## **VIII**

La orquídea descansa  
en un vestido de hojas llamado samán.

## **IX**

Un volcán ruge  
y abre un sendero que arroja gritos.

# MARÍA LUISA LÁZZARO

mlazzaro55@yahoo.es

Nació en Caracas (Venezuela, 1950), radicada en Mérida (Venezuela) desde 1967. Licenciada en Bionálisis y Letras, Magíster en Literatura Iberoamericana. Catedrática Titular Jubilada (Escuela de Letras, ULA). Autora letra y música de varios poemas musicalizados. Premio de Poesía Alfonsina Storni (Buenos Aires, Argentina, 1978). Mención Concurso de cuentos *El Nacional* (1981). Premio El cuento feminista latinoamericano (Chile, 1988). Finalista Concurso de novela Planeta Latinoamericana “Miguel Otero Silva” (por *Tantos Juanes o la venganza de la Sota*) 1990. Premio Canción inédita (*Atrincherada*) Festival Nacional de la Voz Universitaria (Valencia, 2000). Premio Poesía y de Narrativa de Seccional Profesores Jubilados de APULA 2003 y 2005. 1er Premio de Narrativa de la Asociación de Profesores de la ULA 2005. [www.marial-lazzaro.com](http://www.marial-lazzaro.com)

**OBRA LITERARIA:** *Poemas de agua* (Mérida, ULA, 1978), *Fuego de tierra* (Caracas, Fundarte, 1981), *Árbol fuerte que silba y arrasa* (Mérida, Cultura, 1988), *Nanas a mi hombre para que no se duerma* (Mérida, SPJAPULA, 2004), *Escarcha o centella, bebe conmigo* (Mérida, APULA, 2004). Novelas: *Habitantes de tiempo subterráneo* (Caracas, Pomaire, 1990) y *Tantos Juanes o la venganza de la Sota* (Caracas, Planeta, 1993). Ensayos literarios: *Viaje inverso: sacralización de la sal* (Caracas, Academia de la Historia, 1985) y *La inquietud de la memoria en el caos familiar* (Mérida, CDCHTULA, 1995). Libros para niños y jóvenes publicados en Mérida, Editorial Escarcha Azul y coediciones: *Mamá cuéntame un cuento que no tenga lobo* (Codepula, 1984), *Marigüendi y la jaula dorada* (La infancia en la poesía venezolana, 1983), *El niño, el pichón y el ciruelo* (Editorial Venezolana, 1990); *Parece cuento de Navidad, Darlinda* (AEM, 1994), *Para qué sirven los versos* (Karol, 1995), *Una mazorca soñadora* (Karol, 1995), *Un pajarito, una pajarita y la casualidad* (Karol, 1995), *La almohada muñeca* (1996). *El loro de la infancia y otros relatos* (Dirección Sectorial de Literatura del Conac/ Fundalea, 2005), *Mamá cuéntame un cuento que no tenga lobo y otros relatos* (Dirección Sectorial de Literatura del Conac/ Fundalea, 2005). Ha sido publicada en varias antologías a nivel nacional e internacional (*Poesía en el espejo: Estudio y antología de la poesía femenina venezolana* (J. Miranda, 1995). *Escritura y desafío: Narradoras venezolanas del siglo XX* (Caracas, Monte Ávila), Coedición de universidades norteamericanas, 1996. En la II, III IV y V *Antología Sensibilidades* (Alternativa Editorial. Madrid, Galicia, 2002, 2003, 2004 y 2005); y en Mizares: *Poemas quietos* (Barcelona, España, 2002). Textos poéticos de su autoría fueron grabados en el CD “Los ángeles también cantan”, editado por Casa del Poeta Peruano, Lima, 2006.

## DESPUÉS DEL DESPERTAR

(De *Habitantes de tiempo subterráneo*)

¿Quiere que le cuente lo poco que recuerdo, padre Pepe? Es maravilloso, estoy metiéndome en mi infancia. Era miedo lo que tenía. De pronto surge como la luz de una casa perdida en el bosque.

Morris vivía cerca de la plaza, en una casa con patio interior con piso de barro duro. Alrededor se disponían las habitaciones. Un cuarto permanecía cerrado. Era el laboratorio del padre muerto. Despertaba un mundo de fantasía y misterio. La madre, dulce y conversadora. En este momento creo ver su rostro, es de los pocos que me acompañan. El de Morris se me ha hecho imperceptible. Me queda su cara roja, su bicicleta, su cuerpo robusto, un poco su voz. Poco recuerdo del padre a pesar de que el hijo hablaba de él con veneración: ¿un químico?, que le había dejado una máquina de producir jugo de naranja sin naranjas. Cuando la patentara obtendría jugosas ganancias. Teníamos que casarnos pronto. Su mamá estaría pronto muy mayor, necesitaría quien la acompañara mientras él trabajaba en los experimentos; además, precisaba que le hiciera la comida.

Pensativa, miraba la silla donde tenía que montarme para lavar los platos; sería preciso acercarla a la cocina. Sentía ya salpicar el aceite en mis pies. De todas formas comencé a interesarme por las comidas que preparaba mamá. Compré un gordo cuaderno, lo forré y le puse en letras grandotas: *Recetas, 1960, Laly*. Creo que él tenía doce años, yo nueve. Habíamos hecho un pacto juntando la sangre de los dedos meñiques: ¡Hasta que la muerte nos separe! Ni la muerte, decía Morris. Iba a preparar una sustancia que la impediría.

Tendríamos siete niños. Uno de pelo castaño ojos miel, doctor. Otro ojos verdes, policía. Otro de pelo negro, misionero. Otro, pelo rizado, bombero. Y tres hembritas, piel canela, ojos verdes, pelo castaño; una, bailarina, otra, cantante y otra, estrella de cine. Por las tardes nos sentábamos en el sofá grande, los pies me quedaban colgando. Nos poníamos a mirar revistas de labores y de

coración, de mi hermana mayor. Nos transportábamos a jardines de ensueños. Lo invitaba a cerrar los ojos y sentirnos dentro de las estampas. Después nos contábamos lo que habíamos vivido.

En esa época se decía que el Cometa Halley volvería. Esta vez caería en nuestro pueblo. Ahora es una ciudad grande. Con su humor de siempre, Morris comenzó a pensar rápidamente en construir un colchón que al apretársele un botón subiera hasta la luna. Allí haríamos una casita de madera y sembraríamos frutos y hortalizas

Después del despertar noté que Morris no era como el muchacho de las películas mexicanas. Las monjas del colegio tapaban los besos y los abrazos, pero los domingos íbamos al cine Atlas o al Rialto. Cuando cumplí diez años me dio un beso sonoro en la mano. Como un caballero de la Corte del Rey Arturo, inclinándose me dijo: *Mi reina, un año menos para nuestra dicha. ¿Será eso pecado? ¿Y por qué mis padres se reían de las ocurrencias de mi “novio”?*

—Pensar que la más pequeña se nos va primero.

—Mira que eso empava, replicaba mi hermana mayor.

Mamá, que acostumbraba a explicarnos muchas cosas, nunca mencionó que fuera malo tener amigos o novio. Yo siempre hacía preguntas. Esta vez aumentaron mis dudas. Mamá me explicó que cuando se es niño no se siente la necesidad física de abrazar y besar.

—Para comunicarse es más importante la palabra, al gesto. Además, un hombre y una mujer se besaban para tener hijos.

—No, mijita, ahora sí que no entiendo ¿Quiere decir que si Morris me besa empiezo a tener los siete niños?

—Lo que debes saber es que sólo los que se casan como Dios manda, pueden tener intimidades, ¿entiendes?

—Mamiii... Y... si no se casan... ¿los castiga Dios?

—Eso es lo que nos han enseñado.

—¿Quién?...

—¿? ...

—Mamiii... ¿es... pecado... mortal... o venial?

—Mortal.

—Y... la penitencia, ¿es muy... grande? ¿El... infierno...?

—¿? ...

—Mamitaaa... ¿las niñas chiquitas como... yo... pueden... tener... niños?

—No.

—¿Entonces por qué el señor cura creyó que yo podía tener pecado tan mortal?

—¡Ya cállate! Ninguno de tus hermanos ha sido tan preguntón. Acuérdate que el silencio es de las almas prudentes y sabias.

## COCINERA ENTRE OLORES Y SABORES

Cuando tenía nueve años, le dije a mi madre que no me mandara más al colegio. Era el “Santo Ángel de la Guarda”. Le hice saber que me gustaba más lavar platos, tazas, tazones, ollas, olletas, cazuelas, vacijas... que estudiar. Y aún me sigue gustando lavar la vajilla postpandrial. Es emocionante ese tener las manos media hora entre el agua y el jabón. Me encantaba oír chirriar los platos: prueba de que habían quedado pulcramente libres de grasa. Con la esponja jabonosa le sacaba brillo a la cafetera y a las sartenes, lo que me hacía sentir supergrande (era la más chiqui de la casa).

Ante tamaña petición, mi madre que no había concluido la media (la primaria), me sentó encima de la mesa y me dijo, levantando un imaginario índice (de madera, como una paleta de revolver ideas medias crudas, para que alcanzaran el punto de ebullición conceptual):

—Desde hoy... nunca más lavarás ni siquiera las escudillas de tus muñecas. Ninguno de mis hijos se quedará a mitad del abecedario del conocimiento. Prefiero hacerte carne molida para la salsa bolognesa...

Yo, que siempre he tenido una imaginación volandera, más rápida que cualquier río de palabras, me puse a llorar a moco suelto, mirando el molino de carne, y con la boca como tumba lapida-

da a punta de piedras. Ella, más sensible que mamá, bajó la paleta, y, como ya conocía mi mente volandera, me dijo:

—Bueno, eso de carne molida es una metáfora, no es que te voy a meter en el ayudante de cocina. Cualquier sacrificio que yo haga, es nada comparado a que mis hijos aprendan todo lo que tienen que aprender para el futuro.

—Mami... ¿para qué hay que aprender cosas? ¿No es mejor quedarse uno tranquilito como cuando se lavan los platos: jugando con el agua, el jabón y el sucio?

—Yo no sé mucho de eso, sólo siento que no es agradable, para las piernas y los pies, cargarse de niños, levantarse a las cinco de la mañana, levantarlos uno a uno, sacudirlos con fuerza muchas veces, y volver a ver si ya están fuera de la cama; ir a la cocina, preparar el desayuno, acomodarles la ropa, la merienda... Y después que se van, arreglar los cuartos, limpiar la casa, lavar la ropa, almidonarla, plancharla, hacer las compras, hacer el almuerzo, limpiar la cocina y ordenar la casa, hasta las once de la noche en que los pies y las piernas hinchados se acomodan en horizontal.

Yo, que tenía el don de ver, y sentir, a colores las cosas que me asustaban, puse mis dos piernas en los hombros de mi madre, diciéndole: —Me duelen mucho, llévame cargada hasta la cama, me duelen mucho mamita.

Ella, alcahueta conmigo, intentó cargarme, pero no pudo. Esto la hizo reaccionar: —Payasa... ve a estudiar. Y cuando tengas edad de novio, y te pregunte si sabes cocinar, dile que no, que tu mamá nunca te enseñó.

—¿Y si se va corriendo?

—Ya regresará si ha de regresar, y te dirá: Yo tampoco, ya aprenderemos juntos...

Pasaron ocho años y se fue, me quedé con los sabores de su comida, de sus salsas. Fui aprendiendo el punto de sus guisos, recordando, desde las papilas gustativas, cada una de las especies: el orégano, la albahaca, la pimienta negra recién molida, el laurel, la nuez moscada rayada; la cebolla sofrita con pimentón...



Ese sentirme desarmada ante una cocina me llevó a una rememoración de olores y sabores. Así iba, desde el ensayo y error, dándole forma y texturas a las comidas que habían pasado por mi paladar de niña, más que por mis ojos.

La ilusión de encontrar a alguien que me dijera: “Yo tampoco... aprendemos juntos”, me hizo preocuparme por no llegar tan cruda al asunto.

## CARMEN MANNARINO

Nació en Los Teques, estado Miranda (Venezuela, 1936). Licenciada en Letras (Universidad Central de Venezuela) y Magister en Literatura Latinoamericana de la Universidad “Simón Bolívar”. Docente en Educación Secundaria y Superior (Pre-grado y Post-Grado), Investigadora de Literatura en el Centro de Estudios Latinoamericanos “Rómulo Gallegos” (Fundación CELARG); en el Instituto Universitario de Teatro (IUDET); en el Centro Venezolano del Instituto Internacional de Teatro adscrito a la UNESCO (ITI-Unesco) y en la Universidad “Simón Bolívar”. Narradora, escritora de ensayos literarios y crónicas literarias. Dicta cursos y conferencias de Literatura Venezolana y motivación a la lectura. Participa en foros, seminarios y encuentros literarios. Fundadora y Coordinadora de la Sección de Literatura Infantil y Juvenil del Banco del Libro durante 9 años (1966-1975). Fundadora y Gerente, desde 1995, de Ediciones Niebla, especializada en literatura para niños, jóvenes, y docentes de Educación Básica y Diversificada.

**OBRA LITERARIA:** Narrativa: *Era un mundo de rieles* (Los Teques, Biblioteca de Temas y Autores Mirandinos, 1981 y 1984. Crónicas y ensayos: *De propios y de extraños* (Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1986). *Obra poética y prosa de Enriqueta Arvelo Larriva* (Barinas, Fundación Cultural Barinas, 1987). *Bibliografía del teatro infantil en Venezuela* (Caracas, Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral (CELCIT), 1991). *Orlando Araujo: Violencia, nostalgia y bohemia* (Mérida, Universidad de Los Andes/ Fundación Cultural Barinas, 1995): Mención de Honor del Premio Municipal del Distrito Federal, Mención Investigación Literaria, 1996. “Dramaturgia de búsquedas, experimentación y crecimiento 1950-1969”, en *Dramaturgia venezolana del siglo xx* (Caracas, CONAC-ITI-UNESCO, 1997). Biografías de venezolanos del siglo XX para jóvenes, Caracas, Ediciones Niebla, Col. Huella: *Rómulo Gallegos niño, joven, adulto* (1998). *Francisco Tamayo, científico humanista* (2005). *Luis Beltrán Prieto Figueroa, un hombre país* (2007). *Alberto Arvelo Torrealba, la pasión del llano* (2005). *Luisa del Valle Silva, luchadora y poeta* (1998). *Orlando Araujo, el hombre y el escritor* (1998). *Mariano Picón Salas, el Humanista* (2005). Inéditos: *Obra teatral de Luis Colmenares Díaz*. Recopilación (piezas teatrales y ensayos), prólogo y notas. *Lucila Palacios*. Biografía (Colección “Biblioteca Biográfica Venezolana” del diario *El Nacional*). *Personajes de papel (Una tipología venezolana)*. Ensayos breves: *Miguel Otero Silva, prensa, humor y poesía* (Biografía). *Jesús Soto, artista cinético* (Biografía). *Ciudad del desencuentro* (Crónicas y ficciones).

(Del libro *Era un mundo de rieles*)

## UN MUNDO DE RIELES

El tiempo de la infancia se presenta asistido en mi memoria por una insinuación de rieles. Por razón de ellos vino mi abuelo desde la remota Francia, en los trajines de puntualidad por causa de idas y regresos gastó muchos años mi padre. En la historia de mi madre, fueron obligado sitio recreacional y hasta de destino. Los rieles presidieron mis ratos de expansión cuando niña. Mis pasos sobre ellos u orilleándolos siempre tuvieron sabor de aventura, de gozo o de curiosidad. Después fueron nostalgia.

Lustrosos al sol, ocultos en la niebla, sumergidos en los pozos formados por la lluvia, perlados de garúas o aéreos en el viaducto, vivían esa alternancia de apariencias como variación del estatismo. Luego del ajeteo de las locomotoras parecían la estela dejada por la vida en deslizamiento, rozada apenas con aquella otra estática y silente, soledosa, propicia para la rememoración o la melancolía más que para el estremecimiento.

Los rieles eran el aguardo paciente de la agilización y el silencio en acecho de nueva algarabía. El paso de vagones con pitazos estridentes, sonido de metales y penacho de humo negro evidenciaba la existencia de otros mundos, nos aguijoneaba el interés por lo desconocido. En la contemplación del paralelismo adelgazando en la distancia saborée lo inapresable, la sensación de poseer lo huidizo.

Los rieles son mi inevitable recurrencia. Como si mi vida siempre partiera y siempre regresara a través de esas líneas adheridas a un microcosmos oculto, resguardadas en el tiempo. Permanente insinuación que de modo irremediable me posee y revive ataduras telúricas.

Rieles. Siempre rieles.

## SENTÍ LA MUERTE UN DÍA

Esa mañana percibí en la casa un clima peculiar. Un ambiente agitado sin tinte de alegría. Era más bien zozobra en disimulo porque la niña no debe darse cuenta o se la llevan hoy de aquí. Entrada y salida de vecinos, del cura y de hombres extraños me situaban dentro de un acontecimiento inesperado. Mis pasos recorrieron el patio, atenta a los pormenores mi mirada. Al abordar el zaguán, un olor a nardos y malabares me indujo a voltear hacia la sala. Allí, en una cesta de mimbre tejida con cinta azul por los bordes, estaba el hermanito. Tenía hematomas en la cara y los brazos. Había sido vestido con la camisa blanca de organdí bordado y llena de alforcitas verticales, destinada al bautizo. Lo toqué y estaba frío, lo besé y vi sus ojos rígidos. No me atreví a alargar la permanencia y salí saltandito como había entrado, mirando a todos lados como poseída de una sensación delictuosa o portadora de un secreto hurtado a ocultamientos.

Voces, pisadas cautelosas, un turbador silencio ni siquiera alterado por el entrar y salir incesantes. El claveteo de la tapa de la urnita en la acera, casi en la esquina, para que mi madre no lo oyera sumida como estaba en su llanto contenido, iniciaron el adiós y en mí el vacío de ausencia. Yo había visto pasar entierros, frecuentes entierros en urnas negras portadoras de hombres o mujeres exterminados las más de las veces por la tuberculosis, según los comentarios tan propios de mi ambiente. Pero no era igual, aquellos eran otros, adultos y desconocidos. Esa vez fue el hermano esperado para juegos y diálogos y de cuyo lado, en sus seis días de vida, no me separé sino para las comidas, el baño y el descanso obligados. Su silencio había invadido mi pequeña vida y no sabía qué hacer. Hoy comprendo que entonces sentí la primera negación de algo entrañable. Contemplé su cunita vacía rodeada de tules y encajes inútiles, el moisés rebosante de ropitas bordadas en colores muy suaves, la tina azul del baño. Me acordé de su llanto quejumbroso por causa del frío y de su sueño con sonrisas cuando recibía el calor del anafe colocado debajo de la cuna. Quería

preguntar si todo volvería, o si por el contrario había concluido, o si vendría otro hermano a ocupar su lugar. No me atreví. Intenté sólo la averiguación pertinaz en medio del misterio.

A partir de ese momento, toda vez que sentí la necesidad de un compañero para indagar la vida de plantas, aves e insectos, para mantener la disciplina de la escuela de matas en el patio de la casa, con nombre y apellido cada una en la lista por orden alfabético y fila de entrada y de despacho en la mañana y en la tarde, siempre asomaba a mi recuerdo aquella figurita inerte, a la que despedí para siempre, casi sin darme cuenta, con un beso.

## TREN DEL ENCANTO

Los domingos estiraban el tiempo del fastidio. El día, liviano de ajetreos, extendía el silencio por el pueblo. La inercia colectiva pesaba, porque las distracciones eran reserva familiar, previstas reuniones. Las voces aglomeraban sus murmullos en puntos distanciados y fijos, donde grupos afines compartían alguna diversión de tiempo libre en galleras, clubes o bares. Un objeto rodante alteraba el silencio con su ruido metálico y de viento. El silbato anunciaba la cercanía de un cargamento de alegría bulliciosa. Verlo siquiera, aunque no se abordara, era como el desquite de la pautada inercia, de ese descanso semanal ayuno de emociones. El chirrido de raíles se hacía imperceptible bajo la algarabía de gente ilusionada con un día vegetal con decoración de cascadas. Las manos aleteantes se veían como aves alargadas y ocultas en círculos de humo. La bandada se nos iba acercando y descendía individualizada hasta completar humanas figuras dispuestas al saludo, al baile, a consumir bebidas contra el frío, previos a la esperada estancia con neblinas más densas. Las novias, llegadas días atrás para un temperar entre cerros y nieblas, acudían a esperar a sus enamorados que viajaban a verlas tan sólo los domingos. Años atrás, mi madre me contaba, iban con pajilla o camarita, dándole al ambiente un distintivo de sociedad.

En el andén se producía una fiesta improvisada antes de que la gente se internara en tupidos verdores, túneles y viaductos. En el trayecto se encendía la mirada con la múltiple llama de bucares en flor. Eucaliptos y pinos se disputaban la atención de viajeros, y prodigaban aires de pureza que sólo aquel Halcón contaminaba, aunque nunca se oyera esa palabra. Árboles centenarios extendían sus ramas hasta hacerlas techumbres, los helechos estaban agrupados en parajes para el feliz descubrimiento, escalones musgosos conducían hacia un encantamiento de pozos y cascadas o a quioscos donde se compartía el bastimento. Ya la locomotora era una hermana de tanto facilitar encuentros y atreverse con audacia a cortar el susurro de las hojas y el canto de los pájaros del frío. Ir y venir era la obligación de la esperanza, porque después de un día en el encanto, el deseo de volver surgía renovado. Además, ese encanto era gratuita recreación. Europa, Norteamérica o el Asia estaban reservados a los ricos, las islas del Caribe aún no eran atracción para viajes. El campo, nuestro campo de cerros, garúas y neblinas, atravesado por un tren incansable, tan cercano a Caracas, convocaba a través de los rieles, para sentir a Dios en sus creaciones y era marco de paz a los afectos. Esa naturaleza coadyuvaba a los encuentros impedidos por la vida en ciudad. O al menos limitaba con sus formalidades.

En las tardes, cuando el último tren cumplía su trayectoria de regreso, se reanudaba en el andén la fiesta. Todo eso se acabó. No podían disfrutarlo quienes en tributo a una violencia estéril, asaltaron al tren. La masacre se grabó inolvidable y el gobierno en tributo a una mirada corta hizo tapiar los rieles. El viaducto quedó como único testigo de la vía cercenada. Se acabó la estación y sus verdores, el andén sólo existe en el recuerdo. El tren, después de restituido, tuvo que entrecortar su itinerario, aunque mantiene, en su humilde prestancia, el eco de infinidad de voces, si no de existencias concluidas, de imposibles regresos.

## EL CASERÓN DE LA FUENTE

No me cansaba de mirar la fuente ni de apoyarme en su ovalada orilla. El mecanismo para elevar el agua hacía mucho no funcionaba pero yo me complacía en la espera de la multiplicación de unos peces heroicamente sobrevivientes en un agua inmutable, limosa, decidora de un tiempo de abandono o más bien de letargo. En el momento siguiente a cualquier impresión nueva la fuente era mi refugio. La parra cobertora constreñía mi mirada con hojas y racimos. Zarcillos vegetales concordaban en forma y abundancia con mis interrogantes. Cuántas interrogantes en ellas se enredaron sin contestación y otras tantas la vida en sitios diferentes respondió con discrepancias o relegó al suspenso.

Nunca una casa, entre las habitadas, sembró tanto vestigio. No era el tamaño, tampoco el jazminero, ni la dama de noche o el azahar con sus aromas envolventes; ni las guayabas o las pomarrosas, el loro parlanchín o las palomas. Era la casa misma. Su corredor abierto al patio de cemento cuarteado por cuyas grietas entraban y salían a sus anchas las hormigas. Era el espacio abierto para mirar el cielo a todas horas y la posibilidad de perderme embriagada entre la profusión de estrellas en las noches de luna. Era algo más también: la vida despertando a desconocidas sensaciones, el estupor consecuente de alguna emoción recién compartida, el comienzo de las laceraciones por dolor ocultado, la primera silueta de la soledad, los trazos iniciales de la nostalgia.

En fin, era la casa toda cobijando mis secretas ebulliciones y con ellas mis sueños enhebrados en los sarmientos del uvero.

El caserón de la fuente.

## CUEVA DE MISTERIO Y AVENTURA

La cueva está allá, en las afueras. Se llega orientado por las informaciones de vecinos, un poco a la buena de Dios o con baquiano, y por supuesto, con alguna audacia. En ella mora el espíritu del caci-

que y habitan unas visiones andantes que algunas veces permiten ver claridades en la entrada, capaces de dejar al descubierto el entierro milenario, y como esas mismas luces comunican desgracias a quien las mire, entonces es de obligación voltear hacia otro lado. Nadie se ha podido tampoco poner en el tesoro porque si alguien mueve la laja de adelante se descubriría la laguna de atrás, donde seguro se ahogaría. Total, ambos siguen custodiados por el miedo y el respeto de muchas generaciones, desde la llegada misma de los conquistadores en busca del oro de la zona. La cueva no es tan grande, pero son muchos sus misterios y encantamientos, razones de la parcial inviolabilidad. Son escasas las novedades encontradas por los visitantes hasta ahora; sin embargo, se mueven en su interior estremecidos ante la posibilidad de hallazgos. Mis amigos burlaban las prohibiciones hogareñas y allá se iban vereda arriba, agarrados a la maleza. Permanecían horas y horas en la cueva del indio mirando a todos lados y muy juntos, de dos en dos al menos, por si algún peligro les salía al paso. Nada espectacular hallaron nunca, y en comprobación de sus audacias nos obsequiaban piedras raras y un montón de relatos de peligros vividos en el lugar más misterioso del pueblo, eternizado por el reservorio de historias y decires, de cantos rodados, transmitidos por ancestro y como tradición, acerca de ese paraje tentador y no hollado en buena parte todavía, porque más vale no correr tamaños riesgos como los que se cuentan desde antes de que yo abriera estos ojos al mundo.

En las claridades ocasionadas por la huída de neblinas divisé mucho el cerro donde está la cueva. Con todo lo que oí e indagué fui construyendo mi propia descripción de ella y me le interné durante noches de insomnio, deambulé por su suelo rojizo de limonita, busqué los caminos secretos, me topé con la gran laja, y aunque tuve audacia para moverla, me faltaron fuerzas y la dejé intacta. En un momento creí haber divisado una de las entradas secretas, pero fue espejismo. Vi a una mapanare, luego a una cascabel, y como me aparté a tiempo, no me picaron. Si mal no recuerdo maté a una tigre mariposa con la ayuda de un bejuco cortado en el cami-



no. Con los ojos desmesuradamente abiertos me encandilaron las luces del entierro. Deslumbrada, pensé en todo lo que con él haría si me lo adueñaba, algo así como cuando Colón se sintió dueño y señor de las tierras conquistadas y empezó alucinadamente a distribuir las. Acto seguido regresé a casa sana y salva, con la alegría de haber corrido una nueva aventura.

## **Y SIEMPRE LA ESTACIÓN**

Los rieles se quedaron en el pueblo. Yo partí. Igual mis compañeros. Por años escapé a su enmarcamiento. Variados incentivos me atraían como delta en oferta de rutas tentadoras, por igual absorbentes.

Con los rieles nació en mí un ansia de viajar, de desplazarme, una sed de horizontes, aquel deseo de transponer la niebla y abordar los vagones hacia las lejanías adonde iban los rieles trazados por mi abuelo.

Mi regreso a la estación de ferrocarril, inexistente ahora, persiste sólo en vaguedad de nieblas. La evolución de una vida transformada en el aventamiento y la estancia en otros mundos, presentidos antes a través de los trenes, y en otros paraderos sin rieles y sin brumas, impelida por recuerdos vuelve insistentemente a su lugar de origen. Reiteración de andén, de paralelas líneas aceradas, de aleros y locomotoras que inevitablemente nos hablaron con pitos, penachos de humo negro, chirriar acompasado de metales, de la certeza y de la tentación por lo desconocido.

# ISSA MARTÍNEZ LLONGUERAS

ceramica65@yahoo.es

Nació en Ciudad de México (México, 1965). Es una escritora dedicada desde muy joven a la poesía. Comenzó a interrelacionarse con revistas literarias como *Letralia* (Tierra de letras) y *Almiar* (Grupo Margen Cero), entre otros grupos o foros literarios de Internet como Sensibilidades, Letraslibres y Archipiélago, entre otros; siendo publicada y comentada favorablemente. Obtuvo el 1er. lugar en el Primer Concurso de Poesía “Letras y Silencios”, con “Poema de Despedida”, también fue finalista en varios concursos realizados por el Centro poético (España, 2003, 2004, 2005), y en el Concurso Internacional de Poesía “Paseo en Verso” (España, 2004).

**OBRA LITERARIA:** Tiene publicado el poemario *Incienso de madrugada triste* (Mérida, Venezuela, La Escarcha Azul, 2006). Algunos de sus textos han sido publicados en la *IV y V Antología Internacional de Sensibilidades* (Madrid, 2003 y 2004), y en la *VI Antología de Oro de Sensibilidades* (Madrid, 2005); así como en la página literaria “*Al pie de la Letra*” (No. 18), de la Asociación de Escritores de Mérida (*Diario Frontera*, Mérida-Venezuela (24/03/2004)). En la Revista *Mundísimo* (Argentina, 2005), en la II Antología de poesía Erótica de la Asociación de Escritores de Mérida, Venezuela: *Larghetto ma non troppo*; y en la II Antología de narrativa: *Humor sin extrema-unción* (AEM/ CENAL, 2005), y en la Antología para jóvenes *Deleite Literario II* (Mérida-Venezuela, Editorial La Escarcha Azul /Centro Nacional de Libro, CENAL, 2006). Ha realizado reseñas y prólogos a diversos libros entre los que destacan *Ditirambos: entre viajes y fantasías*, de Luis E. Prieto (Madrid, Alternativa Editorial, 2005). Participó con un capítulo en la novela colectiva: *La Memoria de los Triángulos*, ideada por el escritor Xabier González, editada en Galicia por Alternativa Editorial (2005). En formato PDF, participó con un poemario para niños en la *Antología Infantil Andersen*, y en la primera *Antología electrónica de Forum de Letras Libres*. Actualmente es Subdirectora de la revista literaria, en formato digital, *palabrasdiversas*, de publicación bimestral: [www.foroarchipelago.com](http://www.foroarchipelago.com) [www.palabrasdiversas.com](http://www.palabrasdiversas.com)

## **I**

Es el atardecer:  
como gota de miel  
que llueve  
en el suspiro del horizonte.

## **II**

Rompe la voz del gorrión  
la brisa matutina,  
y son sus alas  
un abanico musical  
que me da los buenos días.

## **III**

Son dos pétalos que flotan  
las alas de las mariposas,  
a veces pienso que son flores  
que tiñen el espacio de colores.

## **IV**

Llega la primavera  
con su sonrisa alegre  
que pinta de verde  
la sed de la hierba.

## **V**

Si fuera mago  
agitaría mi varita mágica  
sobre el hambre de la tierra,  
si fuera mago  
sacaría de mi sombrero  
padres y madres  
para los niños huérfanos.

## VI

Canciones de la lluvia,  
voces de agua  
que lavan la ciudad.  
Música transparente  
que me arrulla  
del otro lado de la ventana.

## VII

Mamá:  
cuando sea grande  
compraré un pedazo  
de campo fresco,  
y te haré un anillo  
de esmeraldas.

## VIII

Niña  
mirada de aceituna,  
niña  
con la noche  
en los cabellos,  
niña mía...  
está la luna  
celosa de que te quiera.

## IX

Que venga el sol  
con su ramillete  
de luces amarillas  
a calmar el frío  
de las flores del jardín,  
que venga el sol  
con su risa cálida  
a levantar la cara  
de los girasoles dormidos.

## **X**

El señor campo  
se ha perfumado  
de tierra mojada,  
en la solapa  
lleva un rayo de luna,  
y al baile lleva de la mano  
a todas las flores  
con sus vestidos de arcoiris.

## **XI**

Tan grande  
como la montaña,  
es mi padre.  
El dice que no,  
que es mi amor  
el que lo ve tan grande.  
Yo le digo que no,  
que es mi amor  
más grande que la montaña.

## **XII**

Son las nubes:  
tinta blanca  
que dibuja palomas  
conejos y lagartijas  
en pizarra azul celeste.

## **XIII**

Princesa  
de los jardines,  
hada de las flores,  
es la rosa engalanada  
de terciopelo escarlata.

#### **XIV**

La poesía  
es el canto  
de la madrugada,  
y el silencio dulce  
de la mano de mi madre:

La poesía  
es la voz  
de la noche  
en el canto  
de los grillos.

La poesía  
es la risa que ilumina  
los rostros  
de los niños pobres.

#### **XV**

Cristalina  
la canción  
del río,  
que acaricia  
la sombra  
de los árboles.

Rápido  
o lento  
su galope  
que nunca  
se cansa...

# RUBÉN MARTÍNEZ SANTANA

rubenmartinezsantana@hotmail.com

Nació en Caracas (Venezuela, 1964). Comunicador Social (Universidad Central de Venezuela, 1990), Director teatral, titiritero, cuentacuentos, compositor. Premio Nacional de Cuentos para Niños (Ministerio de Educación, Caracas, 1998). Premio Nacional de Texto Informativo para Niños (Ministerio de Educación. Caracas, 1998). Premio de Dramaturgia Infantil Aquiles Nazoa (Caracas, 1998). Premio Nacional de Narrativa Breve (Secretaría de Cultura del Estado Aragua, 1995). Premio Teatro Infantil Nacional (TIN. Caracas, 1992) y Municipal de Teatro (Municipio Libertador, Caracas, 1991). Es coautor y actor en la serie televisiva para niños Juana la Iguana (Mención de honor en The Film Council of Greater Columbus, Ohio, 1996). Fue pionero del movimiento de narración oral en Venezuela (grupo Cuentos bajo la Sombra) y contribuyó en la creación de narradores orales en Chile (1993-1994) y de grupos de cuentacuentos en Cataluña (2002-2005). Ha actuado en festivales en Colombia, Egipto, Israel, Grecia, Argentina, Chile. Actualmente reside en Barcelona, España, desde 2001. Autor de los discos *El diario de Darío* (1995); *Babilonia D.F* (1999) y *La ópera del silencio* (2001). Actualmente dirige el grupo de teatro Altosf Barcelona con el que ha estrenado la pieza “Ten” (2005) y “SIS: Odisea” (2007). Trabajó como titiritero (cover) en el programa “Los Lunnis”, en TVE (2006), les escribió la obra teatral “Lucrecia y los Lunnis”, estrenada en el Teatro Tívoli, Barcelona (2006). Escribe para el programa MIRASATELE, de la televisión autonómica de Baleares (2006). Dicta talleres del método altosf en Maastricht, Holanda. Es profesor del programa “Atrapa la Paraula”, de la Xarxa de Biblioteques de la Generalitat de Catalunya. [www.rubenmartinezsantana.com](http://www.rubenmartinezsantana.com)

**OBRA LITERARIA:** *Magos, ranas, puertas y sucesos menores* (1ra. ed. Litterae Editores, 1993), *El libro de los libros* (Caracas, Isabel de los Ríos, 1995), *Carruselimbo Circus Mágica* (Isabel de los Ríos, 2000), *Dragones y telones. Dos piezas de teatro en verso para niños* (Comala. com, 2000). *Magos, ranas, puertas y sucesos menores* (2da. ed. Comala. com, 2000), *Sopotocientos problemas Difíciles, y un Secreto* (Isabel de los Ríos, 2004), *Un Gato en una Esquina* (Editora El Nacional, Caracas, 2007). Sus cuentos han sido publicados en el diario *El Tiempo* (Bogotá, 1990); *El Mercurio* (Santiago de Chile, 1993); y en distintas revistas como *El Espantapájaros* (Colombia, 1995), *Letras* (Caracas, 1991-96), y *Le Monde Diplomatique* (Edición Española. Diciembre, 2006), así como en la *Antología Narrativa de Aragua 1970-1995* (Secretaría de Cultura de Aragua) y *Libro a Cien Manos: Antología de Festivales* (Editor Pacho Centeno, Bucaramanga, Colombia, 2005).

(De el libro *Sopotocientos problemas difíciles (y un secreto)*)

**ALTERNATIVAS** (\*) Una sola situación, pero varias cosas que se podrían hacer. Y puedes escoger sólo una.

### **ABUELA**

Si un día entras a tu casa y al abrir la puerta ves a tu abuela flotando feliz en medio de la sala ¿Qué haces tú?

a.- Corres a decírselo a mamá, porque la abuela no tiene la costumbre de flotar los martes, y hoy es martes

b.- Esperas que sea domingo, le das la otra punta de una cueredita, y sales a pasear con ella por el parque

c.- Le ruegas que baje ya y que te preste sus lentes, porque tú también quieres flotar...

### **ESCUELA**

Un día llegas a la escuela y cuando entras a tu salón, todos están paralizados. Eso no es problema porque tú dices las palabras mágicas y los descongelas. Entonces tus compañeros te dan las gracias y te cuentan que se paralizaron de lo impresionante que les parece la noticia que les acaba de dar el director por los altoparlantes: Tu maestra ha sido raptada por el dragón Facundo Facundes Facundeiro. ¿Qué haces tú?

a.- No hay problema. Facundo Facundes Facundeiro es amigo. Cuando rapta a una maestra, siempre la devuelve.

b.- Con los mismos poderes mágicos con los que descongelaste a todos, haces aparecer 22 pizzas vegetarianas y se dan un festín mientras esperan que el director vaya a rescatar a la maestra. Después de todo, el dragón es suyo.

c.- Con los mismos poderes mágicos con los que podrías hacer aparecer 22 pizzas, te conviertes a ti mismo en un maestro y le haces la suplencia a tu maestra dando clases de trompo, perinola y ciencias de la tierra.



**MANUAL** (\*) Para saber cómo se hacen ciertas cosas

## **CÓMO ESCUCHAR LOS PASOS DE UN ÁNGEL**

Debe haber dos que quieran escucharlos.

Deben mirarse fijamente a los ojos. Deben hacer mucho silencio. El silencio tiene un sonido particular. Oírlo. Oírlo mucho y mirarse mucho.

Al principio tal vez no se escuche nada. No importa. Oír. Oír mucho y mirarse mucho. Quizás no sea un sonido muy claro. Quizás se escuche como un secreto dicho desde muy lejos.

Oír. Oír mucho y mirarse mucho.

En el fondo, el silencio guarda los secretos de los ángeles.

Comentario: Si luego de mucho tiempo aun no se oye nada, lo mejor es insistir. Es muy probable que durante esta operación sus respectivos ángeles de la guarda estén escuchando, escuchando mucho y mirándose. En este caso hay que afinar el oído, pues lo que se puede escuchar es el aleteo constante y casi inmóvil de sus alas.

(De *El libro de los libros*)

## **EL LIBRO DE AVENTURAS**

El niño le pidió a su papá que le leyera un cuento.

—¡Uno de aventuras! de esos que hablan de personas que viven en tierra firme. Que hable de sus casas muy altas y que cuente cómo viajan sobre *carros*. Ese cuento que habla sobre un niño que va a la *escuela* y come *meriendas* y enciende *televisión*.

El papá engarzó la manta con su garfio y arropó al niño.

—Ya es muy tarde. Tienes que dormir. Mañana al mediodía tenemos trabajo.

Papá se despidió con el beso de buenas noches. El niño alzó los hombros con resignación y desde su cama escuchó los pasos de papá, alejándose, hasta que el golpeteo de la pata de palo se confundió con el rechinar de las maderas del galeón, el rumor sereno del agua y el canto dulce de las ballenas.

## BEATRIZ MENDOZA SAGARZAZU

Nació en Valencia, estado Carabobo (Venezuela, 1926). Poeta y narradora. Profesora de Historia del Arte. Recibió el Premio de Poesía José Rafael Pocaterra (Valencia, 1964) y el Premio Municipal de Poesía en 1966 (Caracas), por el poemario *Concierto sin música*. Fue asidua colaboradora de varios periódicos y revistas literarias, como Ancla, Clima; El Carabobeño, Aborigen, Revista Nacional de Cultura, Tricolor, Más páginas para imaginar y Papel Literario de El Nacional.

**OBRA LITERARIA:** (Poesía): *Cielo elemental* (Caracas, Poligráfica Nacional, 1948), *Al sexto día* (Caracas, De´ Suze, 1957), *Tarea de vacaciones* (Caracas, artegrafía, 1977), *Concierto sin música*. (Prosa): *Viaje en un barco de papel* (Caracas, Jaime Villegas, 1956) y *La muerte niña* (Caracas, Monte Ávila, 1978). Compilación antológica de autores venezolanos: *La infancia en la poesía venezolana* (Caracas, Fundacademus/ Presidencia de la República / Fundación del Niño, 1983). (Poesía): *Esta sombra creciente* (Caracas, Contraloría General de la República, 1992).

(Fragmentos de *La muerte niña*)

Busco el hilo que me une a la niña que fui yo hace ya tantos años, y solo encuentro el tiempo indiferente y rítmico, cumpliendo su trabajo de destrucción y muerte.

Volvía después de mucho tiempo. No era la primera vez. Pero nunca había tardado tanto en regresar. Una vaga inquietud me rondaba como si presintiera algo extraño aguardándome. Y tuve miedo. Ya antes de entrar a la casa tuve miedo y me acometió un súbito impulso de escapar. De huir lejos...

(...)

Y fui por las calles de la ciudad al encuentro de la calle de mi infancia. De una casa encalada, de un patio... y unos árboles...

Pero todo había cambiado. El cemento había invadido la ciudad y el último pájaro había abandonado los aleros de las casas. Fui testigo de un mundo que moría, sin saberlo...

(...)

La casa fue antes que nosotros. Y fue de nosotros. Pero no será de los que vengan después de nosotros.

Testigo fui de su derrumbe. Tal vez cayó con la abuela una tarde de octubre. Tal vez después a golpes de piqueta cuando la furia civilizadora destruyó sus muros. Quizá fue muriendo con pequeñas y sucesivas muertes cuando alguien de la casa partía para no volver, o simplemente cuando el agobio económico se remediaba momentáneamente con la venta de un helecho, un mueble o una lámpara.

(...)

Dos mundos convivían en la casa. Sin límites. Separados con barrera invisibles que no eran fáciles de saltar.

De primera impresión no se precisaban diferencias. Pero, de pronto un silencio o una voz susurrante señalaban distancias inconmensurables. Las personas mayores tenían siempre conversaciones que pretendían mantener fuera de nuestros conocimientos. Y nosotros, los niños, compartíamos en secreto las pequeñas cosas que lográbamos adivinar.

(...)

Mi padre era rubio, delgado y hermoso. Mi madre era bella, menuda y morena.

Mi padre miraba con luz de relámpago. Mi madre con soles mojados en azúcar.

Mi padre era fuerte. Bastaba su voz. Un gesto. Pensar: está aquí. O viene. Mi madre era suave, sosegada, tibia. Todo era más fácil a su lado. Cálida.

Mi padre ordenaba. Mi madre, entre ríos de leche y helechos, callaba.

Mi padre era el héroe llegando a caballo por la tarde pálida. Mi madre, la sombra que siempre aguardaba. Mi padre era el viento. Mi madre, la hierba. Mi padre era el mundo. Mi madre, la casa.

Este es el retrato que la niña guarda.

(...)

El antiguo piso de cemento se había agrietado y formaba una extraña red. Sus rayas estaban tan pronto juntas como separadas. Desiguales.

No era temor. Pero algo indefinido y turbio se agitaba en mí si pisaba alguna raya. Por eso mis pasos al salir de la casa perdían

su ritmo habitual. A veces eran cortos. A veces, largos. Y, ¡ay!, si se equivocan. Tenía que volver atrás.

(...)

Un día descubrí que con solo quererlo, podía aislarme. Separarme de los demás. No necesitaba buscar el refugio de la abuela o el de los grandes árboles para hacerme inaccesible. Era suficiente un acto de voluntad. Callar una frase. Mirar fijamente sin un parpadeo. Insinuar una sonrisa.

(...)

¿Cómo harán las palomas para volar juntas, en perfecta formación, y virar de pronto, y regresar el vuelo sin que tropiecen sus alas extendidas?

(...)

Entonces el tiempo no existía. O al menos no me daba cuenta de su transcurrir. Se alargaba lento y perezoso, por entre largos, interminables días y noches cortísimas, perdidas casi siempre en sucesivos olvidos.

(...)

Ya no es sorpresa. No es vértigo. No es nacimiento de manantial. Ni continuado fluir. Ni siquiera remanso.

Sigue obstinada. Pero ajena. Vibrante. Hermosa, pero fuera.

Si apenas puedo mirarla. Entrever su perfil. Atisbar su paso. Casi huella.

Del lado de la sombra ya.

(...)

No fue su muerte la que dio sentido a la palabra tiempo. Ni siquiera la pena que su muerte me causara.

Fue la certeza, un día, de que el olvido había borrado hasta el último vestigio de su paso por el patio y de que ya, la húmeda ternura de la venadita me lamía, mansa, desde lejos...

(...)

De lejos me alcanzan voces oscuras, pasos que no dejaron huellas, rostros, nombres... Quedaron perdidos para siempre, pero terca, obstinadamente se resisten a morir.

(...)

# PABLO MORA

moraleja@telcel.net.ve

Nació en Santa Ana del Táchira (Venezuela, 1942). Licenciado en Letras en la Universidad Católica “Andrés Bello (1966) de San Cristóbal, Estado Táchira, Venezuela. Obtuvo doctorados en Psicopedagogía y en Periodismo en la Università degli Studi di Torino y La Università Cattolica del Sacro Cuore de Milán, Italia, respectivamente. Ejerció el magisterio desde 1969 y la docencia universitaria desde 1973 a 1994. Profesor Titular Jubilado de la Universidad Nacional Experimental del Táchira (UNET), de la que fue Director de Cultura y Asesor del Despacho Rectoral de la (UNET), en el área comunicacional 1992-1999. Autor de la Letra del Himno de la (UNET). Premio Mención Poesía de la I Bienal Nueva Esparta de Literatura, Venezuela, 1991, por “*De la noche insomne*”. Premio en la categoría Ensayo por *La Razón del Tiempo La Universidad Venezolana de cara al Siglo XXI*, obtenido en el Concurso de la Gobernación del Estado Táchira, Venezuela, 1998.

**OBRA LITERARIA:** Poesía: *Almácigo* (El Parnasillo, San Cristóbal, 1978). *Almácigo 2* (Ediciones Rondas, Barcelona, 1980). *Almácigo 3* (Presidencia de la República, Caracas, 1982). *Almácigo 4* (*En Tiempo de Guerra*, Imp. Formas Lem, S.A., San Cristóbal, 1985). *Almácigo 5* (El Parnasillo, San Cristóbal, 1986). *Franja fecunda* (Tipografía Cortés, San Cristóbal, 1989). *De la noche insomne* (Porlamar, Fondene, 1992). *Almácigo 6* (*En Tiempo de Paz*, Edit. San Sebastián, San Cristóbal, 1993) *Cuenta abierta* (UNET, San Cristóbal, 1993). *Plaquettes varias* (San Cristóbal, 1981-1992). *Asombro al descubierto* (Ediciones Mucuglifo, Editorial Venezolana, C. A., Mérida, 1996). Antología: *A coro con el asombro* (Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses, N° 171, (UNET) 2000). *Parte de asombro* (Ediciones Erato, patrocinado por el Decanato de Postgrado de la (UNET), 2000). *Insomnio terminal* (Ediciones Erato, San Cristóbal, 2002). *Cuarenta mil millardos de millas de hombres luz* (Nadie Nos Edita, San Cristóbal, 2002). *Palabra insomne* (Nadie Nos Edita, San Cristóbal, 2003). Ensayos: Divulgados en “Espéculo”, Revista Electrónica de Estudios Literarios de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid (España), Nos. 9 a 26 de los años 1998 a 2004. Su obra se encuentra en la web <http://www.poesia.org.ve/> donde edita a otros autores bajo el nombre de Poiesología <http://www.poesologia.com>

(De *Asombro al descubierto*)

**SAL LUCERO DEL ALBA** sal y mira  
Fulge tranquilo en cada bosque en celo  
Fabrícalle sonrisas a la lágrima  
al azul una escuela vespertina

Lanza al viento un tropel de papagayos  
alza en tus manos la fugaz dulzura  
enciende tú la paz sobre la celda  
la gota roja en la espesura apaga

En luceros transforma la centella  
escucha de cuclillas a la rosa  
sacúdele la pena a la atarraya

Confíesale a la piedra tus secretos  
celebra el cumpleaños a los árboles  
alarga el día al callejón sombrío  
enarbola tu canto en cada aldea

Al herbaje desteje sus crinejas  
al agua los rastrojos y botellas  
No te olvides de darles de beber

**SER TRIGO** pan espiga sueño niño  
Hundirse hurgarse ser sentirse serse  
Asombrarse del silencio de la rama  
y más del silencio de la hoja  
que apenas si nos oye

Creernos indispensables todavía  
para el terrazgo que nos queda  
Maravillarnos del discurso del agua

Acabar con la guerra que nos cruza  
la noche que nos cruza  
el hambre que nos cruza

Asomarnos al canto de los árboles  
Escuchar el aplauso de los pájaros  
cuando revienta en diapasón el día  
a pesar del estruendo de las hambres

**SI ARRULLO** si susurro si alalá  
si sonata trisagio o cantinela  
¿Un cristofué ensayaba cante jondo?  
¿Una acacia quejábbase del sol?  
¿Una paloma cortejaba a Dios?  
¿Un colibrí rezaba por el hombre  
o tal vez el quejido del asombro?  
¿Hacía el amor una pomarrosa  
o el aire desafiaba a la arboleda?  
¿Acaso era el entierro de una hormiga  
o la muerte de ronda por la tarde?

**DESCIENDE POR FAVOR** a sus entrañas  
verás que el corazón de los poetas  
es un injerto de desierto y luna

Amigo de la sombra y sus caudales  
de la sombra difusa de la muerte  
de las maneras de morir al día

Revelarás el Triunfo del Poeta  
Saberse polvo polvo enamorado  
velando a pensamientos desatados

**¿QUIÉN LE ROBÓ** las ranas de la infancia?

¿La caña de carrizo y las lombrices?

¿El trompo la cometa el aeroplano?

¿Quién oxidó el metal de sus patines?

¿Quién guardó en el cajón la bolondrona?

¿Quién le escondió los cromos beisboleros?

¿Quién le apagó la luz de su mirada?

¿Quién cercenó de cuajo su horizonte?

¿Quién le fundió la luz al caminante?

¿Quién le robó su vida repentina?

¿Quién le robó sus versos tan temprano?

**SE CALLARON LAS NUBES** las estrellas

los deseos desiertos y destierros

las pisadas los gatos y sus pasos

los ojos los umbrales y febreros

los lechos las distancias los cubiertos

las rendijas ramajes y mendigas

las arrugas tinajas y mendrugos

las selvas los diluvios y salarios

Los torrentes los truenos y los tigres

los ratos los asombros y los cómo

los números los géneros los modos

los otros las orillas los espejos

los amores las lágrimas y comas

las tristezas las hembras las trincheras

los brindis las pantuflas y los guiones

los aplausos los gallos los cambures

Sea grito la vida del que viva

Sea muerta la muerte repentina

la vida del que viva en vida muerto

Grítale mientras vivas al silencio

Suspírale a la vida mientras vivas



¡Levántate Esperanza con el vino!  
¡Levántate Esperanza y anda y vive!  
¡Levántate Nadiejhda y sobrevive!

**ENTRE DESIERTO** noche y luna  
entre selva  
fulgor y soledad  
única forma de ser otro  
siendo un poco menos uno mismo

No somos nosotros los que decimos las palabras  
sino él el otro el que a nosotros nos falta  
o con nosotros va  
cuando abrazados a un árbol nos vemos en su sombra

No entiendo por qué escribo estos versos  
si sé muy bien que otros los escribieron por mí

Sucede que nos cansamos de andar con la palabra propia  
sin el crujido ajeno  
Sucede que es bastante dos cuerpos  
el de todos  
y el nuestro  
demorados

**NOCTURNOS** en viaje permanente  
hacia el humanecer de todos  
donde tu pan mi pan sean el mismo pan  
y todavía quede para los que vengan

Las blondas del ensueño el cólera del humo  
el bochorno de los panes  
las sombrillas del corazón  
el desierto de las bolsas  
o las zapatillas de las brujas

Escarbo la noche  
me propongo a mí mismo lavarme de todo el asco  
que no hay más magia que el papel en blanco  
nutriéndose del caldo de la vida

Si pregunto quién soy me lleno de desprecio  
Uno no es más que incertidumbre  
Tengo miedo de mí cuando me escucho  
cuando escucho a Juangriego en mi garganta  
Me has vuelto más camino  
    Cuando el tifón levante tempestades  
        en tu mar bramará mi poesía

### **SOLITARIO INSOMNE**

quien navega hacia adentro de su asombro  
quien frente al mar llora alguna pena  
o busca entre las olas una carta en llanto

Quien cuenta los pasos a la estrella  
quien se deja llevar por el aire entre la noche  
cuando sobre la tierra sólo existen un cielo abierto  
        un solitario insomne  
    y una ola que cae o una estrella  
        que sube de mano de la luna

Quien sabe de la muda orfandad de los samanes  
de los racimos del hambre y la miseria  
de la solemne soledad de los agostos  
del carcomido silencio en soledad deshabitada  
de los ojos abiertos de los ciegos  
del estridente relincho del rayo de los pájaros  
Quien navega por la aireada sombra de los árboles  
    aunque pronto su pie desaparezca  
    en el amplio horizonte donde sueña  
    en el zaguán del tiempo deshojado

**LA NOCHE** es una fiesta larga y sola  
La noche duerme al fondo del amor  
Golpea con leves nudillos en la puerta del roble  
Sobre la noche un hondo sordo rumor de bosques

La noche nos gobierna  
De la noche ascendemos a la mejor claridad  
para dar con los cielos y hacer de la luz su canto  
Solas las aguas quedan en la noche

La noche del insomne es la más oscura  
Si alguien dio nombre a la noche fue un insomne

Venimos del insomnio y hacia el insomnio vamos  
tras un amanecer que al fin alumbre  
un día con la noche esclarecida  
de azul mañana que la fe vislumbra

### **MIRAR EL HORIZONTE**

sin hacerle caso

Saber del hospedaje del silencio  
mientras la muerte nos espera un rato  
mientras la tarde se despide lenta  
mientras la noche hacia la selva viaja

Hacer caber a Dios en un dedal  
al Sol en el ojo de una hormiga  
al mar en los labios de una perla  
mientras la luz ensimismada duerme

### **¿DÓNDE MÁS JUEGO**

amoroso de palabras  
que en la infancia?

Flexión

espesor de la palabra  
Feracidad azul feracidad  
el paso respetable de una hoja  
por las aceras de la tierra aurora

## **VÁMONOS**

al compás de las estrellas  
lo dice el viento  
en alas del silencio

Proclamemos la fe que nos convoca  
antes del alarido y la amargura

Echemos una flor en el bolsillo  
acaso alguien afuera nos la pida

También una canción en la mirada  
para dar con el canto del asombro

## AQUILES NAZOA

Nació en Caracas (Venezuela, 1920), murió entre Caracas y Valencia (1976). Escritor, periodista, poeta y humorista, quien proyectó a través de su obra los valores de la cultura popular venezolana. Desempeñó múltiples oficios hasta que logró trabajar en el diario caraqueño *El Universal*, luego en el diario *Últimas Noticias*, comenzando a publicar sus poemas humorísticos en la sección «*A punta de lanza*», con el seudónimo «*Lancero*». También en este período se incorpora al semanario satírico *El Morrocoy Azul* donde desarrolla sus dotes como humorista, publicando con el seudónimo de «*Jacinto Ven a Veinte*», sus poemas *Teatro para leer*. A partir de agosto de 1943, empieza a colaborar en el diario *El Nacional*, colabora con las revistas *Élite* y *Fantoches*. En 1948 obtiene el Premio Nacional de Periodismo en la especialidad de escritores humorísticos y costumbristas. En 1953, el *Morrocoy Azul* pasa al control del gobierno, lo que ocasiona que se dedique a la revista humorística *El Tocador de las señoras*. Colabora con la revista *Dominguito*, fundada en 1958 por Gabriel Bracho Montiel y en marzo de 1959, crea junto a su hermano Aníbal la publicación humorística, *Una señora en apuros*; de la que salieron pocos números. Igual aconteció con *El fósforo*, aparecido en 1960.

**OBRA LITERARIA:** En 1945, aparece en Caracas su libro *El transeúnte sonreído*; en 1950 sus libros *El Ruiseñor de Catuche Marcos Manauere*, *idea para una película venezolana*, con prólogo de Juan Liscano. En 1960 aparece en Caracas su libro de poemas *Caballo de manteca* y, a partir de ese momento, sus obras dentro del género poético se reeditan abundantemente y son recogidas en la compilación *Humor y amor de Aquiles Nazoa*, publicada en Caracas, en 1970, con múltiples reediciones. Además, produjo trabajos en prosa y ensayo como *Cuba, de Martí a Fidel Castro*; *Caracas, física y espiritual* (Caracas, 1967), con la que ganó ese mismo año el Premio Municipal de Literatura del Distrito Federal. En 1966 publicó una compilación titulada *Los humoristas de Caracas*. Durante la década de los 70 preparó *La vida privada de las muñecas de trapo*, *Raúl Santana con un pueblo en el bolsillo* y *Leoncio Martínez, genial e ingenioso* (publicado después de su muerte), dicta charlas y conferencias, mantiene un programa de televisión titulado “Las cosas más sencillas”. En 1980, en su memoria se creó en la UCV la cátedra libre de humorismo «Aquiles Nazoa», 1980.

## REENCUENTRO

Después de tantos años  
Volvimos a encontrarnos... ¿Lo recuerdas?  
Ya en el lento crepúsculo asomaban  
las primeras estrellas,  
y el cielo parecía, de tan limpio,  
que le hubieran pasado una coleta.

¿Qué podía decirte sino: “Hola”  
interjección bisílaba que emplean  
a modo de saludo  
dos seres conocidos que se encuentran?

Y te tendí la mano,  
y me tendiste tú la mano aquella  
que un día fue la mano que más quise,  
la mano que más quise en esta tierra,  
sin sospechar que luego aquella mano  
sería para mí la Mano Negra.

De la “boite” \* a la íntima penumbra,  
cogimos una mesa:  
yo pedí una ensalada de gallina,  
tú pediste paella,  
y diciendo: –Olvidemos el pasado,  
te pegaste a comer como una fiera.

Luego vino aquel brindis con mondongo  
que te puso tan lírica, ¿recuerdas?  
Y tu conversación fue como un bálsamo  
que a perfumar viniera mi tristeza.

Nunca llegó una voz tan a lo hondo  
de mi alma de poeta,

como cuando me hablaste, entre sollozos,  
de lo cara que estaba la manteca.

Ni miraron mis ojos unos ojos  
iluminarse de una luz tan tierna  
como cuando mirándome a los míos,  
como buscando en ellos la respuesta,  
con infantil afán me preguntaste:  
si daban urticarias las arepas.

¿Cuánto tiempo duró nuestro coloquio?  
No sé. Mi corazón sólo recuerda  
que en el instante en que abrazarte quise,  
cuando ya estabas en mis brazos, trémula,  
recordando a tus hijos  
me dijiste: –¡No, espera!  
Y cayendo a mis plantas de rodillas,  
como una mártir griega,  
recogiste una rueda de pescado  
que andaba por debajo de la mesa.

\* boite (buat): discoteca

## **FÁBULA CON LORO**

A la fuerza bruta del toro  
quiso oponer el loro  
“la desarmada fuerza de la idea”,  
y apenas comenzada la pelea,  
aunque vertió sapiencia por totumas,  
del loro no quedaron ni las plumas.

Así muy noble, justa y grande sea,  
si no se tiene a mano algo macizo,

Por sí sola, lector, ninguna idea  
sirve para un carrizo.

## **FÁBULA CON ZORRO Y GALLINITA**

Viendo una gallinita enfermo a un zorro,  
Acudió conmovida en su socorro.

Y lo trató tan bien  
que el zorro se curó en un santiamén.  
Y el final fue que el zorro de este cuento  
dio una fiesta exquisita.  
Y celebró su restablecimiento  
comiendo gallinita.

## **COSTUMBRES QUE DESAPARECEN**

Hoy quiere hacer memoria  
mi pluma costumbrista  
de una vieja costumbre  
que ya nadie practica;  
una costumbre de esas  
que están hoy extinguidas  
y a la cual en Caracas  
le deben hoy en día  
su renombre y su fama  
muchas grandes familias.

Antes en las pensiones  
y casas distinguidas  
cuando alguna señora  
mataba una gallina  
tiraba para el techo



las patas y las tripas  
y a los pocos minutos  
ya estaban ahí arriba  
diez o dice zamuros  
que a comerse venían  
las tripas y las patas  
que botaba la misia.

A veces uno de ellos,  
por estar de egoísta  
el vuelo levantaba  
llevándose una tripa,  
y en la tripa enredada  
una teja se iba,  
por lo cual en Caracas  
una casa no había  
que no tuviera siempre  
varias tejas corridas.

Pero a pesar de eso,  
seguían las familias  
tirando para el techo  
las patas y las tripas,  
y cuantos más zamuros  
al tejado venían,  
más contenta en la casa  
la gente se ponía,  
pues aunque le volvieran  
el tejado papilla,  
en aquella Caracas  
los zamuros servían  
para que el vecindario  
viéndolos ahí arriba  
conociendo las causas  
se murieran de envidia.

¡Qué costumbre tan bella!  
¿Qué costumbre tan lírica!  
Bastaba que en el techo  
de la casa vecina  
alguien viera un zamuro  
comiéndose una tripa  
para que de inmediato  
corriera la noticia:  
—¿Te fijaste, fulana?  
Voltea para arriba.  
¿Qué tendrán las Mengánez,  
que mataron gallina?

# LUIZ CARLOS NEVES

cururu@cantv.net

Nació en Musambiño, estado de Minas Gerais (Brasil, 1945). Desde 1983 vive en Venezuela. Es abogado, con maestrías en Derecho del Ambiente, contaminación y Molestias Ambientales. Es miembro del grupo “En Cuentos y Encantos”. Ha dictado más de 200 talleres de narración oral y ha presentado varias ponencias en eventos nacionales e internacionales. Es investigador y docente en literatura infantil, dramaturgia y escritura creativa. Traductor de literatura infantil y co-director del suplemento infanto-juvenil PROSOEMA, del Semanario “La Razón”, Caracas; co-director de la revista venezolana de literatura infanto-juvenil on-line PROSOEM@ y miembro de la Junta Directiva de la Cátedra Latinoamericana de Literatura Infantil José Martí. Fue acreedor del Premio I y III Biental de Literatura Infantil “Luis Bouquet”, género cuento, del Ateneo de Valencia, (1987 y 1989), Premio Cuento y Premio Poesía del IV Concurso Nacional de Literatura Infantil “Miguel Vicente Pata Caliente”, de la Fundación Cultural Barinas (1990 y 1991), Premio Poesía infantil I Biental Nacional de Literatura Mariano Picón Salas (1991). Premio Concurso Enka de Literatura Infantil (Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia (1992), por la novela “Carabela, calavera”.

**OBRA PUBLICADA:** Escritor con más de treinta obras publicadas. Entre sus títulos editados en Caracas, por la Editorial Isabel de Los Ríos, entre otras editoriales, en coedición o no, destacan: *Marita y el globo, cuentos para contar* (1986). *La gotica testaruda y otras fábulas* (1987), *¿Quién se tomó la Vía Láctea?* (CANTV/UCV, 1990), *El miedoso asustado/El rey orejón* (Dirección de Cultura UCV, 1991). *Hazañas del sapo Cururú* (1991), *Nuevas hazañas del sapo Cururú* (1991), *Amigo es para eso* (Educar, Bogotá, 1994). *Carabela, calavera* (Edit. Colina, Medellín / Edit. Isabel De los Ríos, Caracas, 1992). *Duendes de aquende y allende* (1992). *A jugar juglar* (1992). *Cantar de amor, cantor de mar* (1992). *Porras y cachiporras* (1993). *Arias imaginarias* (1993). *Antojo de oso* (Medellín, Editorial Susaeta, 1993) *Vaivenes de Navidad* (1994). *Cuentos de junio* (1995). *Geografías traviesas* (1995). *Amigos emplumados* (1996). *Dos obras luminosas de ciencias ficción* (2000). *Duendes de antaño y hogaño* (2002). *Fantasmas al acecho* (2004). *Versos paticojos de una pata coja* (2005). *Terceras hazañas del sapo cururú* (2006); entre otros.

(De *Cantar de amor cantor de mar*)

## **VENTANA**

Desde la ventana  
veo la lluvia.

Desde la ventana  
veo las gotas  
rebotando  
en las charcas.

Desde la ventana  
veo a la abuela  
que se va.

Llueve  
en mis ojos.

## **CHARCA**

Charca de lluvia,  
para el pájaro  
que ahí se baña,  
eres un lago.

Charca de lluvia,  
para el niño  
que ahí navega  
su navío de papel,  
eres un océano  
de ensueño.

Charca de lluvia,

para la niña  
que ahí se mira,  
eres una laguna,  
lagunita,  
laguniña.

## **FUGA**

Con alas sin rumbo,  
el pájaro esclavo  
huía de la prisión  
entreabierta.

La libertad  
era una jaula  
sin rejas.

## **PRIMAVERA**

Flor,  
mariposa vegetal.

Mariposa,  
flor bailarina.

## **SON**

El eco  
es la imagen  
de la voz.

## CAMPO

Ara  
palabras  
el poeta  
labrador:  
palabrador.

(De *Amigo es para eso*)

### ¡HOMBRE AL AGUA!

Fernando pertenecía al mar. Y a nosotros. El había nacido lejos de mi poblado. Pero aquí aprendió a oír el silbato de los barcos en el hueco de los caracoles.

En mi pueblo todas las mañanas son iguales. Pero uno no se acostumbra. Una cuerda de niños y mujeres camina hacia la playa, rezando para que vuelvan los barcos. Sí, de vez en cuando alguno se olvida de regresar. ¿Quién conoce al mar?

Aquí no se sabe cuándo uno empieza a nadar. Todos nacimos habitantes de las olas. Hacemos parte de los cardúmenes que juegan cerca del muelle.

Para bucear nos lanzamos al agua agarrados a una piedra. A veces para sacar mejillones, otras para atrapar cangrejos o, simplemente, mirar la acuarela dibujada por los peces en los corales.

Jamás supimos de alguien que necesitara aprender a nadar. Pero vino a vivir a nuestro pueblo una familia de la montaña. Una montaña más lejana de cuanto uno podía ver, aun subiendo al bucare de la plaza.

Fernando no sabía nadar. De eso nos dimos cuenta cuando llegó a la playa. No lo conocíamos, pero alguien habló con él. Caminaba por el embarcadero como un equilibrista que hubiera perdido la cuerda. Nos reíamos por dentro.

Yo no sé si fue Simón o José quien lo invitó a entrar al agua. El no quiso: que hacía frío, que la brisa. Pero me acuerdo muy bien de Jesús, fue quien lo empujó al mar.

Lo dejaron tragar agua por unas tres veces. O mejor, lo dejamos, porque yo también estaba allá. Lo saqué al ver que era muy pesado para él. Salió tosiendo y llorando. Se fue a su casa sin mirar atrás.

Fernando intentó apartarse de nosotros. Pero nuestro case-río es un panal cuajado de niños. ¿Escondarse? ¿Dónde? Yo, pues siempre he vivido aquí, podría contestar a esa pregunta.

Me acerqué a él. Temblaba. No yo, él. Pero al rato se fue acostumbrando. ¿Quién puede resistirse a una amistad?

Lo llevé a una pequeña playa, un refugio para cuando deseo estar lejos del bullicio. Ahí le hablo a los peces y ellos, a su manera, me responden.

¿Si uno puede enseñar a nadar? Yo había nacido sabiéndolo. Me era difícil explicárselo a alguien. Era como caminar, comer; en fin, cosas de todos los días.

Fernando peleaba con el agua. Se ahogaba en aire. Terminaba cansado, aburrido de la vida. Creo que empecé por ahí: uno debía ser amigo del agua. Se escapaba algunas veces: una gripe, las tareas de la escuela. Puro embuste.

Pero el mar es un juguete muy grande. Y de mucha paciencia. Yo también tenía todo el tiempo para esperar a ver bajar la marea del miedo.

Fernando podría aprender a nadar. Lo supe el día en que tragó mucha agua, salió tosiendo y sonrió. No para mí. Sonreía para sí mismo: había encontrado la alegría del agua.

Mis amigos se habían medio olvidado de Fernando. Tampoco tenían prisa. Un día él volvería al muelle. Y lo estarían esperando.

Una mañana después de haber ayudado a mi papá a sacar a la playa el “Rosa de los Vientos”, nuestro bote, fui a jugar con mis amigos en el muelle. Vi a Fernando poco después, caminando hacia nosotros con su paso de gaviota tímida.

No hubo tiempo para saludos... lo echaron al mar. Fernando se atragantó de aguas inexistentes, sorbió aires innecesarios: se ahogaba de mentiras.

Cuando lo fueron a rescatar regresó al embarcadero sin ayuda, el cuerpo chorreando aguas heroicas, la cabeza bien puesta sobre los hombros, como debe ser. Me guiñó un ojo y se arrojó al agua. Fernando pertenecía al mar. Y a nosotros.

(De *Nuevas hazañas del sapo Cururú*)

## **CURURÚ, EL SASTRE**

Un plácido domingo, el sapo Cururú estaba en su hamaca oyendo embelesado unos discos de la rruiseñora María Cállase. En eso tocaron a la puerta.

¡Qué sorpresa! Era la caimana Merce, a quien hacía tiempo no veía. La invitó a entrar y le preguntó:

—¿Qué hay de nuevo, mi querida Merce?

—Pues vine especialmente a contarte algo. Mi esposo, el caimán Gabino, acaba de ganarse el premio al mejor echador de cuentos de todos los bosques —exclamó muy oronda Merce.

—¡Cuánto me alegro! —dijo Cururú. ¿Por qué no vino contigo?

—Gabino es ahora muy solicitado. Todos quieren hablarle, entrevistarlo, pedirle autógrafos. El teléfono de Charcondo no deja de sonar.

—Amiga caimana, eso que me cuentas es muy emocionante. ¡Cómo deben estar felices, tú y mi compadre!

—Sí, Cururú. Pero no todo es felicidad con ese premio.

—¿Cómo que no? ¿Acaso tienen algún problema?

—Adivinaste Cururú. Gabino quiere hablar contigo. ¿Puedes venir a nuestra casa?

Cururú apagó el tocadiscos y salió con su amiga Merce. Al llegar a la casa encontraron un gran alboroto. A Gabino le estaban tomando unas fotos y lo filmaban para la televisión.

El Caimán se disculpó con los periodistas que lo rodeaban y se fue con Cururú a otra habitación.

—Como tú sabes —explicó Gabino— gané ese premio.



—¡Formidable! ¿Y dónde está el problema?

—Es que debo vestirme como un escarabajo, peor, como una cucaracha, con paltó negro y rabón, para presentarme ante el rey.

Eso no podía admitirlo Gabino, porque además, como si fuera poco, debía ponerse camisa almidonada y corbata de lacito.

—Te comprendo muy bien —intervino Cururú. Tú quieres otro traje y, de un solo golpe, liquidar el color negro, los faldones del paltó, la camisa almidonada y la corbata de lacito. No será fácil.

Los caimanes Gabino y Merce volvieron a ocuparse de los periodistas mientras el sapo Cururú pensaba cuál sería la solución al difícil problema que tenía delante.

—¡Lo encontré! —dijo cuando terminó de pensar.

Inmediatamente tomó unos trozos de lino blanco, que era la tela más bonita y fresca que tenía a mano, y con las tijeras comenzó a cortar por aquí y por allá.

Rrrrrrr rrrrrrrr rrrrrrrrr, chirriaba con muchas erres la máquina de coser. Cuando el traje estuvo listo, llamó a sus amigos:

—Vean si les agrada. Eliminé todo lo innecesario pero le puse unos bolsillos, para que Gabino pueda guardar lápices y papel por si acaso se le ocurre un cuento. Y además quedó muy...

—¡Me encanta! —lo interrumpió Gabino. Tiene el color que me gusta, no tiene paltó rabón. Tampoco necesito camisa y mucho menos corbata de lacito. Y es muy, muy elegante. ¿Cómo se llama este traje, Cururú?

—¡Liquilique! —contestó, sin pensarlo mucho.

—¿Liquilique?

—Liquilique, liquiliqui o likiliki, como quieras.

—¿Y eso por qué? —quiso saber Gabino.

—Pues, porque liqui...liqui...liquidamos el color negro, liquidamos los faldones del paltó, liquidamos la camisa almidonada y liquidamos la corbata de lacito. ¡Liqui-liqui!

—La noche de los premios le contaré al rey esta increíble y alegre historia —atajó el caimán.

Dicen que este es el origen del traje cómodo, bonito y fresco que se usa por estos lados.

# GRACIELA PACHECO DE BALBASTRO

gbalbastro@gigared.com

Nació en Buenos Aires (Argentina). Escritora, profesora de literatura y latín. Presidenta del Instituto Argentino de Cultura Hispánica, y de la Casa de India para el Litoral Argentino, coordinadora de talleres de narración orogestual, animación a la lectura y, lectura y sentimientos, en el Centro de Estudios Artísticos, de Santa Fe. Premios recibidos: En 1988 3er. Certamen de Cuento y Poesía de la SADE. En 1997 la Faja de Honor de la ASDE, por “*Floresta nueva de leyendas viejas*”, por mejor libro entre 1996 y 1997. En el 2000 La Publishers & Booksellers Guild le otorgó el Certificate of Honour por la difusión en el extranjero de las letras latinoamericanas. El Indo-Argentine Cultural Centre le hizo entrega del premio anual de la Asociación de Editores y Publicistas de Asia, ese mismo año. El Embajador de la India, Dr. Nigam Prakash, viajó a Santa ese 2000 para presentar su libro *Las piedras vienen contando...* traducido al bengalí y utilizado por escuelas de Calcuta. En ese acto fue galardonada por la Municipalidad de Santa Fe.

**OBRA LITERARIA:** Sus cuentos aparecen en las Antologías Santafesinas *Palabras para compartir* (1989), *La palabra viento en popa*, *Teoría de la narración oral* (Univ. Peruana, Lima, 1995), *Floresta nueva de leyendas viejas* (El Ateneo, Buenos Aires, 1996). Sus poemas aparecen en la antología *Urdimbre de sueños* (Fundación Bica, 1996), “*iiiiiiiSh.....!, estamos narrando*” (Instituto de Cultura Hispánica). *Teoría de la narración oral* (Santa Fe, 1996), “*La Filmadora*”, en *Huellas de palabras* (Fundación Bica, 1998), “*El laberinto de los textos*” (El Ateneo, Buenos Aires: *La leyenda del maíz*, 1997), “*Todo él enamorado*”, poema plaqueta (Fundación Bica, 1999), “*El libre albedrío en Melibea*”, Premio edición del Instituto de Cultura Hispánica, ensayo (2000), en “*Caminantes*” (Editorial Edebé), 2000, “*Las piedras vienen contando...*” (Institute of Spanish Studies, de Calcutta, India. “*Las piedras vienen contando*” (Alsina, en español, Buenos Aires, 2002) y como e-Book en [www.amazon.com](http://www.amazon.com) “*Dulce de leche provinciano*”, cuento (Edebé, Buenos Aires, 2003). La Fundación Bica publicó “*El Quijote a pedir de boca*”, para el Ciclo de El Quijote (2005), Tríptico de sus poemas publicado por la ASDE en *Encuentros con el Arte*, Club del Orden. Santa Fe, 2006), *Cuentos en escalera* (Antología de 19 cuentos), Santa Fe, 2006).

## LA NOCHE DEL EKHEKHO

El Ekhekho\* es un personaje mítico. Esta creencia llegó a nuestro país desde Bolivia, traída tal vez por los trabajadores “golondrinas”. Está muy arraigada en todo el noroeste argentino y la imaginaria popular lo representa como un genio gordezuelo, gran fumador, vestido como kholla y cargando alforjas llenas de provisiones, en las que no faltan las hojas de coca para mascar. Su estatuilla está en los negocios para turistas y su boca es un agujerito en donde, según la costumbre ancestral, le colocan un cigarrillo que el Equeco\* consume gustoso.

Esta historia que voy a contar, dicen que ocurrió muchos años atrás, cerca de la laguna de Yala, en la provincia de Jujuy.

Don Farías, atraído por las posibilidades económicas que brinda esa zona jujeña, se instaló en la parte más bella de la laguna. Nunca se supo si había comprado el terreno, si lo había arrendado, o si, aprovechando la soledad de la región, simplemente se lo había apropiado. Lo cierto es que llevó trabajadores con los que levantó la casa, a los que pagó poco, mal y tarde. Agregó un almacén de ramos generales, con todo lo necesario para satisfacer las necesidades de los habitantes que, desperdigados aquí y allá, subsistían de la cría de cabras o del cultivo de pequeños sembradíos, y se dispuso a ver crecer su inversión.

Don Farías vivía solo. Casarse y fundar una familia no entraba en sus planes. ¡Mucho gasto!, decía. Y mucho gasto era recibir amigos, mucho gasto era bajar al pueblo a visitar a su madre, y mucho gasto era acordarse de sus hermanos y sobrinos.

Cierto día, uno de los viajantes que solía llegar hasta el almacencito, le ofreció unos cuantos equecos de yeso. Las estatuitas estaban pintadas en colores chillones y el personaje, gordito y barrigón, cargaba innumerables bolsitas de nailon con yerba, arroz, harina, lana, etc.

El brazo derecho estaba levantado y su cara de triunfo parecía mostrar con orgullo unos billetes apretados en el puño.

Don Farías compró todos los equecos. Él mismo no supo si por la propaganda del producto que hizo el viajante o si al ver la estatuilla apretando con fuerza los billetes, se identificó con ella.

Lo cierto es que los equecos se quedaron poco tiempo en el almacén de Farías. Los lugareños rápidamente los compraron, con la esperanza de que el geniecillo los ayudara a mejorar su fortuna. Y junto con el equeco compraron cigarrillos para que a la figura de yeso no le faltara una pitada. Aunque para ellos escaseara la yerba o la harina, compraban para recargar las alforjas del equeco.

Pero cuando el último equeco fue vendido, don Farías sintió que le faltaba algo. El estante vacío hacía extrañar a ese muñeco multiplicador de billetes.

Entonces hizo algo que a él mismo le extrañó. Si un gasto inútil era ir a ver a su madre, si gastos y molestias era invitar a su familia a pasar unos días en Yala, no le pareció un derroche mandar hacer un equeco de tamaño natural. Contrató un artesano de la madera y el hombre trabajó y trabajó hasta que el muñecote estuvo terminado y colocado a la entrada del almacén de Farías.

Pero no le pagó. ¡Que se conforme con la entrega! dijo para sí. Y Sixto, el tallador, viajó una y otra vez hasta el almacén, tratando infructuosamente de cobrar su trabajo. Llegó a viajar todos los días para hacer su reclamo, pero en vano.

En Farías, mientras tanto, iban cambiando muchas cosas. Cada vez hablaba más con el equeco. Raro en él, gastaba cigarrillos dándole a fumar. Sixto había hecho un muy buen trabajo con el rostro. La boca abierta pedía la diaria pitada. Los ojos tallados parecían exigir las acémilas bien cargadas. Y a ese EKHEKO no le faltaban las bolsas repletas de yerba, arroz, polenta ni hojas de coca. Lo que Farías no gastaba ni en él ni en su familia, ahora lo ponía en la gran figura de madera.

Una noche, particularmente estrellada y diáfana, Farías escuchó extraños ruidos. Salió a mirar y casi se desmayó de la sorpresa. EKHEKO, solo y tranquilo, fumaba despaciosamente un cigarrillo. La luz de la luna llena desprendía chispas de la brasa del pucho.

Farías se acercó a la figura y le habló como hacía siempre:

–Equeco, ¿por qué estás despierto?

–Porque en noches de plenilunio salgo a buscar fortuna, contestó la figura.

–¿Cómo que sales? ¿Acaso piensas irte?

–Y, sí. Vos no me das todo lo que un dios necesita. En la medianoche del próximo domingo habré desaparecido.

–¡Equeco! ¡Equeco! no me dejes solo! gritó desolado Farías.

–Entonces deberás poner, antes del próximo domingo, el tributo que una deidad requiere.

–Equeco, yo sabía que sos “cobrador”, por eso no te he dejado faltar la yerba, los cigarrillos... gimió desesperado Farías.

–¡Basta, Farías! - ordenó furibunda la deidad. Deja ya de gimiotear. Yerba y azúcar me dan los pobres. Tú eres rico pero avaro. ¿Pretendes tener un dios para vos solo? Si eso quieres ipaga!

–¡Pagaré, pagaré! ¿Qué debo ponerte en las bolsas?

–¡Oro!, debes darme veinte monedas de oro.

Farías viajó a la capital. Secretamente compró veinte monedas de oro y regresó a Yala.

Ese domingo, cuando la noche se apretaba en los cerros, con renovado respeto hacia ese dios “cobrador”, Farías puso en el puño del Equeco una bolsa que disimulaba las veinte monedas de oro.

Y el Equeco de madera no se fue, se quedó con Farías hasta que una de esas tormentas terribles que bajan de la Puna lo abatió. La estatua cayó ruidosamente. Al quebrarse, dejó ver su interior hueco, en el que cabía cómodamente un hombre. La bolsa de las veinte monedas de oro se rompió y cuando Farías quiso reunir el tesoro escondido, sólo encontró tapitas de cerveza.

Pero quien tuvo mucha suerte fue Sixto. Nunca se supo dónde el tallador había encontrado veinte monedas de oro, que cambió muy contento un día lunes.

\*Ekhekho: forma quechua de trasladar fonéticamente el nombre.

\*Equeco: castellanizado.

## LADRONES EN LA NOCHE

Era mi primera guardia. Aún el uniforme no se amoldaba a mi cuerpo. Ni mi cuerpo al catre que me había tocado.

Enderecé por quinta vez la raya de la bombacha, saqué pecho hasta poner tirantes los ojales de la campera azul del uniforme...y marché a presentarme.

Ese perdido destacamento del chaco, cercano al Impenetrable, ni había entrado en mis planes cuando ingresé a la Escuela de Policía. Equivocadamente había creído que toda mi vida de servicio reluciría como día de desfile. Pero mi suerte (¡Mi mala suerte!) quiso que mi primer destino fuera La Hoya... tal vez alguien bautizó así a ese remoto lugarejo de la casi selva, pensando que tenía algo de sepultura. Pero, no estaba dispuesto a enterrar mis sueños de cumplimiento del deber, de reconocimiento de mis pares...y todo eso.

Esperaba que en algún recodo de mi camino me aguardara la aventura, la ocasión de mostrar mi sagacidad, mi coraje y mi valía.

Y así, bien inflado y gallardo, golpeé la puerta del comisario. Ya me esperaba éste, sumergido tras los papeles (también a La Hoya había llegado la burocracia) y con un ¡Pasá, m' hijo!, me recibió bonachonamente mientras me empezaba a tirar trabajo.

Todo era rutinario, tarea de oficinista para este candidato a héroe... La aventura llamó a la puerta en la figura del Sargento Ramón Alvarado.

Anunció al visitante del comisario y éste lo hizo pasar. Se debían conocer de antes (¡Y cómo no, si mucho más que selva, flora y fauna no rodeaban La Hoya!) pues se saludaron con afecto.

—Polaco, ¿otra vez por acá?

—Y qué querés, Mateo, si no limpiás de malandras la zona vas a seguir teniendo mi vista.

—¿Te volvió a faltar leche?

—¡Pelado me dejaron anoche! Secaron mis vacas. ¡Agua tomaron los terneros esta mañana!

–Bueno, Polaco, quedate tranquilo, esta tardecita sin falta lo mando a este muchacho a vigilar.

Y allá marché. Pedí permiso para ir con el dueño de las vacas, pues no era fácil encontrar el camino, mitad sendero y mitad picada, hasta la casa en cuestión. Pusimos los caballos al tranco lento y Javier Weber (que no por morocho le decían Polaco) me fue contando parches de su vida.

Hijo de inmigrantes, como tantos otros en este Chaco duro y potencial, había limpiado un poco la selva para establecerse por su cuenta cuando fundó su familia.

La conversación se hizo lenta, como lenta se fue haciendo la tarde. La selva, que enseguida nos comenzó a rodear, fue llenando mis ojos. Las variedades de verde se multiplicaban, y enredaderas florecidas se entremezclaban en las copas y troncos de los árboles.

Mi niñez y adolescencia habían transcurrido en Resistencia y mis escapadas más “audaces” me habían llevado sólo hasta Barranqueras. Así que ahora me faltaban ojos para mirar a mi alrededor.

También los caballos parecían tomar precauciones (¿Era sólo mi imaginación o se fijaban donde poner las patas?)

Así llegamos al claro que ocupaba la finca. Vi que a Javier Weber le costaba trabajo mantener libre el espacio ganado a la selva. ¡Todo crece tan rápido en esta zona! Una lluvia... y la maleza nuevamente alta.

Aún quedaba luz, así que decidí poner en práctica lo aprendido en los manuales de instrucción. Con mis conocimientos frescos y con ansia febril, desmonté enseguida y me fui al tambito a buscar huellas.

Las vacas eran unas cuantas, así que el ordeño había llevado bastante tiempo a los ladrones.

Primer dato entonces: necesitaban tiempo. Pero lo que no lograba entender era cómo trasladaron todo el tacherío que debieron haber tenido. Busqué y rebusqué y no vi nada fuera de lugar.

Comí livianito, resistiéndome a las generosas invitaciones de la familia Weber, pues no era cosa de dormirme, y salí a buscar un buen apostadero.

Terminadas las faenas del día, la familia apagó el sol de noche y todo fue ganado por el silencio.

Apoyada mi espalda contra el rugoso tronco de un urunday, yo no quedaba solo. Me acompañaba un tropel de pensamientos y emociones. La visita de los ladrones era segura. Se había repetido noche tras noche para desesperación de Weber, pues no le dejaban leche ni para los gurises.

Imaginaba para mí un papel de lujo para esta primera misión. Revisaba silenciosamente una y otra vez la pistola de reglamento. Tanteaba las esposas que pondría a los visitantes y reservaba un lugar en la manga para la tira de ascenso que en emotiva ceremonia me colocarían.

La selva crujió, reptaba, siseaba en esa noche de luna llena. La sentía viva y multiplicada. Me felicité por haberme instalado con la montura y las mantas. Parecía que el descanso del ser humano... un intruso en medio de esa naturaleza plena... ponía en movimiento a los habitantes de la noche.

Yo estaba atento. La emoción había corrido el sueño y a cada ruidito trataba de identificarlo. ¡Cómo escuché el silencio aquella noche! El plenilunio no me daba tranquilidad. ¿Sabría yo moverme con sigilo y caerles por sorpresa a los ladrones?

Además, ¡Qué noche de fantasmas! La luz lechosa de la luna ponía figuras en cada sombra.

Sin darme cuenta, la noche dejó paso a un tímido amanecer. Me puse de pie, me estiré y sacudí la humedad que me calaba y pensando que la presencia de la autoridad bastaba para poner las cosas en orden, me encaminé a la casa.

Desperté a Weber para despedirme. –No, muchacho, no te vayas sin probar un jarro de leche espumosa y recién ordeñada.

Así que juntos volvimos al tambito.

De lejos Weber pegó el grito: –¡La gran siete!, ¡ya las ordeñaron!



Ansié que la tierra me tragara... ¿Cómo pudo ocurrir? No encontraba palabras para calmar a un furioso Weber que había comenzado a gritar denuestos heredados de otra lengua. Weber había perdido la leche y yo las ilusiones de lucir tiras nuevas.

Y el regreso a la comisaría se me hizo doloroso. De héroe a paniaguado había sido la transición. El comisario escuchó mi informe. De vez en cuando preguntaba con cara de pocos amigos.

—Y... ¿Te dormiste? O me interrumpía con un —Che, ¿querés que crea en fantasmas?

Lo cierto, que para la noche siguiente, como el misterio había aumentado, destinó la responsabilidad al Sargento Alvarado.

Yo tuve así, una segunda oportunidad. Weber nos recibió malhumorado, y a mí con unas miradas elocuentes que decían —Y vos, cara de ahorcado, ¿venís otra vez a abrir la boca?

El Sargento Alvarado, con la soltura que da la práctica, escondió nuestros dos caballos y no planificó tanto como yo hiciera la noche anterior.

Acomodó su chorpachón, su linterna y su pistola cerquita de las vacas y me indicó:

—Mirá pibe, acomodate por ahí y quedate quieto y callado hasta que yo diga otra cosa; pero cerca de las vacas, no más, que a estos engolosinados los agarramos esta noche.

Y así, en expectante silencio, quedamos aguardando. Parecía que se repetía lo de la noche anterior, cuando oigo, mejor dicho “siento” que el Sargento Alvarado se pone tenso. Un clima eléctrico, agorero, se enseñoreó del galpón.

Las vacas también estaban inquietas, no cambian de posición, pero se las siente nerviosas.

En ese momento, en el que ya mis músculos y tendones amenazaban saltar como resortes, Alvarado iluminó la escena. No podía creer lo que estaban viendo mis ojos. Sé que mi primer movimiento fue pasarme la mano por la cara para espantar los malos sueños.

Alvarado, todo acción, gritaba órdenes, manoteaba la horquilla, buscaba más luz.

Sigilosamente habían entrado cuatro, cinco, diez... no sé cuántas víboras.

Como lo habían estado haciendo noche tras noche, enrollando su cuerpo alrededor de las lecheras, a modo de manea, sujetaban las vacas, mientras que la cabeza chata, bien erguida, se dirigía golosa a la ubre de la vaca.

La sorpresa, el asco, me inmovilizaron. Aún dolía en mi recuerdo la vergüenza del día anterior.

Pero las esposas no servían contra estos ladrones. Sólo las armas primigenias. A fuerza de garrotazos y con el encandilamiento que les produjo el sol de noche que trajo Weber, atraído por la batahola que armamos, pudimos dominar la situación.

Dos o tres víboras quedaron muertas y el resto se alejó, amparado aún por la oscuridad de la noche, pero sin producir más daño.

El amanecer terminó de poner orden en las cosas. Entre todos revisamos a fondo el galpón, reunimos las vacas del tambito con palabras tranquilizadoras y marchamos a lavarnos la cara.

El regreso a la comisaría ahora fue distinto... y el recibimiento también.

Con el correr de los años, en otras guardias, entre mate y mate, en el solidario momento de las anécdotas que acortan la noche y la vigilia, cuando vuelve a mi memoria mi primera experiencia en la profesión y la cuento, no falta algún veterano que la confirme con otra semejante... ¡haberlo sabido aquella noche! (\*)

....

(\*) Las serpientes no maman. No hay un solo zoólogo que avale esta antigua creencia de la gente de campo. Pero, hasta hay quienes juran haber visto serpientes que maman a las mujeres cuando están dormidas. Y por aquello que dijo Todorov de que la "Literatura no necesita demostración", me atrevo a recrear estas historias.

# MARISOL PÉREZ MELGAREJO

marisol\_perez\_1961@hotmail.com

Nació en San Cristóbal, Táchira (Venezuela, 1961). Licenciada en Educación, Mención Ciencias Sociales. Especialista en Promoción de Lectura y Escritura (Universidad de Los Andes, Núcleo Táchira). Actualmente se desempeña como Docente de Aula en la Segunda Etapa de Educación Básica, en Escuela Municipal Regina de Velazquez. Ha realizado diversos talleres y cursos relacionados con su especialización en promoción y creatividad de la lectura y la literatura infantil. Trabajó en varias Instituciones Educativas, entre ellas el Instituto Universitario Monseñor de Talavera, en la Universidad de los Andes (Táchira) y en la Universidad Pedagógica Experimental Libertador (Núcleo Táchira). Ha sido Promotora Cultural II, miembro del Taller Literario “Zaranda” y de la Asociación de Escritores del Estado Táchira. En 1988 recibió el Primer Premio de Narrativa, auspiciado por la Dirección de Cultura del Estado Táchira, con el cuento “Los Vuelos de María”, representada como pieza teatral en el VII Festival Nacional de Teatro realizado en Caracas, en 1993. En el 2005 se hizo acreedora del Premio “Cada día un libro”, en el Segundo Concurso de Publicación auspiciado por la Dirección de Cultura y Bellas Artes del Estado Táchira y El Consejo Nacional de la Cultura (CONAC) con el libro *Juicio al Capitán de Capitanes y otros cuentos*.

**OBRA LITERARIA PUBLICADA:** Poesía: *Al regreso de la guerra* (Medellín, Colombia, Editorial Lealón [s.a]). Libro de cuentos: *Laberinto* (San Cristóbal, Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses; volumen N° 164, 1999). Cuento para niños: “María, la de las alas largas” (San Cristóbal, Coedición Fundación Cultural Banfoandes, Impresión Dagatipo, 2000). *Juicio al Capitán de Capitanes y otros cuentos* (San Cristóbal, Impresión Litoforma, 2005). *Juicio al Capitán de Capitanes y otros cuentos* (Caracas, El perro y la rana, Colección “Cada día un libro”, Ministerio de la Cultura y Consejo Nacional de la Cultura. 2006). Cuentos para niños: San Cristóbal, Colección Palabras Mágicas, Formas Alpha, (s.a): “Antonio, me comí la luna”, “María Asputa”, “Camilo, mi amor, está amaneciendo”, “Reinaldo”, “En un lugar secreto”, “Sueño”. Sus textos han sido publicados en la Revista *Zaranda* (Volúmenes V, VII, X, XIV, XV, San Cristóbal). En *Narrativa Contemporánea Tachirense*, Tomo 113. En *Poesía Contemporánea Tachirense*, Tomo 118, y en *Ensayística Contemporánea Tachirense* (compilaciones de la Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses, 1994); entre otros.

## CAMILO, MI AMOR, ESTÁ AMANECIENDO

El nacimiento de Camilo fue todo un espectáculo. De su cuerpo salieron mariposas de muchos colores, a tal extremo, que ellas cubrieron el río, las piedras y a los pocos vecinos que presenciaron el alumbramiento. Las aguas del río se detuvieron por un instante. Su enorme cabeza flotó a los pocos segundos.

Caballito de río, piel de manzana, cómo no recordarlo después de tantos años de ausencia. ¡Díganme!, ¿cómo puedo evitar escucharlo por toda la selva, si dentro de mí están todos los ruidos? Parecía una enorme orquesta ambulante, mugía como las vacas y relinchaba como los caballos. Camilo, mi travieso Camilo. A veces quería ser un pájaro, pero su enorme peso no le permitía siquiera alzar una de las patas porque inmediatamente caía dentro de una nube de polvo y entonces se revolcaba furioso sobre la arena y pataleaba como un niño.

Después le daba por ser una roca y permanecía días enteros bajo el sol y la lluvia. El cuerpo se le llenaba de musgo y era habitado por todos los animales solitarios del bosque, porque Camilo olía a soledad. Por las noches lo escuchaba llorar. Le hablaba a los árboles y ellos le contestaban. Por eso dormía durante el día y jugaba por la noche. No le temía a las sombras. Su cuerpo translúcido estaba lleno de luciérnagas. Era una sola luz, dueño de ese espacio y silencio que lo rodeaba. Un día se fue y nunca más lo volví a ver. Pero a veces me escribe. Si usted quiere puede leer las cartas.

“Querida mamá. Estoy en un pueblo donde hace mucho frío y todo lo que está dentro de él es frío, especialmente los hombres. No sé por qué me tienen miedo y huyen ante mi presencia, forman un gran alboroto como si yo fuera un monstruo. Por la madrugada visito la plaza y recorro las calles del pueblo, deambulo como una sombra y no sé dónde es más fuerte la soledad, sí aquí o allá. ¿Acaso es que uno nace con ella o ella lo atrapa a uno? Si tan sólo me lo pudieras decir. Tú que casi lo sabes todo, por qué no me enseñaste a cargar con ese peso que no se ve, sino se siente”.

Camilo.

Esa fue la primera carta, ya le traigo las otras. Mi pobre Camilo, yo sabía que algo raro había en él, no se comportaba como los demás hipopótamos de la manada. Siempre andaba solo, se ocultaba tras los árboles para que nadie lo viera.

¡Mamá!; no me he marchado del pueblo donde todo es frío, no estoy exagerando. El agua sale convertida en cubitos de hielo, el piso, las paredes, las manillas de la puerta, las sábanas, la hierba y hasta las pocetas de los baños son frías; por eso será que a los hombres de este pueblo se les enfría el corazón. Porque el hielo se le mete por los ojos y les invade todo el cuerpo. Tengo una buena noticia que darte. Conocí a un señor que dice llamarse escritor. Que ¿cómo se llama? Ya va mamá, no se apresure, todo a su debido tiempo. Ah, no has cambiado nada. Es de mediana estatura, gordo, no muy gordo –por supuesto– usa lentes y el pelo corto. Lo conocí una madrugada en la plaza, me dijo que sufría de insomnio, que no pegaba los ojos durante toda la noche y que había decidido espantar las sombras que se quedan rezagadas por los rincones del pueblo. No entendí lo que quiso decirme, pero eso no me importó. Por fin tengo un amigo o por lo menos alguien con quien hablar. ¡Ya te voy a decir el nombre mamá! Me invitó a su casa para que tomáramos un té y me leyó algunos cuentos. Su cuarto estaba tapizado de libros y sobre la mesa una pequeña lámpara nos alumbraba. Algo raro había en él, creo que era muy tierno, me provocó comérmelo, pero me dio miedo acercármele y hacerle daño. Se quedó dormido con el libro en la mano. Apagué la luz, lo arrojé hasta el cuello, di media vuelta y salí.

Mamá, los hombres de este pueblo son muy extraños. Unas veces dulces y otras –fieras salvajes– se parecen a los tigres, y a uno no le queda otra alternativa sino defenderse.

Te quiere, Camilo.

Cuando partió, el bosque se quedó sin mariposas, todas huyeron tras él. Camilo parecía una enorme cesta llena de flores.

Aquí está la tercera carta.

“Querida mamá, he decidido viajar, pero esta vez no voy solo, tengo compañía. ¿Recuerdas el señor del que te he hablado en cartas anteriores? Pues él resolvió invitarme a pasar las vacaciones en la playa. Pensé que el único ser solitario que anda por estos caminos era yo, pero también hay otros, mamá. En este pueblo la gente es risueña y me permite ir a la escuela y jugar con los niños. Aunque por mi culpa se forma un gran alboroto, no por la misma razón que se formaba en el pueblo donde todo es frío, sino porque cuando me asomo a la ventana de alguna casa el olor a comida llega a mí y me arrastra hasta la cocina. Es inevitable, no puedo contenerme. Entonces el señor escritor se enoja conmigo, me dice que no tengo modales, que para lo único que sirvo es para traerle problemas, porque la gente se lanza sobre él con deseos de eliminarlo... Corremos hacia la playa y la turba tras nosotros tirándonos todo aquello que consigue a su paso. Entonces creo que me odia, porque me mira con resentimiento en sus ojos. Al llegar a la playa busco el lugar más solitario y mis gritos se confunden con las olas. Duro cinco días convertido en piedra hasta que el señor escritor siente piedad de mí y se me acerca colocando sobre mi lomo la mano, dejándola deslizar como si fuera una caricia, porque le da miedo reconocer que puede sentir amor por mí. Dime, mamá ¿cómo puedo entender a la gente”.

Camilo.

Si les cuento lo que Camilo hacía cuando estaba en casa, moriríamos de risa. Aquí en el bosque se le respetaba, no entiendo por qué se fue. Era un gran guerrero. Cuando los cocodrilos o algunos hipopótamos invadían nuestro territorio, él salía a defenderse, tomaba impulso y con toda su fuerza se lanzaba sobre el enemigo y lo mordía hasta desgarrarle la piel, hasta verlo en el piso. Aunque después se me colgaba del cuello y lloraba desconsoladamente. Mi Camilo, mi pobre Camilo. Nunca imaginé que muriera de esa manera. Para qué me lo viene a contar, es mejor que se hubiese olvidado de mí, por lo menos tendría la esperanza de volverlo a ver algún día.

Lo mataron por dormilón, se echó a dormir su siesta sobre la carretera y por más que le dije que lo hiciera en la playa, que allí estaba a sus anchas, no me hizo caso. Lo que quedó de él fue el recuerdo. ¿Qué quien soy yo? Soy el señor escritor de quien Camilo le habla en las cartas.

## **ROBERTA, MI BELLA ROBERTA**

Papá quería más a Roberta que a mí, eso lo supe siempre. Él pasaba horas observándola, le daba la comida y a veces la bañaba. Roberta era el centro de atracción de la casa, todo giraba en torno a ella. Papá se sentía orgulloso de ella. Le compró un cepillo de cerdas finas, una campana de plata y una cinta roja. Roberta se contoneaba de un lado a otro mostrando su trasero, creo que había nacido para actriz de cine. Yo le mostraba algunas revistas donde había mujeres famosas y ella sentía celos. Sus ojos azul verdoso revoloteaban como mariposas asustadas al mirarse en la fuente: tenía dudas de su belleza. Entonces corría por todo el prado, que no era otra cosa que un pequeño terreno que papá había alquilado para que ella pudiera pastar y ver la luna y las estrellas, porque a Roberta le encantaba soñar. Es que ella era un sueño. Parecía una nube aferrada a la tierra, un poco pasada de kilos y con una enorme mancha negra que le cubría la mitad del cuerpo semejando un mapa de América del Sur. Es que Roberta tiene el mundo en su espalda y el océano a los lados. Si yo fuera marinero navegaría en esos mares: unos días tempestuosos y otros serenos. Unas veces amanecía con el color de las aguas en sus ojos: uno podía ver a través de ellos las enormes olas que se levantaban desafiantes, dispuestas a destrozarse cualquier embarcación, y otras las aguas serenas lamiendo la arena como cuando ella pasaba su lengua sobre las manos de papá. Todo podía faltar en casa menos la comida especial que le daban a Roberta, el baño diario con sales y flores aromáticas, la melaza y una que otra galleta.

Roberta salía a pasear dos veces al año: cuando la llevaban al veterinario y a la feria. Al acercarse el día de la exposición bajaba de peso; el hecho de mostrarse ante el público la llenaba de temor, aunque al mismo tiempo la emocionaba. A la luz de la luna practicaba la manera como caminaría y qué poses asumiría al estar frente al jurado. Estaba segura de ganar el premio de la feria, aunque allí la competencia era fuerte. Pero ella poseía un encanto natural. Sólo había que mirarla para enamorarse de ella: tenía la ubre rosada como las pomarrosas y en el rabo siempre llevaba un ramo de flores para espantar a las moscas o a cualquier animal que quisiera montarse sobre su lomo y habitarle el cuerpo. Por las mañanas se acercaba a la ventana de mi cuarto y con los cachos la tocaba, ella sabía que yo leía antes de levantarme, le encantaba que le leyera en voz alta. Sólo yo conocía las historias que le gustaban a Roberta. Ella soñaba con vivir cerca del mar, pasear en bote y asustar con sus bramidos al sol, recorrer de largo a largo la playa, escuchar las olas cuando se revientan contra los riscos y, sobre todo, amaba los atardeceres. Lloramos muchas veces después de leer un texto, yo me abrazaba a ella y ella entendía mi dolor, me susurraba al oído algunas palabras hermosas y me hacía reír. Luego pasaba su lengua sobre mi cara y echaba a correr hacia el prado.

Dos días antes de la exposición se llevaban a Roberta a los corrales, entonces decoraba el viejo camión del tío Marcelo con flores de papel, semejando una carroza, y le colocaba en la parte trasera un montón de potes viejos para que sonaran durante el camino, y todos supieran que iba a la competencia, seguro estaba de que ganaría.

La casa quedaba completamente vacía. Por las noches, la soledad rondaba el prado y el corral, e intentaba meterse por debajo de la puerta de mi cuarto pero los bramidos de Roberta la espantaban y huía sin dejar rastros. Es que Roberta estaba en todas partes: en los colores del arco iris, en el canto del gallo Policarpo al amanecer, en las hojas de los árboles, en el aire que pasaba frente a la casa. Roberta era la casa y yo habitaba en ella. Esperamos con ansiedad el día de la exposición.



Salimos bien temprano ese día a agarrar el autobús antes de que se atiborrara de bultos, verduras y animales. Nos sentamos en el primer puesto, papá decía que por lo menos no llegaríamos oliendo a cebolla. El camino se hizo tan largo que llegué a pensar que no nos habíamos movido del sitio de donde partimos. Por fin llegamos a la parada de autobuses. Fui el primero en saltar, papá me dio un grito y quedé paralizado. Debes tener cuidado con los carros, me dijo. Pero yo no veía nada, sólo a Roberta en el corral junto a otros animales. Papá me tomó de la mano y me sentó en las escaleras del óvalo donde las exhibían. Pero antes, me compró una bolsa de palomitas de maíz y un globo azul. Entonces vi los ojos de Roberta suspendidos en el aire y me dieron ganas de llorar, pero me contuve. Papá, Roberta me está mirando desde arriba y le señalé el globo. Él rió, me alisó con la mano el traje de marinero que llevaba puesto y se marchó. A los pocos minutos escuché el nombre de Roberta por los parlantes. El corazón me palpitaba como si quisiera reventarse y el nombre de Roberta salía de mis labios sin que yo pudiera evitarlo. Ella se paseaba como toda una actriz por el ruedo, caminaba con elegancia y la cabeza en alto como mirando más allá de las nubes. Posó ante el jurado y ella se llenó de aplausos y gritos. Le colocaron en su oreja izquierda una banda azul, había ocupado el primer lugar, no sé qué otras cosas dijeron de ella, de mi amada Roberta, porque salí a esperarla en la puerta del ruedo. Lloré sobre ella y ella me dijo algunas palabras hermosas que me hicieron reír. Coloqué sobre sus cuernos el globo, así podría mirarme desde arriba y hacia los lados. Al día siguiente regresamos a casa: papá, Roberta y yo. Desde la ventana, la puedo observar jugando al escondite, porque a ella le gusta inventar a sus amigos como yo lo hago.

A Roberta le fue difícil adaptarse a la soledad del prado, a la de papá y a la mía. Éramos tres soledades distintas. A la hora de la cena –antes de que Roberta habitara la casa– no cruzábamos palabra alguna. Papá parecía estar molesto hasta cuando comía; entonces fui entrañable amigo de Simbad el Marino, con él recorrí los mares, atrapé monstruos y me convertí en héroe. Con la lle-

gada de Roberta mi vida cambió. Lo compartimos todo, hasta la manera de reír.

A Roberta le gustaba dibujar, hicimos tantas figuras que los cuadernos se nos llenaron de voces y gritos, las paredes empapeladas parecían moverse. Poco a poco nos cansamos de ellas y las escondimos dentro de un baúl. Ahora jugamos con las sombras, aunque de vez en cuando discutimos porque Roberta quiere ser la única en hacer figuras. Desde aquí la estoy viendo correr tras un caballo, aunque en la mitad del camino se transforma en ave, porque trata de levantar vuelo. A veces intenta subirse a los árboles, se cree un leopardo, pero cae patas arriba vuelta una maraña de hojas. Roberta, mi bella Roberta, corre como la liebre, huye de sus figuras y de las mías y se esconde, con la lengua afuera, detrás de la casa.

# MARÍA DEL PILAR QUINTERO

arcalia@cantv.net

Nació en San Cristóbal, estado Táchira (Venezuela, 1940), Profesora Titular e investigadora de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes, dictó la cátedra de Literatura Infantil en la Escuela de Educación. Es Psicóloga Social (UNAM, México), Magíster en Filosofía (UCV) y en Literatura Iberoamericana (ULA). Dirigió durante 10 años el suplemento para niños “Perro Nevado” (Mérida, *Diario Frontera* (N° 1-26, septiembre de 1979 y febrero de 1980). Es directora de la Editorial “Nuestra América” (Mérida) en el campo de la Literatura infantil.

**OBRA LITERARIA:** *Perro Nevado* (compilación de textos). Vol. I (Mérida, Nuestra América, 1982). *Arcalía, la gran tejedora* (Caracas, Editorial Tinta, Papel y Vida y Editorial Nuestra América, 1987-1988; Mérida, Consejo de Publicaciones de la ULA, 1995). *Los cuidadores de sueños* (Mérida, Nuestra América, 1993), y *Uribí, la madrina de las palabras* (Caracas, Editorial Tinta, Papel y Vida y Editorial Nuestra América 1987-1988). *La fiesta de Lucía* (Mérida, Nuestra América, 2000), *El día y la noche* (Mérida, Nuestra América, 2000). El maestro de las romanillas (Mérida, Nuestra América, 2000). Sus relatos y cuentos para niños y niñas han sido publicados en *La ventana mágica* (“Vuelve brisa”) *Onza, Tigre y León* (II Etapa, “Chisjack Timaizú, El Maíz”, 1991), *Tricolor, la Revista Latinoamericana de Literatura Infantil*, y en la Revista *Chasqui*, de Bolivia. Tiene inéditos los cuentos: *Yiria, la hija de la Luna*. *Las vasijas de barro de Maicha*. *El ebanista prodigioso*. *Tabintusch, el viento de Solsticio*. *Los secretos del río*. *Los cuatro rumbos*. *En Miticúm se despide el año*.

## LAS HILANDERAS DEL TIEMPO Y LA CEREMONIA DE LOS ESPEJOS

A Daisaku Ikeda y Kaneko Ikeda

En la Sierra viven desde siempre las Hilanderas del Tiempo. Ellas siembran algodón y lo cultivan en unos valles invisibles para las gentes del común, que transitan por la cordillera.

Las Hilanderas cosechan los copos de algodón y los extienden para que se aireen en cuerdas cruzadas en las montañas y así se confundan con la niebla.

Cuando ya el aire los ha mecido, recogen los copos de algodón y los hilan en husos de guayabo, y luego devanan los hilos en grandes ovillos que guardan celosamente.

Las Hilanderas del Tiempo son amigas de Enoé, la Pastora Encantada, que cruza el cielo con su rebaño de ovejas como nubes llevadas por el viento.

Enoé trae consigo –además de sus ovejas– un pequeño equipaje y un cayado de ébano con una luciérnaga, que las alumbraba y guía en las noches.

Cada cierto tiempo, cuando las ovejas tienen el vellón muy largo, Enoé las trae a esquilar donde sus amigas las Hilanderas del Tiempo. Las Hilanderas esquilan las ovejas con unas tijeras de luz, y después lavan la lana y la airean por muchos días en cuerdas extendidas entre los riscos.

Escarmanan la lana, la sacuden para limpiarla de hojas y cardos, y la hilan en sus ruecas de cíbaro.

Después la recogen en madejas y la guardan en cuevas secretas en las montañas.

Cada nueve lunas, Enoé y las Hilanderas se reúnen para celebrar la Ceremonia de los Espejos, en ella contemplan las señales del tiempo, platican, devanan y cantan.

Enoé, trae en su equipaje un espejo de plata bruñida, y las Hilanderas tienen preparados los espejos de agua, que han limpiado con gran esmero para que transparentes reflejen los misterios de las estrellas.

En el espejo de plata, Enoé y las Hilanderas se asoman a mirar las señales del tiempo del mundo, y en los espejos de agua contemplan el tiempo del cosmos y leen los mensajes de las estrellas que allí se reflejan.

Ellas pueden mirar hacia atrás y hacia adelante en las ruedas del tiempo, y van devanando los hilos que han guardado –con esmero– en sus ovillos y madejas. Luego los traspasan, a través de los espejos de agua, a los grandes carretes de las ruedas del tiempo que giran incansables en el fondo sin fondo del cosmos.

Mientras devanan los hilos entonan, en coro, sagradas y antiguas canciones para que se cumplan los sueños felices y se alejen las penas que han visto venir desde más allá de las estrellas, leyendo los signos del tiempo en el fondo de los espejos.

Varias veces al año, el viento trae hasta las aldeas de la Sierra, los ecos de voces y cantos misteriosos: son las voces de Enoé y las Hilanderas que cantan en coro a siete voces.

Ay vidita, ayayay  
Las cosas vienen y se van.  
Ayayay  
Por aquí siempre volvemos a pasar  
Ayayay  
Siempre volvemos a soñar.  
Ayayay  
Siempre volvemos a empezar.  
Ayayay

Y así cantan en la Sierra días y noches enteras, miles y miles de versos.

Después de la Ceremonia de los Espejos, Enoé y las Hilanderas se reúnen a festejar. Enoé les cuenta todo lo que ha visto en la Tierra al cruzar el cielo con su rebaño de ovejas, y les entrega misivas y presentes de sus amigos, amores y parientes.

Las Hilanderas le cuentan sus sueños y sirven tisana caliente de hierbabuena, limoncillo y toronjil, y sagú tostado con miel. Entonan sus flautas y tarcas, conversan y cantan. Hasta que llega el tiempo de la despedida y Enoé, la Pastora Encantada, emprende de nuevo su camino. Pasadas nueve lunas, se volverán a encontrar para celebrar de nuevo la Ceremonia de los Espejos.

Las Hilanderas, permanecen en la Sierra, siempre en el mundo invisible y realizan incansables sus tareas. Con los ovillos del algodón, y las madejas de lana de las ovejas de Enoé, hilan eternamente en husos de guayabo y rucas de cínaro los hilos invisibles del tiempo, que unen todas las cosas.

Ellas tienen el corazón dulce y se conmueven con las penas de los viajeros, extraviados en las rutas de la Cordillera. Les dan una bebida caliente y les prestan un hilo para encontrar de nuevo los caminos.

Más luego, al partir, ellos sólo pueden evocarlas a través de los sueños y del encuentro; no más conservan el recuerdo de dos círculos de oro que danzan y se entrelazan armoniosamente.

# RAFAEL RODRÍGUEZ CALCAÑO

rafe@cantv.net

Nació en Caracas (Venezuela, 1952). Licenciado en Letras (UCV) y Master en Lingüística (Escuela de Altos Estudios Sociales de París). Su trabajo literario ha obtenido reconocimientos como la Mención Especial para la Lengua Española en el II Concurso Internacional de Literatura Infantil de la Biblioteca Saint John Perse de París (1989), Primer Premio en la I Bienal de Literatura Infantil de la Contraloría General de la República (2001) y Primer Finalista en el Premio Internacional de Novela para Jóvenes de la Editorial Libresa de Ecuador (2005). Se desempeña en el campo editorial, particularmente en la edición de libros para niños.

**OBRA LITERARIA:** *L'homme qui fit dormir son rêve* (París, Editions d'Art Paul Bourquin, 1988). *La grandiloquente histoire du géant Noctambul* (Paris, Editions d'Art Paul Bourquin, 1989). *El hombre que durmió a su sueño* (cuento). Caracas, Ediciones Niebla, 1998. *La grandilocuente historia del gigante Noctambul* (cuento). Caracas, Ediciones Niebla, 1998. *La rebelión de las abejas* (cuento). Caracas, Editorial Arte, 2001. *El abecedario del abuelo* (poemario). Caracas, Editorial Panapo, 2003. *La Pelucha del sexto y su gata Leticia* (cuento). Caracas, La Cadena Tricolor, 2005. *Una oveja llamada Dolly* (libro de información). Caracas, Cyls Editores, 2005. *Algo pasa en la nevera* (novela juvenil). Quito, Editorial Libresa, 2005. *Un encuentro inesperado* (relato). Caracas, El perro y la rana, 2006.

## EL HOMBRE QUE DURMIÓ A SU SUEÑO

Nadie sabe cómo hacen los sueños para llevarnos a todas partes, sin mover nuestro cuerpo ni la cama donde dormimos. Tal vez pensarás que bastaría con preguntarle al primer sueño que pasara por ahí, pero sucede que los sueños se hallan profundamente escondidos dentro de nosotros y, aunque a veces se asoman a la superficie por las noches, es bastante difícil capturarlos. Son desobedientes, astutos y muy hábiles para disfrazarse. Algunos se transforman en colmilludos monstruos, otros son acuáticos o voladores; sin embargo, a pesar de su rebeldía natural, existen sueños que nos toman cariño y con el tiempo nos piden que los hagamos realidad.

Se llaman sueños despiertos, ensueños o fantasías, y suelen ayudarnos a conseguir lo que deseamos con una sola condición: que jamás los dejemos crecer demasiado porque, sin darnos cuenta, pueden empezar a echar raíces y raíces hasta dejarnos convertidos en auténticos vegetales. Discúlpenlos, andan tan enamorados de la imaginación que viven casi en la luna y, quizás por eso, hay quienes tratan de engañarlos, olvidando lo que le pasó al hombre que durmió a su sueño...

.....

Una vez, un hombre y su sueño iban caminando juntos en busca de un verdadero tesoro. Al principio, todo parecía marchar bien entre ellos, pero a medida que pasaban los años y el tesoro no aparecía, el hombre comenzó a desconfiar del sueño, quien le servía de guía.

—¡Ese sueño tonto debe estarse burlando de mí!... —sospechaba.

El hombre era sumamente egoísta y le molestaba el alegre optimismo de su compañero; además, el sueño era requete flojo y a veces tenía que cargarlo largos trechos sobre la espalda.

—Me libraré de él apenas consigamos el tesoro —pensaba el hombre con avaricia.

Decidió que la mejor manera de hacerlo sería ir durmiendo al sueño poquito a poco no fuera a ser que éste, adivinando sus intenciones, se defendiera transformándose en una horrenda pesadilla. Para lograr su propósito, el hombre preparó un oscuro brebaje el cual, al ser suministrado en pequeñas cantidades, poseía el don de ir adormeciendo lentamente el corazón.

Todos los días el hombre vertía unas cuantas gotas del oscuro brebaje en la sopa nocturna del sueño y si éste se quejaba por ese nuevo sabor a remedio viejo, le mentía diciéndole que los alimentos se habían puesto agrios con el tiempo.

Así, el sueño se fue volviendo torpe y olvidadizo, mientras su cuerpo se iba recubriendo con una especie de escamas doradas. Estaba ya casi inmóvil cuando por fin, en plena mitad de un mediodía, le susurró al hombre estas soñadas palabras:



“Alláaaaaa, chorrocientas sonrisas a la derecha y zapatomil lágrimas a la izquierda o, mejor dicho, chorromil lágrimas a la izquierda y zapatocientas sonrisas a la derecha, al pie de aquel arcoiris, está el tesoro que tanto hemos buscado, rodeado por un intrincado jardín que juntos habremos de atravesar”.

El hombre aprovechó el feliz acontecimiento y le ofreció un largo trago del brebaje “y que” para celebrar, pero el sueño, que ya sospechaba de sus malas intenciones, se negó a beber... Entonces, viendo que el sueño no caía en la trampa, el hombre agarró un rayo de sol y le pegó tremendo bastonazo de luz en la frente, dejándolo allí desmayado con flamante chichón.

Después de mucho andar el hombre llegó al jardín, lo atravesó y rápidamente se apoderó del tesoro, que reposaba encerrado en un hermoso cofre, aunque de apariencia algo extraña.

Ignorando el conjuro necesario para abrirlo —que sólo el sueño sabía—, ordenó en alta voz:

—¡Tápate la destapa! —pero el cofre, en vez de abrirse, le sacó la lengua.

Comprendiendo que esas no eran las palabras mágicas, el hombre ordenó de nuevo:

—¡Destápate la tapa! —y el travieso cofre se la volvió a sacar.

—¡Pata, dame la tapa! —quiso engañarlo el hombre, sin obtener respuesta.

—¡Tapa, estás metiendo la pata! —gritó finalmente, sacudiendo con furia el cofre del tesoro.

Como estaba sediento, el hombre decidió tomar un poco de agua antes de intentar abrirlo por la fuerza y... ¡Cuál no fue su sorpresa al comprobar que sus manos se quedaban pegadas del cofre! Por más intentos que hizo no logró despegarlas y, desde ese día, el hombre permanece condenado a arrastrar el tesoro de una punta a otra del arco iris, llamando al sueño para que le susurre la fórmula correcta:

¡Sueño, quiero soñar!

¡Sueño, quiero soñar...!

Pero el sueño, quien quedó medio loco por el luminoso bastonazo recibido, nunca le responde; se volvió bastante desconfiado y quizás por eso ahora nos parece tan extraño:

Siempre esquivando al sol  
y haciéndole morisquetas a la realidad.

# DANILO SÁNCHEZ LIHÓN

danilosanchezlihón@hotmail.com

Nació en Santiago de Chuco, La Libertad (Perú, 1944). Licenciado en Literaturas Hispánicas, graduado en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Lima, Perú), con estudios de especialización realizados en Madrid, España. Ha dirigido el Instituto Nacional de Investigación y Desarrollo de la Educación, INIDE, institución encargada de llevar a cabo todo el proceso de reforma educativa del país, en la década del 70. En dos oportunidades ha sido merecedor del Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil (Perú, 1985 y 1990). Ha recibido el Laurel de Oro de la Literatura Infantil y Juvenil, de Perú (XX Congreso de la APLIJ, Cuzco, 2001). Ha sido consultor de organismos internacionales como el Centro Regional para el Fomento del Libro y la Lectura en América Latina y el Caribe, la International Reading Association, la Organización de Estados Iberoamericanos. Muchas de sus obras han merecido premios nacionales e internacionales. Dirige el movimiento “Capulí, Vallejo y su Tierra”, que realiza una romería anual a Santiago de Chuco Es profesor permanente en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en la Escuela de Periodismo “Jaime Bausate y Meza” y docente invitado a desarrollar cursos en diversas universidades de América Latina. Actualmente dirige el Instituto del Libro y la Lectura del Perú, institución que promueve el libro y la lectura en apoyo a la acción educativa y al desarrollo social, y es sede del Museo de la Fantasía en el Perú. Fundó y conduce la Colección de Poesía “Gárgola”.

**OBRA LITERARIA:** Escritor prolijo de casi cuarenta títulos entre poesía y narrativa para adultos, y para niños y jóvenes, además de apoyo teórico a docente. Editados la mayoría por el Instituto del Libro y la Lectura (Lima, Perú), en coedición con algunas instituciones culturales. Además ha recreado mitos, leyendas y cuentos populares del Perú. En poesía: *Crío una mosca* (1981), Para niños: *Érase Danilo un niño* (1999); *Camino a Santiago* (1980); *La rana y la luna* (1995); *Lobo, ¿qué estás haciendo?* (1993); *Aula de mitos y leyendas del Perú* (2004); *Cuentos del Perú profundo* (2000); *Aserrín aserrán* (1998). *Mil y una hogueras* (1975); *De vuelta a casa* (1980); *Cómo leer mejor* (1989); *Literatura infantil, magia y realidad* (1982); *Literatura infantil, dilemas y certezas* (1996); *La narración de cuentos* (1998); *Promoción de la lectura* (2001); *Literatura infantil en la cuna y el jardín* (2002); *La lectura en el hogar, la escuela y aldea global* (2005). Figura en las principales antologías de poesía peruana.

## CANTIGA DE DOS CIERVOS DEL BOSQUE

Quiero  
vivir contigo en las n veas montañas.

Recoger  
flores del ventisquero y con el zumo  
de ellas  
untar todo tu cuerpo. Acariciarte  
muy profundo  
y consolarte. Traerte agua recién  
brotada

desde una profunda cañada y d rtela  
de beber  
lentamente. Quiero que nieve y yo  
abrigarte.

Estar despierto  
y yo mirarte mientras duermes.

Amanecer  
tras la neblina entre montes  
y collados.

Recoger le a y encender muy  
temprano  
el fuego mientras t  cantas.

Y que al atardecer  
t  busques refugiarte entre  
mis brazos

para no tener miedo, porque  
en el horizonte  
se desencadena la lluvia  
con relámpagos,  
granizadas y truenos.

Quiero  
que todo se haga de nuevo.

Nacer  
junto a ti en una misma cabaña;

¡enjuagar  
tus mejillas si algo te apena!,  
confiando  
en mí que soy fuerte, sagaz  
y valiente.  
Que la lluvia y que la tarde,  
y que las flores  
embelesadas del huerto, sean  
nuestras.  
¡Y que no haya tiempo  
sino  
sólo eternidad entre tú  
y yo!

## TE ENCONTRARÉ

### 1.

Te buscaré  
siempre, así como hoy:  
en los sitios  
escondidos, en los rincones  
inhallables,  
en las playas aún por explorar,  
en los lugares  
adonde nadie va. En los camposantos  
ya en olvido,  
tras los muros y las puertas de los huertos  
sin abrir,  
donde los adobes derrumbados  
han cedido  
a la incuria del tiempo, a la lluvia,  
al cadillo  
y a la zarzaparrilla distraída.  
Te buscaré

en los sitios sin presente ni memoria.  
Y allí  
yo te encontraré.

**2.**

Te buscaré  
donde crecen –en las grietas– cardos,  
tulipanes  
y alhelíos extasiados de vivir sólo  
para sí;  
entre libélulas sonámbulas y abejas  
que atruenan  
la calma con el rumor azul y naranja  
de sus alas;  
donde sólo moran tú y la tarde  
desmayada;  
donde las mostazas preteridas se mecen  
con belleza  
acrecentada por saber o no saber acerca  
del morir,  
prendidas a las ramas del olvido, sin  
que nadie  
pose en ellas ni sus ojos ni sus alas,  
ni siquiera  
su imaginación. Y allí te encontraré.

**3.**

Te buscaré  
en todo lo que sea final e irrecuperable.  
En el niño  
que se queda atrás. En quien no puede  
entrar y llora.  
En la madre que no vuelve. En el hijo

desaparecido.  
Te buscaré en lo más secreto y recóndito  
que tiene  
el mundo. Allí donde es imposible llegar  
y arriesgado  
transponer. Te buscaré en mis derrotas  
y en lo más callado  
de mis triunfos (si algún día los tuviera,  
yo vendría,  
silencioso, a ponerlos a tus pies). Y allí  
te encontraré.

4.

Te buscaré,  
como ahora te busco, en el perfil  
de las montañas  
miradas hacia el fondo en el amanecer,  
mientras  
el ómnibus emerge tambaleante desde la niebla  
y la noche  
intrincadas, llevándome a mí, y dentro de mí a ti.  
Te buscaré  
en los amatistas de las ciudades sin nombre,  
vistas desde  
la ventanilla, mientras el avión se tambalea  
y rueda  
por los abismos de donde sólo tú sales ilesa  
porque eres  
eternidad. Te buscaré en la tristeza  
infinita  
de quienes van a morir, ¡y lo saben!  
Y allí te encontraré.

**5.**

Te buscaré  
en el estupor de quienes, tras  
una catástrofe,  
lo han perdido todo; en la última  
carta  
de los suicidas, en los reflejos del sol  
que se aferra  
compasivo a brillar en los barrotes  
de la celda  
del condenado a purgar pena inmerecida  
y de por vida.  
En ese fulgor que recoge lentamente  
el día  
que se opaca y la noche que ilumina,  
¡entre  
los desahuciados que ya no se aferran  
a nada!  
entre los resignados a no encontrar  
perdón  
ni consolación. ¡Y yo sé que allí recién  
te encontraré!

**6.**

Iré  
tras tu rostro dormido en la primera  
línea  
de combate de los ejércitos enfurecidos.  
Y, tras  
los escombros, tendré por divisas tu falda  
y tu blusa,  
más encendidas que nunca en el fragor  
de las batallas.  
Luchando ya no por alcanzarte sino por



no poderte  
olvidar, aunque el ejército que va detrás  
sucumba  
por otros motivos que yo, en realidad,  
no sabré.  
Y es probable que allí yo  
te encontraré.

7.

Avanzaré  
por la nieve, el frío y la nevasca  
sabiendo  
que estás al fondo y detrás de todo  
lo que existe.  
¡Más allá de las banderas arriadas,  
de los estandartes  
sepultos y de las heridas que sangran  
o dejan  
de sangrar porque tú estás allí!  
Más al fondo de los torreones  
que estallan,  
de los relojes en punto y de los otros  
que se dañan.  
De los altares que vuelan hechos trizas  
y de las muñecas  
que flotan después de una gran  
explosión.  
Más allá del fin del mundo estás tú,  
idéntica  
a mi pena. Y allí te encontraré.

## 8.

Me asiré,  
para eso, a un gesto tuyo, a algo  
imperceptible:  
a la manera de voltear y girar los ojos  
al mirar;  
o al rictus de tu boca. En los derrumbes  
y el crepitar  
de los incendios estarás límpida, fragante  
y espléndida,  
sin que te toque ni el humo ni el lodo  
ni las esquirlas  
de las detonaciones, ni la ceniza demente  
que flota.  
Y, ya para morir, entre tanto desastre  
me acunaré  
suavemente recostado y dolorido junto a ti.  
Pero dichoso  
de haberte seguido hasta el fin de la vida  
y la muerte,  
ya en la eternidad. Y allí  
te encontraré.

# ARMANDO JOSÉ SEQUERA

armandosequera@hotmail.com

Nació en Caracas (Venezuela, 1953). Tiene como profesión la de comunicador social y como oficio el de escritor. Ha recibido dieciséis premios literarios, tres de ellos internacionales: el de Casa de las Américas (La Habana, Cuba, 1979); Diploma de Honor IBBY (Basilea, Suiza, 1996) y la Bienal Latinoamericana “Canta Pirulero” (Valencia, Venezuela, 1998).

**OBRA LITERARIA:** Ha publicado cuarenta y dos libros, los más recientes son: *Acto de amor de cara al público* (Caracas, El Perro y la Rana, 2006); *Funeral para una mosca* (Crónicas, Caracas, Debate-Random House Mondadori, 2005); *Libro de los valores y los antivalores* (Anécdotas y relatos populares, Caracas, San Pablo Ediciones, 2005); *Juan de Papel* (Cuento para niños, Caracas, Editorial Alfaguara, 2005); *Mi mamá es más bonita que la tuya* (Cuentos para niños y jóvenes, Caracas, Alfaguara, 2005); *Todo por Dulcinea, La princesa Micomicona* y *Don Quijote es armado caballero* (Versión en tres volúmenes para niños de El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, Caracas, Alfaguara, 2005); *Un elefante con corbata* (Cuento para niños, Yosileo Editores, Ciudad de México, 2005); *Detrás de una pelota* (Cuento para niños, Caracas, Monte Ávila, 2005); *La comedia urbana* (Novela. Caracas, Ediciones Comala.com, 2002–Monte Ávila, 2006); *Mosaico* Antología de cuentos 1977-2001 (Mérida, El Otro, El Mismo, 2001); *Piel de arco iris* (Cuentos para Niños, Ediciones San Pablo, 2001); *La calle del espejo* (Cuento para Niños y Jóvenes, Editorial Alfaguara, Madrid, 2000-Editorial Alfaguara, Ciudad de México, 2001); *Teresa* (Cuentos para Niños y Jóvenes, Caracas, Alfaguara, 2000-Editorial Altea, Ciudad de México, 2001); *Ayer compré un viejito* (Cuentos para Niños y Jóvenes, Caracas, Editora Isabel De los Ríos, 2000); *Caída del cielo* (Cuentos para Niños y Jóvenes, Caracas, Isabel De los Ríos, 1999); *Fábula de la mazorca* (Novela breve para Niños y Jóvenes, Caracas, Ediciones Rondalera, 1998-Editorial Norma, 2002).

## EL DESPERTAR DE UN UNICORNIO

Tengo un problema: acabo de despertar de un sueño muy profundo, en un lugar que me parece extraño y conocido a la vez.

Sin estar despierto del todo, doy varios pasos. Me detengo ante un espejo. Según la imagen que me devuelve, soy un unicornio.

Pero el problema no es ese, que sea un unicornio. El problema es que, como todo el mundo sabe, los unicornios no existimos.

Claro, cabe entonces la pregunta: si los unicornios no existen, ¿por qué yo existo y soy uno de ellos?

No sé qué responder.

Los unicornios sólo existen en la imaginación de algunas personas. Por lo tanto, alguien me debe estar imaginando.

¿Ese alguien que me imagina seré yo mismo? ¿Será una persona que conozco o una que no conozco? ¿O será que no he despertado y que aún me hallo a bordo de un sueño?

No, no estoy soñando. Una de mis patas acaba de golpearse con algo y he sentido dolor.

Hay algo peor: no tengo respuestas para ninguna de las preguntas que me he hecho.

Para colmo, mientras pienso todo esto, camino por la sala de una casa, no por un bosque.

¿Cómo llegué aquí? ¿Por qué estoy en este lugar y no en otro? Más preguntas sin respuestas.

Sí, estoy en una sala. Sobre el sofá duerme una persona. Es humana. Parece una reina. Tiene cara de reina, pero no lleva corona sobre su cabeza.

Aunque es muy joven y tampoco viste como reina, no puedo pensar en ella sino llamándola “Su Majestad”.

¿Qué hace aquí una reina?

Hay otros dos sillones. Otras personas duermen en ellos. Veo parte de sus cuerpos.

El del sillón de la izquierda también parece humano. No tiene camisa. Duerme de lado y de su espalda sobresalen...

¡Sí, son alas, dos alas pequeñas! ¡Es un ángel...! ¡Pero los ángeles no existen!

Igual que nosotros, los unicornios, los ángeles son productos de la imaginación de los hombres, de su poder de fantasía.

Pero, si eso es así, ¿qué hacemos él y yo en el mundo? ¿Y qué hace una reina dormida en este mismo lugar?

¿Quién duerme en el otro sillón? ¡También tiene alas! ¡Alas más grandes que las del ángel!

¡Es un hada! ¡Pero si las hadas tampoco existen!

¿Qué está pasando? ¿Qué hace un hada durmiendo en un sillón? ¿Y qué hago yo, un unicornio, mirándola dormir? ¿Y qué hacen una reina y un ángel dormidos en el mismo lugar?

¡Eh...! ¡Están abriendo la puerta que está al otro lado de la sala! ¡Una llave gira dentro de su cerradura! ¡Va a entrar alguien! ¡Debo ver quién es...!

¡Hey: los conozco! ¡Son los padres del ángel y del hada! ¿Los padres del hada y del ángel?

¡Ya recuerdo! Esta tarde, los padres salieron. Nos dejaron en compañía de una niñera. Jugamos a ser una reina, un ángel, un hada y un unicornio.

Nos divertimos tanto que ellos se durmieron –y yo también–, sin terminar el juego.

Los padres del ángel y el hada me hablan. Mientras despiertan a sus hijos y a la niñera, el padre me acaricia el lomo. ¡Y eso ha borrado la magia!

Ahora la reina ha vuelto a ser niñera. El ángel y el hada son niños otra vez. Y yo... Yo vuelvo a ser el perro de la casa.

## TRES POEMAS MONSTRUOSOS

### UN HOMBRE SIN CABEZA

Un hombre sin cabeza  
no puede usar sombrero.  
Pero éste no es  
su mayor problema:  
no puede pensar,  
no puede leer,  
no puede cantar,  
no puede comer.

No puede escuchar,  
ni puede entender  
que para amar y besar  
cabeza se ha de tener.

## **NIÑO CON DOS CARAS**

Un niño con dos caras  
no sabe si viene,  
no sabe si va,  
a menos que pregunte a su mamá.  
Para él, ir y venir  
son una misma cosa:  
se va mientras llega  
y viene mientras se va.

Un niño con dos caras  
no es algo gracioso,  
al contrario, es peligroso:  
hoy dice “es así”  
y mañana “es así” pero distinto.  
Puede sonreír por delante  
y hacer muecas por detrás,  
callar con una boca  
y hablar con la otra.  
Y, como tiene dos pares de ojos,  
mira de frente y baja la mirada,  
todo al mismo tiempo,  
y ni nos enteramos.

## EL MONSTRUO INTERIOR

El monstruo que tenemos dentro  
es chiquitico, perverso,  
y se sabe muchos cuentos.  
Nos disculpa aquí,  
nos dispensa allá.  
Dice que ya va  
y hace todo  
(lo malo, se entiende)  
como si él no lo hubiera hecho.

El monstruo que tenemos dentro  
es parte de nosotros  
y crece si lo alimentamos.  
No le demos de comer  
y se irá  
a buscar otros mundos  
donde estar.

## PERLA SUEZ

psuez@power.net.ar

Nació en Córdoba (Argentina, 1947). Es profesora en Letras Modernas, egresada de la Universidad Nacional de Córdoba. Realizó estudios de Psicopedagogía y Cinematografía. Fue dos veces becaria como escritora de los Gobiernos: de Francia y Canadá. Participó como escritora en Universidades de Italia y Estados Unidos. Fue cofundadora y directora del Centro de Difusión e Investigación de Literatura Infantil y Juvenil (1983-1990). Fundó y dirigió la revista *Piedra Libre*, especializada en literatura infantil y juvenil, hasta 1995. Premio Internacional Unicef-Unesco (1986) Mejor Trabajo de Investigación de América Latina: *Cómo ve el niño al extranjero*. Segundo Premio Nacional "Cuento para niños". Certamen de Cuentos CAMI (Consejo Argentino de Mujeres Israelitas de la Argentina), por *Aarón y la cabra*, 1993. Finalista del Premio Octogonal, 94, CIELJ, por *El viaje de un cuis muy gris* (Paris, Francia, 1994). *Dimitri en la Tormenta*, seleccionado entre los cincuenta mejores libros de Latinoamérica por Fundalectura (Bogotá, Colombia). *El árbol de los flecos*, seleccionado por el Banco del Libro entre los 50 mejores libros de América Latina editados en 1996-97 (Caracas, Venezuela). En 1997, Mención Especial del Premio Mundial de Literatura Infantil y Juvenil José Martí (Universidad San Judas Tadeo, San José de Costa Rica). En 2000 finalista del Premio APEL les MESTRES de la Editorial Destino, Barcelona, España. En 2001, finalista del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos, Venezuela, con *Letargo*. En 2005, *Complot* fue Finalista del Premio Internacional de Novela Grinzane Cavour Montevideo. Su novela *Memorias de Vladimir* (que recibió el White Ravens 1994), acaba de ser publicada por Editorial Alfaguara, Buenos Aires, marzo 2007.  
[www.perlasuez.com.ar](http://www.perlasuez.com.ar)

**OBRA LITERARIA:** Novelas editadas por Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, Argentina): *Letargo* (2001), *El arresto* (2001) y *Complot* (2001). Reeditadas en inglés: *The Entre Ríos Trilogy* (University Of New México Press, Alburquerque, Estados Unidos) y como *Trilogía de Entre Ríos* (Editorial Norma, Buenos Aires, 2006). Colección Infantil-Juvenil. *¿Quién es tan feo?* (Santiago de Chile, Alicanto, 1988). *Papá, Mamá ¿Me dan permiso?* (Buenos Aires, El Ateneo, 1989). *iBlum!* (Buenos Aires, Libros del Quirquincho, 1989; Alfaguara, 1999). *Memorias de Vladimir* (Buenos Aires, Colihue, 1991). *El viaje de un cuis muy gris* (Buenos Aires, Sudamericana, 1991). *Dimitri en la tormenta* (Buenos Aires, Sudamericana, 1993). *La historia de Nato y el caballo que volaba* (Buenos Aires, Aique, 1996). *El cuento del pajarito* (Buenos Aires, Colihue, 1995). De Editorial Sudamericana, Buenos Aires: *El árbol de los flecos* (1995). *El Golem*, en *17 de Miedo* (Antología), (1996). *Lejos de Estambul*, en *18 de Amor* (Antología), (1996); entre otros libros publicados e inéditos.



## UN GOLPE DE BUENA SUERTE

Al bisabuelo en mí

*No sé si todavía eres alguien*

*no sé si estás oyéndome*

Jorge Luis Borges

En una aldea cercana a Odessa vivía un pescador, tenía un hijo llamado Aczel. En épocas de zares las penurias aumentaban, pero el pescador se defendía pescando arenques y vendiéndolos en el mercado.

Con el tiempo Aczel aprendió el oficio de su padre. Un atardecer en el que el invierno amenazaba con helar el Mar Negro, Aczel se internó en aquellas aguas, atento al menor ruido, tratando de escuchar algún signo de vida. De vez en cuando avistaba una luz de otra barca. La luna lo seguía.

A poco de navegar en solitario vio flotar una mole oscura. Tantas veces se había hecho a la mar y nunca se había encontrado con algo así. Aquella cosa que parecía un monstruo, la cabeza achatada y el cuerpo enorme, miró una sola vez al muchacho y se hundió en la marejada.

Ya clareaba cuando Aczel fondeó en el puerto de Odessa.

Al cumplir dieciséis años, su padre le recordó que debía casarse con la hija de un conocido tallista de piedra de la lejana Vichegrado, a orillas del Drina, con quien tiempo atrás se había concertado la boda. La muchacha se llamaba Bruria y nadie la había visto.

El zar había reprimido a los obreros del puerto de Odessa; muchos amigos de su padre murieron y la tristeza embargaba a todos. Aczel propuso aplazar la boda.

—Pero hijo —dijo la madre— la alegría no se debe postergar.

Así que todos consideraron un deber sobreponerse al duelo y empezaron los preparativos.

En la plaza del mercado se cocía pasta de maní con azúcar. Los niños iban todo el tiempo al caldero, y las mujeres los ame-

nazaban con sus cucharones de madera. La hermana desplumaba gansos chamuscándolos y la madre y una vieja rolliza los ponían a asar. Unos jovencitos, desde umbrosos rincones, rodaron barriles de aceitunas negras y frescas, muchachas bailaban con unos campesinos que habían ido a curiosear. El olor a arenque se mezcló con las voces de los más viejos que gritaban, *suerte*, anticipados a la fiesta.

—Qué cosa tan buena es saber que un hijo tuyo va a conocer la felicidad —dijo un pescador.

Y llegó la hora de la boda.

De un carro bajó, primero, el tallista de piedra de Vichegrado, de fino traje, y enseguida la novia cubierta de un pesado velo. La sinagoga estaba adornada con ramas de abedules y se oía el ruido del mar. Arriba, las mujeres con mantillas sobre la cabeza, abajo, los hombres envueltos en el manto sagrado. En primera fila el doctor Arque, el pescador Andréi, el carbonero Mark, el panadero Broscha y los viejos Méndele, Naúm y Emelián. Al final de la ceremonia el rabino preguntó al muchacho:

—¿Jurás por Dios amarla hasta que la muerte los separe?

—Sí, juro —dijo Aczel, y rompió la copa y levantó el velo para besarla y vio que la novia tenía el labio hendido como lo tiene la liebre, los párpados caídos y le faltaban los dientes. Quiso huir pero las piernas no le respondieron. Hubiera deseado que todo fuera nada más que una pesadilla y también hubiera deseado estar despierto.

—Aczel, —tartamudeó ella.

Aczel ni siquiera pudo contestarle; recordó las palabras de su madre: “Hijo la alegría no se debe postergar”.

Todo lo que vino después ocurrió tan deprisa que Aczel casi no podía decir cómo pasó, pero ahora estaba junto a la ventanilla de un tren que corría hacia Vilna y miraba caer la nieve con la palidez y la expresión de un niño.

Para anular la boda debía conseguir la firma de noventa y siete rabinos que habitaran desde Estonia hasta el Cáucaso, desde Besarabia hasta Grecia.

Con el traqueteo del tren se quedó dormido, la mejilla pegada al vidrio.

Envuelto en un abrigo de piel comenzó a hablar solo y a pensar que la desgracia como la felicidad no es eterna. Dormía donde la noche lo atrapaba. Aún era joven, pero parecía viejo con el cabello ralo y la barba larga. Se acordaba del olor de los arenques y era siempre un niño al que le habían roto el corazón a puñetazos.

Los años pasaron, y él siguió en su obstinada búsqueda. Anduvo de un trineo a otro, de un barco a otro, de un tren a otro, bajo ventiscas. Cuando llegó a Checoslovaquia, le faltaban treinta y tres firmas.

En una plaza de Praga conoció a Lena. Por las tardes atravesaban el Puente Carlos y se detenían a mirar las aguas del río y las cúpulas verdes del otro lado del puente. Cuando abordó el tren a Varsovia, en el andén, bajo la lluvia fina, quedó Lena con las manos sobre el vientre abultado.

Las ruedas hacían crujir la nieve sobre los rieles. “Si en diez años he juntado ochenta y siete firmas cómo no voy a conseguir las que me faltan”, pensó.

En Varsovia consiguió tres, en Budapest una, entre Atenas, Creta y Salónica cinco más, y en Alepo completó el pergamino.

Cuando tuvo las firmas que necesitaba volvió a recordar aquella triste boda sin tener rencor por nada ni por nadie.

Subió al tren que lo dejaría en Odessa. Miró la estepa, no había caminos, la nieve los cubría, la tormenta golpeaba sobre la ventanilla de su compartimiento.

El tren se detuvo en Kishinev. Subieron dos cosacos y se sentaron frente a él. Estaban borrachos, hedían, y lo miraban con los ojos rojos de alcohol y furia. Aczel pensó en cambiar de lugar, nunca había visto unos ojos así, cruzó el fuelle, pero en el otro vagón tampoco había asientos y tuvo que volver. Los cosacos reían. Envuelto en su abrigo de piel pensó que estaba con Lena y que el hijo ya había nacido. Uno de ellos le echó un escupitajo.

Aczel no dijo nada y se levantó del asiento.

—¿Pero adónde vas narigón imbécil? —le dijo el cosaco.

Los cosacos lo golpearon y lo arrastraron hasta la salida y de un empujón lo arrojaron al vacío.

Alcanzó a sentir que el hielo de la estepa le hería la cara. Había sido un hombre y ahora no era más que un bulto casi enterrado en la nieve.

En ese momento un niño pasaba por el lugar con su trineo. Vio ese bulto cubierto por el manto de plata y se acercó. Aczel escuchó la voz del niño que algo le decía y abrió los ojos; le dolía todo el cuerpo. Al verlo le preguntó cuánto faltaba para Odessa y el niño dijo que ya estaba en Odessa. Los copos de nieve bailaban a su alrededor. Aczel volvió a recordar las palabras de su madre: “Hijo, la alegría no se debe postergar”.

Sintió que sus piernas se hacían largas como zancos y se puso de pie; caminó entre las flores de hielo, el pergamino asido fuertemente con las manos, y siguió caminando.

# MARISA VANNINI DE GERULEWICZ

ggerulewicz@movistar.net.ve

Nacida en Florencia (Italia, 1929), nacionalidad Venezolana. Profesora Titular Universidad Central de Venezuela. Técnica en Biblioteconomía. UCV (1956). Licenciada en Letras (UCV, 1956). Doctora en Letras (UCV, 1965). Profesora de Educación Secundaria (Instituto Pedagógico, Caracas 1957). Maestra de Primaria y Profesora de Secundaria desde 1948 hasta 1956. Profesora Universitaria desde 1956, actualmente, Profesora Jubilada de la UCV, Facultad de Humanidades y Educación, donde ha tenido a su cargo desde Cátedras y Seminarios de Idiomas, Literatura, Bibliotecas Escolares y Literatura Infantil. Ha realizado investigaciones en archivos de Venezuela y Europa y ha publicado numerosas obras históricas y documentales.

**OBRA LITERARIA:** En el campo de la Literatura Infantil, ha publicado: *Literatura infantil* (cuatro volúmenes). Caracas, Universidad Nacional Abierta, 1983; novena reimp, 2005 (Premio Municipal de Literatura Investigación, 1984). *El gato de los ojos dorados* (Caracas, Monte Ávila, 2000). (Seleccionado por el Banco del Libro como el mejor libro del año). *El mágico mundo de los Yukpa* (Caracas, Monte Ávila, 2001). *Ellos también descubrieron El Nuevo Mundo* (Caracas, Playco Editores, 2001). *Cuentos de gentes y de árboles* (Caracas, Editorial Niebla, 2001). *Rimirrimitas: poesía infantil* (Caracas, Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca EBUC. Colección infantil III, 2002). *La fogata (novela juvenil)*. (Barcelona, España, Editorial Juventud, 1979; y Caracas, Ediciones Florilegio, 2004): Premio Europeo de Literatura Juvenil para Obras Inéditas, 1978. *El Chigüire fantasma* (Caracas, Los Libros de El Nacional, 2004).

(De *Imágenes de Venezuela*)

## AMANECER

El galope furioso de un caballo  
pone en fuga los sueños de la noche.

Temprano el loro  
jovial despierta la fauna del bosque  
con su grito sonoro.

Luego alza las alas  
con chirriante agitar de voz y plumas  
la guacharaca.

Ahora entre corros  
de siempre más evanescentes sombras  
se persiguen los monos.

Y en un intenso volar de mariposas,  
se esfuma la neblina y sale el sol.

## **ANOCHECER**

El sol se aleja,  
el aire se aquieta.

Lentas bandadas  
de pájaros en vuelo  
saludan los colores  
moribundos del cielo.  
Alta y límpida surgió  
ya la primera estrella,  
y en la oscura maleza  
las tímidas manadas se guarecen.

Corre el agua más despacio,  
hasta las peces se detienen.

La brisa fresca trae el abrazo  
leve de la oscuridad.  
Anochece.

## ¿QUIÉN HA VISTO EL FONDO DEL MAR?

¿Quién ha visto el fondo del mar?

Es un mundo por descubrir  
de formas, de colores,  
de maravillas sin fin.

¿Las calles? Son de corales.

¿Y las aceras? De arena.

En las plazas, cachalotes  
se reúnen día y noche.

Viven los peces en grutas.

En jardines de medusas  
abre su flor el erizo.

En el parque del pez ángel  
ondea la grama del limo.

Entre bosques de sargazos  
juega a esconderse el pez sapo,  
y se pierde el agua mala  
en la selva de las algas.

Allá abajo los ruidos  
son los hijos del silencio.  
Sordamente silba el viento.  
En la concha nacarada  
aún repica muy lejana  
la canción de la campana.

Desde el fondo se desprenden  
espirales de burbujas  
trazan círculos de espuma  
entre ellas, las tortugas,  
forman manchas de neblina

pequeñitas, las sardinas.  
¿Quieres ver los peces grandes?  
Hay la manta y la ballena,  
el delfín, el tiburón,  
las agujas y el pez vela.

En las cuevas relucientes  
los medianos son frecuentes,  
pargos, róbalos y cunas,  
voladores y machetes,  
lisas, meros y picudas.

A millares los pequeños,  
morocotos y perlitas,  
jureletes y chicharros,  
yucas, viejas y corvinas.  
Un tesoro bien guardado  
esconde la madre perla:  
luminosa esfera blanca  
que rutila y que destella.

¿Quién ha visto el fondo del mar?  
Es un mundo por descubrir  
de formas, de colores,  
de maravillas sin fin.

## HUELLAS

Huellas de pies en la arena  
miles de vidas cruzadas,  
miremos las que van cerca  
sigamos las más lejanas.



Pies diminutos de niño  
casi impalpable recuerdo,  
pies ardientes de muchachos  
y de jóvenes empeños,  
pies de plena madurez  
pies sigilosos de viejo,  
pies que endurece el trabajo  
de la madre y del obrero.

Pies con juanetes y callos  
dolorosos del esfuerzo,  
pies con espuelas de gallo  
pies que no saben de sueños.

## **LLUEVE EN LA NOCHE**

Llueve.  
Escucha cómo  
cae sobre las hojas  
sedientas  
el beso de las gotas.

Ahora  
más fuerte riega  
el aguacero las ramas  
y el viento  
con su canto lo aclama.

Los troncos  
gimen. El rayo  
rasga audaz las tinieblas  
y el trueno  
tras la ráfaga vuela.

Será  
límpido y claro  
mañana el cielo azul,  
y más  
transparente su luz.

## **LORO REAL**

Soy loro real:  
verde oscuro el plumaje,  
la mirada feroz,  
amarillo el copete,  
con el rojo de honor.

No te acerques: te pico  
al derecho y al revés  
si mis plumas agito  
con antigua altivez.

Soy loro real:  
he caído cautivo  
en la selva lejana,  
por un vano capricho  
encerrado en la jaula.

No me humilles, te ruego:  
sé silbar y cantar.  
Y a ti puedo quererte  
con nobleza ancestral.

## EL SILENCIO

¡Qué bonito es el silencio  
que deja oír tantas cosas,  
el paso leve del viento,  
alas de mariposas!

Se levantan nuevas voces  
si todo calla y descansa,  
la rama rota que gime,  
ave libre que canta.

Los colores más intensos  
resplandecen si no hay ruido,  
hierba verde de mil tonos,  
llano siempre infinito.

Ahora que el mundo enmudece  
escucho mejor a mi alma,  
me habla de cielo sin límite,  
inasible distancia.

## MANZANILLO

La sombra del manzanillo  
atosiga  
la playa desierta.  
Rotos arbustos sedientos  
atormentan  
la tórrida arena.

En vano  
el cerro despliega  
en lo alto

su escasa tierra roja,  
en vano  
yace en el suelo estéril  
un manojito de hojas.

Siempre más flacas  
las cabras  
deambulan su pena,  
siempre más lejos  
al norte  
se divisan las velas.

## JOSÉ MAURO DE VASCONCELOS

Nació en Río de Janeiro (Brasil, 1920), murió en 1984. Escritor autodidacta, ejerció diferentes oficios desde entrenador de boxeadores, trabajador de haciendas, pescador y maestro en una escuela de pescadores. Su real deseo era hacerse nadador profesional, sin embargo, su vida se fue redimensionando al empezar a contar historias que iba percibiendo de las vivencias que observaba en los viajes que hizo por muchas regiones de su país. Convivió con los indios, de quienes aprendió historias, experiencias de vida y tradiciones. Tenía a su favor una excelente memoria, una rica fantasía y un intenso deseo de contar; elemento primordial para la escritura. Fue un cuentista oral, con mímica y variadas entonaciones, inventaba y animaba sus cuentos. Cuando empezó a darles forma escrita, sus cuentos y novelas registraron su espíritu de observación y esa cualidad sutil que establece un fecundo diálogo con el lector. Una de sus obras más destacadas con múltiples ediciones y traducciones, escrita en solo dieciocho días, fue *Mi planta de naranja lima*. En ella relata la vida de un niño que pasa de la infancia a la adultez, y muestra su dolor y alegría ante algunas circunstancias. Quizás una de las cosas que pudieron influenciarle notablemente, fue la muerte de su hermana a los 24 años y de su hermano a los 20. Las aventuras del niño, ya joven, continúan (a solicitud, o exigencias, de los lectores), en el libro *Vamos a calentar el sol*, donde el autor demuestra su sensibilidad para explorar el alma de los niños y de los adolescente. Con estos dos libros, se inaugura la categoría de “Literatura Infantil para adultos”, como lo anuncia una de sus traductoras al español: Haydee Jofre (Ediciones El Ateneo, Buenos Aires).

**OBRAS LITERARIAS:** (De Ediciones Melhoramentos, Sao Paulo, Brasil): *Banana brava* (1942), *Barro blanco* (1945), *Rosinha, mi canoa* (1962). *Corazón de vidrio* (1964). *Las confesiones de Fray Calabaza* (1966), *Mi planta de naranja lima* (1968), *El palacio Japonés* (1969), *Calle descalsa* (1969), *El velero de cristal* (1973), *Vamos a calentar el sol* (1974).

### DOS PALIZAS MEMORABLES

(Fragmento de la novela *Mi planta de naranja-lima*)

—Dobla aquí. Ahora cortas con el cuchillo el papel, bien por el doblez.

El ruido suave del filo del cuchillo dividía el papel.

—Ahora pega bien finito, dejando este margen. Así.

Yo estaba al lado de Totoca, aprendiendo a hacer un globo. Después que todo estuvo pegado, Totoca prendió el globo por la punta de arriba, con un sujetador de ropa, en una varilla.

—Sólo cuando está bien seco, se le hace la abertura. ¿Aprendiste, burrito?

—Sí, aprendí.

Nos quedamos sentados en el umbral de la puerta de la cocina, mirando cómo el globo de colores demoraba en secarse Totoca, compenetrado de su calidad de maestro, iba explicando:

—Globo-mandarina uno debe hacerlo solamente después de mucha práctica; al principio debes hacerlo apenas de dos gajos, que es más fácil

—Totoca, si yo hago solito un globo, ¿tú le haces la abertura?

—Depende.

Ya estaba él queriendo sacar provecho. Meter mano en mis bolitas o en mi colección de fotos de artistas de cine, que “nadie comprendía cómo crecía tanto”.

—Caramba, Totoca, cuando me pides algo, yo hasta peleo por ti.

Bueno primera vez te la hago gratis, y si no aprende las otras veces lo haré si me das algo a cambio.

En aquel momento yo hubiera jurado que iba a aprender tan bien que nunca más pondría las manos en mis globos.

Desde entonces la idea de mi globo no me salió ya de la cabeza. Tenía que ser “mi” globo. Imaginaba la sorpresa del Portuga cuando le contara mi proeza; la admiración de Xururuca cuando viese el globo balanceándose en mis manos.

Dominado por la idea, me llené los bolsillos de bolitas y algunas figuritas repetidas y gané el mundo de la calle. Iba a venderlas lo más barato posible para poder comprar, por lo menos, dos hojas de papel de seda.

—¡A ver, gente! Cinco bolitas por diez centavos. ¡Nuevas como si fuesen del negocio!

Y nada.

—Diez figuritas por diez centavos: ustedes no podrán comprarlas ni en la tienda de doña Lota.

Nada. Toda la mocosada estaba completamente sin dinero. Fui a la calle del Progreso, de arriba para abajo, ofreciendo mi mercadería. Visité la calle Barón de Capanema casi trotando, ipero, nada! ¿Y si fuese a casa de Dindinha? Fui allá, pero ella no se interesó.

—No quiero comprar figuritas ni bolitas. Es mejor que las guardes. Porque mañana vas a venir a pedirme para comprar otras.

Seguramente que Dindinha andaba sin dinero.

Volví a la calle y miré mis piernas. Estaban sucias de tanto juntar tierra de la calle. Miré el sol, que ya comenzaba a bajar. Fue cuando sucedió el milagro.

—¡Zezé! ¡Zezé!

Era Biriquinho, que venía corriendo como un loco en mi dirección.

—Anduve buscándote por todas partes. ¿Estás vendiendo? Sacudí los bolsillos haciendo balancear las bolitas.

—Vamos a sentarnos.

Nos sentamos al mismo tiempo y desparramé en el suelo la mercadería.

—¿Cuánto?

—Cinco bolitas por diez centavos, y diez figuritas por el mismo precio.

—Es caro.

Ya iba a enojarme. ¡Ladrón de porquería! ¡Caro, cuando todo el mundo vendía cinco figuritas y tres bolitas por lo que yo estaba pidiendo! Iba a guardar todo en el bolsillo.

—Espera. ¿Puedo elegir?

—¿Cuánto tienes?

—Trescientos réis. Puedo gastar hasta doscientos.

—Bueno, te doy seis bolitas y doce fotos.

\* \* \*

Entré volando en el negocio de “Misericordia y Hambre”. Nadie recordaba ya “*aquella escena*”. Sólo estaba don Orlando, conversando junto al mostrador. Cuando pitase la Fábrica, entonces sí que la gente vendría a tomar un trago y nadie más podría entrar.

—¿Tiene papel de seda?

¿Y tú tienes dinero? En la cuenta de tu padre no llevas nada más.

No me ofendí. Únicamente le mostré las dos monedas de un tostao\*.

—Solamente hay rosado y color amarillo.

—¿Sólo?

—En la época de las cometas ustedes mismos se lo llevaron todo. ¿Pero qué diferencia hay? ¿Acaso las cometas de cualquier color no suben igual?

—No es para cometa voy hacer mi primer globo. Y quería que mi primer globo fuese el más bonito del mundo.

No había tiempo que perder. Si corría hasta el negocio de Chico Franco perdería mucho tiempo.

—Bueno, llevo ése.

Ahora la cosa era diferente. Puse una silla junto a la mesa, y trepé en ella a Luis, para que pudiese mirar bien.

—Te quedas quietecito, ¿prometes? Zezé va a hacer una cosa difícilísima. Cuando crezcas voy a enseñártela sin cobrarte nada.

Comenzó a oscurecer rápidamente y yo trabajaba La Fábrica hizo sonar el silbato. Había que apurarse. Jandira ya estaba colocando los platos en la mesa. Tenía la manía de darnos de comer más temprano, para que luego no molestásemos a los mayores.

—¡Zezé!... ¡Luis !...

El grito fue tan fuerte como si uno estuviera allá por los lados del Murundu. Bajé a Luis y le dije:

—Anda primero, que ya voy yo.

—¡Zezé!... ¡Ven en seguida o vas a ver!

—¡Ya voy!

La diabla estaba de mal humor. Debía de haberse peleado con alguno de sus festejantes. El de la punta o el del comienzo de la calle.



Ahora, como si fuese a propósito, la cola estaba secándose y la harina se pegaba en los dedos, dificultando el trabajo.

El grito llegó más fuerte. Y casi no había luz para mi trabajo.

—¡Zezé!

Listo. Estaba perdido. Ella venía de allá furiosa.

— Piensas que soy tu sirvienta? Ven a comer en seguida.

Entró violentamente en la sala y me agarró de las orejas. Me fue arrastrando hasta el comedor y me tiró contra la mesa. Entonces me enojé.

—No como. No como. ¡No como! Quiero acabar de hacer mi globo.

Me escapé y volví corriendo hacia el lugar de antes. Ella se volvió hecha una fiera. En vez de avanzar hacía mí, caminó en dirección a la mesa. Y era una vez un bello sueño. Mi globo inacabado se transformó en tiras rotas. No satisfecha con eso (tan grande fue mi sorpresa, que no hice nada), me agarró por las piernas y por los brazos y me tiró en medio del comedor.

-Cuando yo hablo es para que se me obedezca.

El diablo se soltó adentro de mí. La rebelión estalló como un ventarrón. Al comienzo fue una simple andanada.

— ¿Sabes lo que eres? ¡Una puta!

Pegó su cara a la mía. Sus ojos despedían rayos.

—Repite eso si tienes coraje. Pronuncié bien las silabas:

Agarró la mano de cuero de encima de la cómoda y comenzó a pegarme sin piedad. Me volví de espaldas y escondí la cabeza entre las manos. El dolor era menor que mi rabia.

—¡Putas! ¡Putas! ¡Hija de una puta!...

Ella no paraba y mi cuerpo era un solo dolor de fuego. En eso entró Antonio. Y corrió en ayuda de mi hermana, que ya estaba comenzando a cansarse de tanto pegarme.

—¡Mata, asesina! ¡La cárcel está ahí para vengarme!

Y ella pegaba, pegaba hasta el punto de que yo había caído de rodillas, apoyándome en la cómoda.

—¡Putas! ¡Hija de puta!

Totoca me levantó y me puso de frente.

—Cállate la bocá, Zezé, no puedes insultar así a tu hermana.

—Ella es una puta. Asesina. ¡Hija de puta!

Entonces él comenzó a pegarme en la cara, en los ojos, en la nariz, en la boca. Sobre todo en la boca.

Mi salvación fue que Gloria escuchara. Estaba en lo del vecino, conversando con doña Rosena, y vino volando, atraída por la gritería. Entró en la sala como un huracán. Gloria no era para jugar, y cuando vio que la sangre mojaba mi cara apartó a Totoca hacia un lado y ni le importó que Jandira fuera la mayor, alejándola de un empujón. Yo yacía en el suelo, casi sin poder abrir los ojos y respirando con dificultad. Me llevó al dormitorio. Yo ni lloraba, pero en cambio el rey Luis, que se había escondido en el dormitorio de mamá, hacía un barullo terrible.

Gloria protestaba:

—¡Un día de éstos ustedes matan a esta criatura y quiero ver qué pasará! Son unos monstruos sin corazón.

Me había acostado en la cama e iba a buscar la santa palangana de salmuera. Totota entró bastante confundido en el dormitorio. Gloria lo empujó.

—¡Sal de aquí, cobarde!

—¿No escuchaste lo que estaba insultando?

—Él no estaba haciendo nada. Ustedes lo provocaron. Cuando yo salí, estaba quietecito haciendo su globo. Ustedes no tienen corazón. ¿Cómo se le puede pegar así a un hermano?

Y mientras me limpiaba la sangre, escupí en la palangana un pedazo de diente. ¡Aquello echó fuego al volcán!

—Mira lo que hiciste, sinvergüenza! Cuando quieres pelear tienes miedo y lo llamas a él. ¡Cobardón! Con nueve años y todavía meando la cama. Voy a mostrarle a todo el mundo tu colchón y tus pantalones mojados, que andas escondiendo en el cajón todas las mañanas.

Después echó a todo el mundo afuera del dormitorio y atrancó la puerta. Encendió la luz porque ya la noche era completa. Me sacó la camisa y fue lavando las manchas y las heridas de mi cuerpo.

—¿Te duele, Gum?

—Esta vez está doliendo mucho.

—Voy a hacerlo despacito, mi diablito querido. Pero necesito que te quedes de espaldas un rato para secarte; si no la ropa se te va a pegar y va a dolerte.

Pero lo que más me dolía era la cara. Dolía de dolor y rabia ante tanta maldad sin motivo.

Después que las cosas mejoraron, ella se acostó a mi lado y se quedó acariciándome el pelo.

—Viste, Godóia. Yo no estaba haciendo nada. Cuando lo merezco no me importa que me peguen. Pero yo no estaba haciendo nada.

Ella tragó en seco.

—Lo más triste fue lo de mi globo. ¡Estaba quedando tan lindo! Pregúntale a Luis.

—Te creo. Seguro que iba a ser muy lindo. Pero no importa. Mañana vamos a casa de Dindinha y compramos papel. Voy a ayudarte a hacer el globo más lindo del mundo. Tan bonito, que hasta las estrellas van a estar envidiosas.

—No sirve de nada, Godóia. Uno hace solamente un primer globo lindo. Cuando ése no sirve, nunca más acierta o tiene ganas de hacerlo.

—Un día... un día... voy a llevarte lejos de esta casa. Nos vamos a ir a vivir...

Se detuvo. Seguramente pensaba en la casa de Dindinha, pero allá sería el mismo infierno. Fue entonces cuando resolvió participar directamente de mi planta de naranja-lima y de mis sueños.

—Te llevo a vivir al rancho de Tom Mix o de Buck Jones.

—Pero a mí me gusta más Fred Thompson.

—Entonces nos vamos para allá.

Y completamente desamparados comenzamos a llorar juntos y bajito...

\* \* \*

Durante dos días, a pesar de mi nostalgia, no fui a ver al portugués. No dejaban que fuese a la escuela. Nadie quería dar muestras de tamaña brutalidad. Cuando mi rostro se deshinchara y mis labios cicatrizaran reanudaría el ritmo de mi vida. Pasaba los días sentado con mi hermanito, junto a Minguito, sin ganas de conversar. Con miedo de todo. Papá había jurado que me molería a palos si llegaba a repetir otra vez lo que dijera a Jandira. De modo que respiraba hasta con miedo de respirar. Mejor era refugiarme en la pequeña sombra de mi planta de naranja-lima. Quedarme mirando las montañas de figuritas que el Portuga me regalaba, y enseñar con paciencia al rey Luis a jugar a las bolitas. Él no tenía demasiada habilidad, pero algún día acabaría por aprender.

Pero mi nostalgia era muy grande. El Portuga debía de extrañarme, y si el hubiera sabido realmente dónde vivía hasta habría sido capaz de venir a buscarme. Hacía falta a mi oído, a la ternura de mi oído, aquella manera de hablar medio grave y llena de “tú”. Doña Cecilia Paim me había dicho que para que uno pudiera tratar a otros de “tú” tenía que saber mucha gramática. También le estaba haciendo falta a la nostalgia de mis ojos su rostro moreno, sus ropas oscuras siempre impecables, el cuello de la camisa duro, como si acabara de salir del cajón, su chaleco a cuadros, hasta sus gemelos dorados en forma de ancla. Pero pronto, pronto estaría bien. Las heridas de los chicos cicatrizan en seguida y mucho antes de lo que decía esa frase que acostumbraban citar: “Cuando se case, sanará”.

.....

Esa noche papá no había salido. No había nadie en casa, salvo Luis, que ya dormía. Mamá debería de estar llegando del centro. Algunas veces hacía guardia en el Molino Inglés y la veíamos los domingos.

Yo había resuelto quedarme cerca de papá porque así no haría ninguna travesura. Él estaba sentado en su sillón hamaca y miraba vagamente la pared. Su cara siempre con barba. Su camisa no siempre muy limpia. Seguro que no había salido a jugar con los amigos porque no tenía dinero. Pobre papá, debía ser triste saber

que era mamá la que trabajaba para ayudar a mantener la casa. Lalá ya había entrado a la Fábrica. Debía de ser duro ir a buscar un montón de empleos y volver desanimado siempre por la misma respuesta: «Precisamos una persona más joven»...

Sentado en el umbral de la puerta, yo contaba las lagartijas blancuzcas de la pared y desviaba la vista para mirar a papá.

Solamente en aquella mañana de Navidad lo había visto tan triste. Necesitaba hacer alguna cosa por él. ¿Y si cantara? Podría cantar bien bajito, y eso seguramente que lo iba a mejorar. Repasé en la cabeza mi repertorio y me acordé de la última canción que aprendiera con don Ariovaldo. El tango; el tango era una de las cosas más bonitas que yo escuchara. Comencé bajito:

Yo quiero una mujer desnuda,  
Bien desnuda la quiero tener...  
De noche al claro de Luna  
Quiero el cuerpo de esa mujer...

—¡Zezé!

—Sí, papá.

Me levanté rápidamente. A papá le debía de estar gustando mucho y querría que fuera a cantarla más cerca.

—¿Qué estás cantando?

Repetí.

Yo quiero una mujer desnuda...

—¿Quién te enseñó esa canción?

Sus ojos habían adquirido un brillo pesado, como si fuera a volverse loco.

—Fue don Ariovaldo.

—Ya dije que no quería que anduvieras en su compañía.

Él no me había dicho nada. Creo que ni siquiera sabía que trabajaba de ayudante de cantor.

—Repíte de nuevo la canción.

—Es un tango de moda.

Yo quiero una mujer desnuda...

Estalló una bofetada en mi cara.

—Canta de nuevo.

Yo quiero una mujer desnuda...

Otra bofetada, otra, y otra más. Las lágrimas, sin querer, saltaban de mis ojos.

—Vamos, continua cantando.

Yo quiero una mujer desnuda...

Mi rostro casi no se podía mover, era arrojado a uno y otro lado. Mis ojos se abrían y volvían a cerrarse bajo el impacto de las bofetadas. No sabía si tenía que parar o que obedecer... Pero en mi dolor había resuelto una cosa. Sería la última paliza que soportaría; la última, aunque para eso tuviera que morir.

Cuando paró un poco y mandó que cantara, no canté. Lo miré con un desprecio enorme y le dije:

—¡Asesino!... Mátame de una vez. La cárcel está ahí para vengarme.

Loco de furia, entonces se levantó del sillón hamaca. Se desabotonó el cinto. Aquel cinto que tenía dos hebillas de metal y comenzó a insultarme, apoplético; llamándome perro, porquería, inútil, vagabundo, si ésa era la forma de hablarle al padre...

El cinto silbaba con una fuerza terrible sobre mi. Parecía que tenía mil dedos que me acertaban en cualquier parte del cuerpo. Y me fui cayendo, encogiéndome en un rinconcito de la pared. Estaba seguro de que me iba a matar. Aún pude escuchar la voz de Gloria, que entraba para salvarme. Gloria, la única de pelo rubio, como yo. Gloria, a la que nadie tocaba. Sujetó la mano de papá y paró el golpe.

—¡Papá! ¡Papá! ¡Por amor de Dios, pégame a mí, pero no le pegues más a esta criatura!

Arrojó el cinto sobre la mesa y se pasó las manos por el rostro. Lloraba por él y por mí.

—Perdí la cabeza. Pensé que se estaba burlando de mí, que me faltaba al respeto.

Al levantarme Gloria del suelo, me desmayé.

Cuando volví a darme cuenta de las cosas, ardía en fiebre. Mamá y Gloria estaban a mi cabecera y me decían cosas cariñosas. En el comedor se notaba el ir y venir de mucha gente; hasta Dindinha había sido llamada. A cada movimiento me dolía todo. Después supe que querían llamar al médico, pero no se atrevían.

Gloria me trajo un caldo que había hecho y trató de darme algunas cucharadas. Mal podía respirar y menos tragar. Quedaba en una somnolencia endiablada y cuando me despertaba el dolor iba disminuyendo. Pero mamá y Gloria continuaban velándome. Mamá pasó la noche conmigo y solamente bien de madrugada se levantó para prepararse. Tenía que ir a trabajar. Cuando vino a despedirse de mí, me tomé de su cuello.

—No va a ser nada, hijito. Mañana ya estarás bien...

—Mamá...

Le hablé bajito, haciendo la peor acusación de mi vida.

—Mamá, yo no debía de haber nacido. Debía haber sido como mi globo...

Me acarició tristemente la cabeza.

—Todo el mundo debe haber nacido así, como nació. Tu también. Solo que a veces, Zezé, eres demasiado atrevido.

# PATRICIA VIT

vitpat@cantv.net vit@ula.ve

*Alfa Bet* (seudónimo literario) nació en Caracas (Venezuela, 1958). Licenciada en Biología (Universidad Simón Bolívar, Caracas, 1981). MSc, en Ciencia de Alimentos (Universidad Simón Bolívar, Caracas, 1984). PhD en Ciencias Biológicas (University of Wales, Cardiff, UK, 1997). Profesora Titular del Departamento Ciencia de los Alimentos, de la Facultad de Farmacia y Bioanálisis de la Universidad de Los Andes (ULA) (Mérida-Venezuela). Viajera perseverante y escritora prolífica quien desde el seudónimo *Alfa Bet* ha ido construyendo una obra literaria, imbricada en distintas geografías que ha ido poetizando. Autora que desciende, o mejor dicho asciende de la científica, la investigadora de la miel y otras sustancias. Es miembro activo de la Asociación de Escritores de Mérida-Venezuela.

**OBRA LITERARIA:** *Pétalos cibernéticos* (Mérida, Editorial La Escarcha Azul, 1997), *La Principita* (Mérida, Kari'ña Editores, 1997), *La nube azul Kumori-Ao* (Mérida, Vicerrectorado Académico de la Universidad de Los Andes, 1998), *De tortuga a serpiente* (Mérida, Kari'ña Editores, 2001), *Antonio Tetoka* (Mérida, Editorial La Escarcha Azul, 2004), *Amigo Haikú* (Mérida, Editorial La Escarcha Azul, 2004), *Gama Ironohama* (Mérida, Editorial La Escarcha Azul, 2004), *Láskamor* (Mérida, Editorial La Escarcha Azul, 2007). Sus textos han sido publicados en las *I Antologías de Poesía y I Antología de Narrativa*, de la Asociación de Escritores de Mérida-Venezuela con auspicios de la Dirección de Literatura del Consejo Nacional de Literatura de Caracas (Mérida, AEM / CONAC, 2004). Y en la II Antología para jóvenes: *Deleite Literario II* (Mérida, Fundalea (La Escarcha Azul, 2006).

(Del libro *Láskamor*)

Cuento de hadas  
así nos conocimos  
dentro del árbol

Sin ser abeja  
ala de mariposa  
trenza otra miel  
¿Podrá recibir



el oro de tu copa  
todo mi elixir?

Cada mañana  
cuando lavas tu cara  
azul caricia

Cielo estrellado  
bebí tu poesía  
no volví a dormir

Entre tus ramas  
gran árbol de la vida  
cuelgan estrellas

Mudo susurro  
con voz de mariposas  
detienes mi alma  
Noche otoñal  
gotean las estrellas  
dentro del panal  
Hago apuestas  
¿eres hombre o árbol?  
yo soy la flauta

Nuevo encuentro  
con otra poesía  
vida remota

Con el abuelo  
aceleró su tiempo  
y me alcanzó

Besos de cuentos  
conozco mil sabores  
antes de probar

Cantan pájaros  
de tu bosque y el mío  
unen distancias

Escoge perlas  
duende de las palabras  
comunicadas

No oigo tu voz  
me duelen los oídos  
canta por favor

El amor laska  
sendero del otoño  
Dol encantado

Buscamos versos  
encontramos corazones  
poemas sin fin

Hombre pájaro  
el suelo no te toca  
revoloteas

(De *Invernales*)

Pompas adentro  
un recuerdo del agua  
forma helada

Blanco cristal  
agua pulverizada  
caleidoscopios

Maná del cielo  
blanqueas paisajes  
y te disuelves

Los rieles del tren  
bucólicos avanzan  
sin desplazarse

Dentro del blanco  
los colores esconden  
todo su brillo  
Nieve en gotas  
el agua del capullo  
despierta la flor

Tierra invernal  
estómago vacío  
como el metal

Sólo los troncos  
ya no están las hojas  
viaje de flores

Como arena  
se arrastra la nieve  
con la ventisca

Recuperación  
el oso se detiene  
reposan huellas

Todo perdido  
voltea la página  
todo ganado

Nieve traviesa  
tu brillo de azúcar  
me hace sonreír

Arriba el sol  
la nieve no lo sabe  
se derretirá

Olor de invierno  
la nariz se disfraza  
de vacaciones

Gota a gota  
el hielo se estira  
estalactita

Por fuera hielo  
por dentro sangre tibia  
¿cómo se hace?

Viaje de haiku  
contemplas alrededor  
y adentro del ser

Chef de palabras  
¿es el haiku un postre  
o una entrada?

# AYMER WALDIR ZULUAGA MIRANDA

puntoaparte@linuxmail.org

Nació en Medellín (Colombia, 1967). Integró durante siete años el grupo experimental de teatro del Politécnico Colombiano “Jaime Isaza Cadavid”. Es el representante del colectivo artístico *Sane Society* para los países de habla hispana e integrante del Taller de Poesía de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín. Viajó a España en el 2003, como ganador de la convocatoria “Toma la palabra” de la Casa Domecq. En 2005 obtuvo el Primer lugar del “Premio Nacional de Poesía” otorgado por la Universidad Metropolitana de Barranquilla. Ha sido finalista de varios certámenes literarios internacionales y sus columnas de opinión, agrupadas bajo el nombre de “La viga en mi ojo”, se publican en revistas de Colombia, España y Noruega (La Ventana, revista para hispanoparlantes (Oslo). Primer accésit en el Taller Literario 05 de Argentina, 2003, Finalista en el X Premio de Cuento Carmen Báez de México, 2003 y 2005. Segundo lugar en el concurso de poesía y prosa Azul, San José de Costa Rica, 2003. Finalista en los Concursos: Memorial Mago Merlín, Editorial Ceyla, España, 2004; “Historias Mágicas Y Verdaderas”, Aldeas Infantiles SOS, España, 2005; “Jorge Isaacs”, Museo Cementerio de San Pedro, Medellín, 2005. Segunda Mención “Cuento de Humor del cono sur de América”, Editorial Despeñadero, Argentina, 2005. Segundo mejor relato del año publicado por la Revista Oxigen, Zaragoza, España, 2005. Finalista en el III Concurso de relatos cortos “Luis del Val”, Ayuntamiento de Sallent, Huesca, España, 2006; en el Primer Certamen de Poesía Ábaco, Editorial Ábaco, Madrid, España, 2006 y en el V Certamen Literario “Cartas de Dulcinea a Don Quijote”, Escuela de Escritores Alonso Quijano, Ciudad Real, España, 2006. [www.sanesociety.org](http://www.sanesociety.org)

**OBRA LITERARIA:** Algunos de sus cuentos fueron editados en el libro *Tríptico de un junta-letras profesional* (Medellín, Colombia, Editorial L. Vieco e Hijos, 2003). Cuentos y poesías han sido publicados en diversas revistas y suplementos literarios de varios países.

## HOJAS DE COLECCIÓN

En los días de vacaciones que pasé en el cerro Quitasol acostumbraba salir con un reducido grupo de amigos, que habíamos coincidido en el gusto de coleccionar cosas. En el mundo de las colecciones todos fuimos iniciados por Manuel, quien vivía con su madre en una casona situada en las inmediaciones de la Escuela Rogelio

Arango. Manuel tenía un gran cuaderno con hojas de árboles de distintos colores, tamaños, formas y olores. Antes de hacer parte de su precioso cuaderno, cada hoja era revisada meticulosamente y comparada con las otras que ya hacían parte de su colección. Una vez pasaba con buena nota los altos estándares de calidad impuestos, podía llegar a ser parte del cuaderno; allí se anotaba el dónde, el cómo y el con quién se había logrado encontrar la hoja, ahora convertida en pieza de colección.

Gustavo y yo estábamos fascinados con el pasatiempo de Manuel y queríamos aparecer en su libro como protagonistas del hallazgo de sus mejores hojas; por eso cada vez que podíamos, salíamos en expedición hacia la quebrada seminarista y el bosque de norales; en búsqueda de la que sería la mejor hoja del día; pues esa hoja tendría una alta probabilidad de hacer parte del cuaderno y por supuesto esto nos llevaría a ver nuestros nombres atados a la historia.

Un domingo, Frascuelo, el reloj de la torre de la iglesia de Niquía, cantó las doce. Nosotros decidimos salir a buscar hojas y un niño recién llegado al municipio de Bello; quiso acompañarnos, aunque no fue bien recibido por Gustavo. Manuel accedió de inmediato a invitarlo, así que consentimos llevarlo a regañadientes.

Una vez llegamos al sitio elegido, se le explicó al principiante en qué consistía la delicada tarea y nos repartimos por todo el lugar para tratar de encontrar la mejor hoja para la colección. Todo lo mirábamos con atención. Vimos en suelo: hojas, piedras, ramas, hormigas, diversos objetos y hasta basura. Había también maleza, arbustos, matas, y árboles de todos los tamaños, pero fue uno el que nos llamó de inmediato la atención.

Gustavo fue el primero en verlo y nos llamó a todos, cuando llegamos hasta allí vimos que el árbol estaba poblado de naranjas maduras, provocativas; como esperando el momento en que nos subiéramos a él para tomarlas. De inmediato trepamos, mientras Manuel y el nuevo invitado miraban desde abajo. Luego de una selección minuciosa, lanzábamos desde arriba las naranjas. Lancé una para que la atrapara nuestro querido amigo Manuel, mientras

Gustavo arrojó con fuerza una naranja que no pudo ser atajada por el inexperto buscador de hojas recién llegado; lo que le valió para que nos riéramos de él y lo regañáramos por dejar “perder” tan preciosa fruta. Seguimos tomando del árbol y lanzando las naranjas, a quienes habíamos escogido para atraparlas. Todas las que yo arrojaba fueron atrapadas por Manuel, mientras que algunas de las que lanzaba Gustavo, golpearon a nuestro invitado.

Una vez abajo, escogimos las mejores y por supuesto en nuestro afán por agradar a Manuel, se las ofrecimos. Él las tomó feliz. Las demás que quedaron las repartimos entre todos y comenzamos a abrirlas presionándolas con los dedos. Sintiendo como los jugos de la cáscara y de la fruta resbalaban entre las manos, empezando por ser partículas de color blanco primero, pasando a ser gotas color blanco-naranja después y convirtiéndose luego en chorros de manchas negras que recorrieron nuestras manos.

Lo disfrutamos como el que más, la sed fue calmada con el mejor de los manjares y Manuel debía estar muy agradecido con nosotros; conmigo por elegirlo a él para arrojarle las naranjas y con Gustavo por regalarle las más grandes y jugosas que resultaron estar entre las pocas que el invitado atrapó. Esa tarde la recordaré siempre de una forma muy especial, pues una vez terminamos de comernos las naranjas, y cuando nos dirigíamos de nuevo a casa; el chico solo atinó a entregarle a Manuel tres hojas: de guayaba, guayacán amarillo y ceiba, y una rama de pata de buey.

Fue en el momento en que llegamos a la casa de Manuel y él abrió su cuaderno, cuando aprendí la lección: Abrió su codiciada colección y junto al resumen del día, escribió allí el nombre de Diego.

Grandes se abrieron mis ojos; pero no tanto como los de Gustavo (que estaban abiertos a la par de su boca). “Si vamos a buscar hojas, vamos es a buscar hojas”, nos dijo Manuel mientras cerraba el libro.

# ANDREA ZURLO

rzurlo@aliceposta.it

Nacida en Rosario (Argentina, 1963). Narradora, traductora literaria y técnico-científica de inglés, italiano, español. Desde 1990 vive en Italia donde ejerce su profesión. Es miembro de la Asociación Nacional Italiana de Traductores e Intérpretes (ANITI).

**OBRA LITERARIA:** Tiene inédita una novela que se encuentra en revisión. Textos de su autoría fueron publicados en la *Revista Literaria Sensibilidades* y en la Web *El Escribidor*. También participó en la publicación colectiva *Antología Internacional Sensibilidades Oro* (Madrid, Galicia, Alternativa editorial, 2005) y en la *II Antología de Narrativa "Relatos de humor sin extrema-unción"*, y en la *III Antología de la Asociación de Escritores de Mérida, Venezuela "Entre Eros y Tántatos"* (AEM / CONAC, CENAL, 2005 y 2006).

## EL TIEMPO NEGADO

En el mundo de abajo llovía a cántaros. Igual que siempre. Los charcos no llegaban nunca a secarse, los pájaros volaban bajito por el peso del agua sobre las plumas y, hartos de tanta agua, los árboles empezaban a crecer hacia abajo.

El niño de ojos grandes tenía la cabeza apoyada sobre sus dedos de líquenes y observaba, muy concentrado, la escalera que surgía en medio de un mar de azoteas mohosas.

–Es una cosa difícil, dijo junto a él de repente la rana, interrumpiendo el tic-toc incesante de las gotas, pero no debería ser imposible. Alguien fue a cerrarlo y alguien lo tiene que ir a abrir.

El niño suspiró sin decir nada, se acercó a la escalera desvencijada y colocó las manos sobre el primer peldaño, pero la madera podrida se deshizo en una pulpa pegajosa.

–Sí –dijo por fin– no debe ser imposible, sólo que nadie recuerda cómo se hace.

–¡Todas macanas! –replicó la rana– sucede que los adultos están muy ocupados para recordar, o tienen miedo de recordar, y prefieren seguir hechos sopa.



–Ellos dicen que es así como lo conocieron, que la escalera no lleva a ninguna parte, que es leyenda de niños...y del loco del Mago de Barba Larga.

–Sí, sí. Excusas, –lo interrumpió la rana– mi abuela recordaba cuando le contaban que en una época no llovía siempre... pero, después de todo, a mí qué me importa, ¡si vivo en el agua!, para mí el sol es como una bicicleta para un pez.

El caballo que pastaba sin ganas en los alrededores intervino en la conversación:

–Ya les dije que con una coz les hago llegar hasta arriba.

–¡No me parece inteligente llegar con los huesos rotos! –replicó la rana– creo que sería más sensato aceptar la propuesta de las hormigas de hacer una montaña. Un enorme hormiguero que se escala como una montaña, pero pensándolo bien no confío en las hormigas, se podrían comer nuestro pequeño mundo.

–No confío, no confío... ese es el eterno problema –suspiró el grillo posándose sobre los dedos del niño– yo tampoco confío en la rana, me estoy siempre arriesgando mucho cuando ando por aquí, pero sin confiar el uno en el otro no se va a ningún lado. De todas maneras, la propuesta de las hormigas no tiene futuro. Recuerdo en pasado cuando el Buen Señor del Bosque hizo un pacto con las hormigas para hacer la montaña, pero, con la tierra tan mojada, se desmoronó enseguida.

–¡Es todo tan ensopadamente acuoso, tan mojadamente gris! –exclamó el niño–, no conozco otro mundo menos húmedo, ni personas menos tristes, pero si lo hubiera quisiera estar allí, quisiera poder conocer el sol –suspiró y todos los animales asintieron con nostalgia, incluso la rana, si bien muchos ya consideraban el sol como una quimera.

Una de las habituales mañanas grises y lluviosas, los martillazos resonaron junto a la escalera desvencijada. El niño de dedos de liquen finalmente había convencido al Mago de la Barba Larga. Con su barba ensopada se puso a fatigar cortando tablas de madera seca que sus martillos mágicos clavaban, mientras se esforzaba

en recordar cómo se hacía para subir la escalera, porque la lluvia, como bien es sabido, borra los recuerdos.

La noticia produjo un gran revuelo entre las personas y también entre los animales. Por todas partes se discutía sobre la conveniencia de la obra. ¿Y si descubrían que no había nada que hacer, que la escalera no conducía a ningún lado, que estaban condenados a la lluvia eterna? ¿Acaso no era mejor conservar la esperanza de un mundo ilusorio, en lugar de descubrir una realidad, quizá triste?

Cuando el Mago concluyó su obra, todos los remojados habitantes se reunieron alrededor de él. Después de mucho meditar, el Mago se acercó a la escalera y, tras diversos intentos, encontró el método para subirla. Entre fervorosos aplausos y comentarios de desaprobación, el niño de los dedos de liquen emprendió su viaje. Antes de perderse entre las nubes bajas, miró hacia la ensopada tierra, desde donde todos los habitantes lo miraban con la nariz hacia el cielo. Pasó muchos peldaños subiendo entre nubes grises y aguachentas, durmiendo atado a la escalera y comiendo pan mojado; hasta que, por fin, se golpeó la cabeza contra el techo del cielo. Movi6 las manos para disipar las nubes y descubrió una pequeña puerta de metal con un cerrojo herrumbrado. Trat6 de abrirla, pero no lo consigui6; dio de puños, pero nada.

—¡Oh, si sólo tuviera alguien que me diera una mano! —sollozó— ¡si esta maldita puerta se abriera!

Mágicamente, la puerta se abrió.

La luz intensa lo encegueció. Cuando pudo abrir los ojos, amparándose con la mano, lo recibió una tersa superficie azul y una basta llanura de algodones blancos.

—¡Pide y te será dado! —exclamó un viejo lleno de relojes sentado junto a la puerta.

—¡El Relojero de la leyenda! —dijo el niño— ¡el que daba el día y la noche!

—El mismo que viste y calza —respondió el viejo rascándose la cabeza casi calva, coronada por una aureola de cabellos blancos.

–Tardaron mucho en venir, demasiado. Exactamente trescientos veinte años, 1 mes, cuatro días, 8 horas, 6 minutos y 59 segundos... no, 7 minutos. –se corrigió consultando otro de sus relojes.

–¿Por qué cerraste la puerta? –preguntó el niño sentándose sobre un cúmulo blanco y suave.

–¿Por qué?, exclamó el viejo. ¡¡¡Fue el rey Fulgencio del mundo de abajo que no quiso ver más el pasar del tiempo, y pensó que sin día ni noche todo sería eterno!!!

–¿Y la gente?

–¡Oh, la gente, la gente!, repitió lustrando con la manga uno de sus relojes. La gente se acostumbra a todo, la gente no protesta y prefiere vivir en remojo en lugar de tener el coraje de subir y el coraje de cambiar, y también, por qué no, de ver el tiempo que pasa.

Desde entonces en el mundo de abajo hubo día y noche y tiempo, y los pájaros volvieron a volar y la gente perdió los líquenes que los cubrían y los árboles florecieron, y ya nadie volvió a negar el tiempo.

Este libro se terminó de imprimir en los  
talleres gráficos de Edikapas C.A. Mérida-Venezuela  
300 ejemplares, diciembre 2006